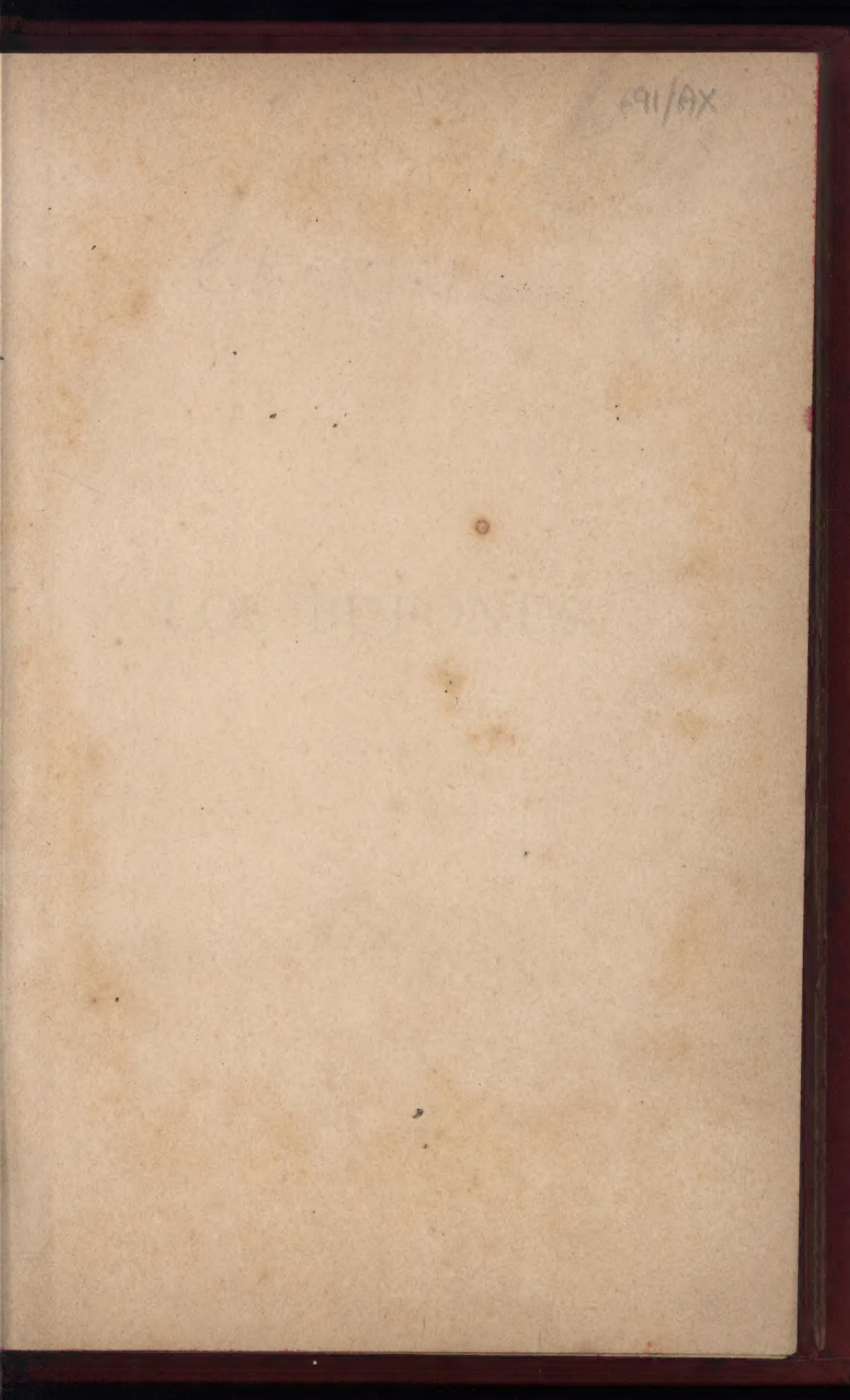
BIBLIOTECA DE MARAVILLAS

EDITOR DANIEL CORTEZO Y Cª

LOS BUFONES



LOS BUFONES

A. GAZEAU

LOS BUFONES

VERSIÓN ESPAÑOLA

POR

CECILIO NAVARRO

ILUSTRACIÓN DE P. SELLIER

BARCELONA
BIBLIOTECA DE MARAVILLAS
DANIEL CORTEZO Y C.ª–*Ausias-March, 95*
1885



Establecimiento tipográfico-editorial de Daniel Cortezo y C.ª

PRÓLOGO

«El placer de reir, ha dicho el P. Porée, no es una de las menores necesidades del hombre.» Esta observación del eminente profesor de retórica, que tuvo la gloria de contar á Voltaire entre sus discípulos, está justificada por la historia de la humanidad, digámoslo así, desde sus orígenes. El hombre, en todos los tiempos y países ha procurado distraerse de los afanes y sinsabores de la existencia; y como no siempre encontraba en sí mismo con qué alegrarse, natural era que buscara auxilio ageno. Así, en la antigüedad como en la Edad media, entre los particulares como en la corte de los príncipes, en los conventos como en las plazas públicas, en las naciones civilizadas de Europa, como en los pueblos semi-bárbaros de África ó de Oriente, vemos personajes encargados de divertir á aquellos para quienes la vida era triste ó

monótona. Desde Esopo, que puede pasar por el primer bufón, hasta los farsantes y gesteros del Directorio, hay una serie de reidores de profesión que se tomaban el trabajo de divertir á sus contemporáneos, ó tenían la obligación pagada de hacer reir á sus malhumorados señores. Algunos tuvieron miras más altas y desempeñaron un papel más noble prevaliéndose de la impunidad asegurada á sus chistes para hacer oir amargas verdades á los poderosos del día, ó, aunque más rara vez, para llevar á los piés del trono un buen consejo·ó las quejas de los oprimidos. Con su derecho de poder decirlo todo, derecho de que usaban y abusaban, los bufones de corte fueron á veces como las bocinas de la verdad. Bajo una forma burlesca ó cínica, la verdad llegaba así á los oídos del amo y señor á quien de otra manera no hubiera llegado nunca. La leyenda se ha apoderado del nombre de algunos bufones para engrandecerlos y ensalzarlos exageradamente. Algunos, como Triboulet, han tenido la fortuna de dar con un grande escritor y han pasado á la posteridad como en alas del genio. Es casi superfluo añadir, por ejemplo, que el personaje creado por la imaginación del poeta en el *Rey se divierte*, no tiene nada que ver con el Triboulet de la historia. Los bufones no fueron nunca en verdad justicieros de la talla del héroe de este drama. Pero basta que de vez en cuando hayan abogado por la causa del buen sentido ó de la justicia para que la historia registre sus nombres con algún interés. Así, en la rápida revista, demasiado rápida á

pesar nuestro, que nos proponemos hacer de los que, desde el tiempo de griegos y romanos, tuvieron el cargo de provocar por varia manera la risa de sus amos, bufones domésticos ó bufones de corte y bufones populares ó bufones de corporaciones, llamaremos principalmente la benévola atención de nuestros lectores sobre los bufones de corte ó con título de oficio.

LIBRO I

Bufones domésticos y bufones de corte

I

Sentido y origen de la palabra *bufón*.—Los bufones domésticos en la antigüedad.—Los bufones de mesa.—Los parásitos.—Los *aretálogos*.—Los filósofos estóicos y cínicos.—Los farsantes.—Esopo.

Un bufón, dice Furetière (1) en su *Diccionario universal*, es un cómico, un farsante, que divierte al público con sus donaires para ganar dinero. *Bufón* se dice también de los que procuran reir y divertir á los demás por un impulso de alegría y buen humor.

---

(1) Furetiére vivía en el siglo XVII (1620-1688) y compuso un Diccionario que le hizo perder en 1685 su título de miembro de la Academia francesa. Se le acusó de haberse aprovechado del trabajo común de los miembros de la Academia para escribir solo y publicar bajo su nombre un Diccionario que en el fondo era el resultado de las investigaciones y del trabajo de todos sus colegas.

¡Saber hacer de bufón oportunamente! cualidad es esta, añade filosóficamente el autor del Diccionario, que tiene su mérito en muchas partes.»

En cuanto al origen de la palabra *bufón*, Furetière, copiando el *Diccionario etimológico* de Ménage (1), expone que algunos derivan esta palabra de una fiesta que se instituyó en el país de Ática por el rey Erecteo. «Un sacrificador llamado *Bufo*, después de haber inmolado el primer toro en el altar de Júpiter Polio ó guardador de la ciudad, hubo de huir sin motivo tan repentinamente, dejando en el suelo el hacha y demás utensilios del sacrificio, que no se le pudo detener ni encontrar. Pusiéronse estos instrumentos en manos de los jueces para que juzgaran el hecho, y declararon criminal el hacha é inocente todo lo demás. Con esto, en los años sucesivos se hizo el sacrificio de la misma manera. El sacrificador huía, como el primero, y los jueces condenaban el hacha. Como esta ceremonia y este juicio eran completamente burlescos, se ha llamado después bufones y bufonadas á las demás farsas y momerías.»

Voltaire, que refiere esta anécdota en su *Diccionario filosófico*, añade que no le parece de gran peso, y somos de la opinión de Voltaire. Más vale creer con él

---

(1) Ménage, contemporáneo de Furetière, era el *Vadio* de las *Femmes savantes*. En el siglo XVII fué el presidente de la República de las letras incensado por todos los autores y halagado por todos los poderosos hasta que Boileau y Molière lo despojaron de esta primacía.

lo que escribe Ménage, según Saumaise (1), y derivar la palabra *bufón* de *buffo*, término de la baja latinidad con que se designaba á los que aparecían en el teatro con las mejillas infladas para recibir bofetones á fin de que el golpe fuera más ruidoso é hiciera reir de mejor gana á los espectadores. Gerardo Juan Vosio (2), en su *Diccionario etimológico*, nota que *bouffer* (bufar), significaba en otro tiempo inflar y soplar, de donde proviene que se diga *bouffi d'orgueil*, hinchado de orgullo, *des habits bouffants*, vestidos inflados ó ampulosos, *bouffée de vent*, aliento, vaho, soplo de aire. Del mismo origen saca el vocablo *soufflet* (bofetón), que también se dice *bouffe*, como lo prueba una frase de Ducange, citada en el *Diccionario* de Littré (3). Todavía existe hoy en la lengua la palabra *bouffer* en el sentido de inflar la cara, dice Littré, para manifestar que está uno de mal humor, que reprime la cólera y por consiguiente está como hinchado.

Encuéntranse bufones de gran antigüedad en la historia de los hombres y aun en la historia de los dioses,

---

(1) Saumaise. Comentario sobre el libro de Tertuliano, titulado *De Pallio*, p. 298. Saumaise fué con Casaubon el primer erudito del siglo XVII. Los dos eran protestantes, lo que no impidió que los príncipes contemporáneos se disputaran el honor de acercárselos y retenerlos en su corte.

(2) G. J. Vosio era un alemán contemporáneo de Ménage y de Furetiére. Dejó muchas obras y un hijo llamado Isaac, cuya reputación de sabio hubo de eclipsar la de su padre.

(3) Littré: *Diccionario de la lengua francesa*, palabra BOUFFER.

si ha de creerse á Erasmo (1), quien en la más ingeniosa, y aun pudiéramos decir la más moderna de sus obras, ó, á lo menos, la que con más gusto se lee hoy, el *Elogio de la locura*, nos muestra desde sus primeras páginas divertido por bufones el mismo Olimpo. «¡Qué picardía, por ejemplo, en los robos y travesuras de Mercurio! ¿No es Vulcano quien con su torpe paso y sus patochadas y trastruecos hace que los Inmortales abrumen con sus risas la sala del festín? ¿No es Sileno quien baila la *cordax?* (2) ¿Y no se zarandea pesadamente Polífemo, mientras las ninfas apenas tocan la tierra con sus piés? Y Pan con sus necias canciones hace



Sacado del *Elogio de la Locura,* de Erasmo (Dibujo de Holbein).

---

(1) Suele llamarse á Erasmo el Voltaire del siglo XVI. La verdad es que fué á lo menos el sabio más amable é ingenioso, el escritor más puro y elegante, el talento más amplio y tolerante de su época. León X, Enrique VIII, Francisco I, Carlos V procuraron alternativamente atraérselo. Pero Erasmo se negó á aceptar los ofrecimientos más brillantes, por no perder una independencia que le era más cara, y después de haber recorrido la mayor parte de Europa, vino á vivir al lado de su amigo Martín Froben, el célebre impresor de Basilea.

(2) Especie de danza lasciva imitando generalmente los movimientos de un esclavo ebrio.

reir á todo el mundo, porque es preferido Pan á las Musas, sobre todo cuando el néctar calienta las divinas cabezas.»

Si descendemos del cielo á la tierra, vemos que los mortales seguían en este punto como en otros los ejemplos que venían de tan alto. Los ricos y los poderosos tuvieron desde muy temprano á su lado pobres diablos, casi siempre deformes y contrahechos, y á veces, verdaderos locos, encargados de hacer reir, ó bien de darles á conocer los sucesos futuros y los designios de los dioses. La locura se consideraba en la antigüedad como signo de un entendimiento sobrehumano. Hipócrates (1) lo atribuía á una inspiración del cielo, y se creía generalmente que los locos podían dar oráculos infalibles. Esta opinión fué también común en la Edad media, y todavía la encontramos en algunos escritores del Renacimiento. Cuando Panurgo quiere saber si hará bien en casarse, si será feliz en el matrimonio, y cuando después de haber consultado sibilas y mudos, frailes y teólogos, médicos y legistas, y en último caso al ilustre filósofo Trouillogan, no queda muy satisfecho de las contestaciones recibidas ¿no le aconseja Pantagruel dirigirse á un loco? (2) «Á menudo he oído el proverbio vulgar que dice: que del loco el labio

(1) Es sabido que Hipócrates, padre de la medicina, llevó la habilidad en su arte hasta vivir un siglo (460-360). Es el creador del método de observación en las ciencias médicas.

(2) *Pantagruel*, lib. III, cap. 37.

puede enseñar al sabio. Por parecer, consejo y predicción de los locos, ¿sabéis cuántos príncipes, reyes y repúblicas se han conservado, cuántas batallas ganado y cuántas dudas resuelto? No hay necesidad de que os cite ejemplos, y estaréis conformes con esta razón: porque así como llamáis sabio de mundo, aunque sea necio en la estimación de las inteligencias celestes, al que mira de cerca sus negocios privados ó domésticos, es vigilante y solícito en el gobierno de su casa, no pierde ocasión de allegar bienes y sabe obviar hábilmente las dificultades de la pobreza; así hay que dar por sabiduría más alta ser sabio y présago por inspiración divina, olvidarse de sí mismo, salir fuera de sí mismo, purgando el espíritu de toda solicitud humana y desdeñándolo todo: lo que vulgarmente se atribuye á locura.» La ingeniosa explicación de Pantagruel puede muy bien rebatirse. De todas maneras, no deja de expresar bien explícitamente cuáles eran las opiniones del vulgo y aun de la gente docta respecto de los infelices atacados de locura verdadera.

La moda de tener en casa locos y bufones domésticos parece haber tenido origen en Asia, entre los persas, en Susa y Ecbátana, y también en Egipto. En antiguas pinturas que adornan los sepulcros de la Heptanomida, se ven ricos egipcios acompañados de personajes contrahechos y grotescos. Del Oriente pasó la moda á Grecia y de aquí á Roma, y á las horas de la comida, especialmente, era cuando los bufones daban vuelo á su buen humor para divertir á los convi-

dados. No había banquete completo sin algún narrador de facecias burlescas, que ocupaba el sitio más noblemente ocupado en otro tiempo por los cantores y aedes homéricos, como Femio en Itaca y Demodoco entre los feacios. Después de los bailarines, de los titiriteros, de los monos sabios, de los cubistetarios, que andaban piés arriba y cabeza abajo, venían los bufones, propiamente llamados *gelotopoioi* (los que hacen reir). Erasmo, que en su *Elogio de la locura* nos describe los usos de su tiempo, muchos de ellos tomados de la antigüedad, dice que un festín era cosa insípida si faltaba en él la salsa de la locura. «No quiero más prueba que ésta: si entre los convidados no hay uno, á lo menos, capaz de alegrarlos con su locura natural ó artificial, se pagará algún bufón, ó bien se atraerá algún parásito ridículo, que sepa ahuyentar el silencio y la tristeza por medio de chistes divertidos.» Este parásito, de que habla Erasmo, no difiere de los bufones de profesión. Cierto que come á la misma mesa, pero á condición de estar siempre de buen humor, de excitar la hilaridad, de hacer buena cara á las injurias que se le dirigen y aun de recibir sonriendo lo que se le tire á la cabeza, cuando el vino haya acalorado á los comensales. Bien lo sabían los romanos, y los ricos no dejaban de tener siempre á su mesa á lo menos un representante de la especie.

Sin embargo, el nombre de parásito no había sido siempre objeto de desprecio. Este nombre que significa *convidado*, fué en su origen el de los ministros de los

sacrificios, que tomaban parte en las comidas sagradas; y en algunas ciudades griegas fué también el nombre de los personajes que comían á la mesa de los primeros magistrados. Después ciertas personas acomodadas tuvieron sus parásitos, que pagaban la hospitalidad que recibían con lisonjas, con rasgos de ingenio, á veces felices y dignos de mención, y otras veces con bufonadas insípidas, cayendo así en una condición humillante y despreciable. Dista mucho, en efecto, de estos ministros del culto el personaje que nos presenta Luciano en su *Parásito* (1).

«El parásito, sin preocuparse de las cuestiones filosóficas con las que nada tiene que ver, ni del gobierno del mundo que le importa poco, creyendo que todo va bien y no pudiera ir mejor, come, bebe y se regocija gozando en paz las delicias de la vida, sin ser siquiera atormentado por los malos sueños, pues como no tiene ninguna inquietud de día, no puede tenerla de noche.»

Á veces era reemplazado el parásito ó bufón por un filósofo, que á pesar de su título, no desempeñaba un oficio más digno, ni era más que un bufón. Este supuesto amigo de la sabiduría llevaba el nombre raro de *aretálogo*. Saglio y Daremberg, en su notable *Diccio-*

---

(1) Luciano era un filósofo del siglo segundo de nuestra era, que profesaba un escepticismo universal y se preocupó, sobre todo, de combatir las extravagancias y los vicios de su tiempo en escritos en que prodigó las sátiras de su ingenio mordaz y burlón.

nario de antigüedades, dicen que los aretálogos (*aretalogi*) eran una clase particular de bufones con los cuales se divertían los romanos ricos, y cuya especialidad era alegrar, excitar la risa con ocurrencias chistosas á vueltas sin duda de filosóficas sentencias. Acaso se dió este nombre, en su origen, á los pobres filósofos, estóicos ó cínicos, que habían descendido á desempeñar el papel de parásitos. Manethon (1) llama *aretalogías* á los absurdos discursos de los *môrologoi*, ó ensartadores de tonterías. Suetonio, en el capítulo LXXIV de la *Vida de Augusto*, nos presenta á este emperador llamando en torno de sí á los aretálogos para alegrar su mesa; y según Forcellini, el sabio Casaubon, anotando este pasaje de Suetonio, dice que los aretálogos eran unos filósofos pobres, estóicos ó cínicos, que no teniendo escuelas ni discípulos, frecuentaban los festines de los ricos y divertían á los convidados con sus burlescas disputas sobre el vicio y la virtud.

Era fácil, en efecto, á un hombre de ingenio ó simplemente un mal decidor, ridiculizar las doctrinas de los estóicos y de los cínicos. Sabido es que el mismo Cicerón en el *Pro Murena*, queriendo atacar la secta estóica, dió un ingenioso y cruel ejemplo de las

---

(1) Manéthon, sacerdote de Egipto que vivió por los años de 260 antes de J. C., bajo el reinado de Tolomeo Filadelfo y escribió en griego una *Historia universal de Egipto*, de la que sólo quedan algunos fragmentos en los cronógrafos griegos.

exageraciones á que se podía llegar llevando al extremo las ideas de Cenón. Hubo en otro tiempo un hombre de gran ingenio, Cenón, cuyos sectarios se llaman estóicos. He aquí algunos de sus dogmas y principios: «El sabio no concede nada al favor, no perdona ninguna falta. La compasión y la indulgencia no son sino ligereza é insensatez; es indigno de un hombre dejarse conmover y ablandar. Sólo el sabio es bello, siquiera sea feo; rico, siquiera pobre; rey, siquiera esclavo. Nosotros todos, que no somos sabios, somos tratados como esclavos fugitivos, como desterrados, como enemigos, como insensatos. Todas las faltas son iguales; todo delito es un crimen; estrangular al propio padre no es más culpable que matar un pollo sin necesidad. El sabio no duda nunca, ni se arrepiente, ni se engaña, ni muda jamás de opinión» (1).

En cuanto á los cínicos, les era fácil provocar la risa, cuando aparecían, en un alegre festín, en medio de las estatuas, de las flores, de los tapices, con la barba inculta y enmarañada, y el manto sucio y derrotado, con sus alforjas, sus sandalias y su báculo. Bien se comprende que no eran los más elevados preceptos de la moral de Antístenes, los que caían entonces de los labios de estos falsos discípulos del maestro, antes bien desarrollaban las paradójicas sentencias que se atribuían á Crates y Diógenes. Decían gravemente que el sabio debe acercarse todo lo más que le sea posible

(1) Cicerón, *Pro Murena*, 29.

á la naturaleza. Y recordando las anécdotas harto conocidas que se ponen ordinariamente á cuenta de los cínicos, bien que sea muy problemática su autenticidad, por demás se alcanzan las singulares y burlescas consecuencias á que podían llegar las disertaciones de este género.

No sólo en la mesa aparecían los bufones: estaban tan íntimamente relacionados con los ricos, que se les veía en todas partes, y según Dionisio de Halicarnaso (1), hasta en los funerales detrás de las lloronas y *tibícines* ó tocadores de flauta. Ciertos romanos, y de los más ilustres, iban siempre acompañados de un verdadero cortejo de estos histriones. Así nos presenta Plutarco á Sila en su juventud, y más tarde, poco antes de su muerte, pasando el tiempo con los bufones, imitando su licencia y participando de sus liviandades (2). Lo mismo puede decirse de Antonio, que celebraba con gran pompa las bodas de sus farsantes, y en las del bufón Hipias pasó la noche entera bebiendo, y se atracó de tal modo de manjares y vino, que el día siguiente, en el Foro, tuvo que vomitar delante de todo el pueblo (3). Cuando fué triunviro, no se podía ver sin indignación, dice también Plutarco, cómo su

---

(1) Dion. lib. VII, cap. LXXII. Sabido es que Dionisio, natural de Halicarnaso en Caria, publicó en Roma, bajo el reinado de Augusto, una obra intitulada *Antigüedades romanas*, donde hacía la historia de Roma desde su origen hasta el año 266 antes de J. C.

(2) Plut. *Vida de Sila*, tom. II, p. 397. Traduc. Pieron.

(3) Id. *Vida de Antonio*, tom. IV, p. 192. Id.

casa, casi siempre cerrada á los generales y á los embajadores, estaba siempre llena de bufones y danzantes encenagados en la crápula (1). Más tarde, cuando después de su segunda batalla de Filipos, fué al Asia á sacar las sumas de dinero prometidas á los legionarios, entraba en las ciudades con un séquito de farsantes asiáticos que todavía dejaban atrás en groseras chocarrerías y bufonadas á los miserables de la misma estofa que había llevado de Italia (2).

Fácil sería multiplicar estos ejemplos, porque el uso de tener bufones domésticos era tan común en lo antiguo, como lo fué en la Edad media y aun en los comienzos de la Edad moderna.

Entre estos bufones domésticos de la antigüedad, uno de los más antiguos, y á buen seguro el más ilustre, sería, si hemos de dar fe á Luciano y á Planudio, Esopo, el fabulista. Preciso es, para aceptar esta tradición, dar de lado á la opinión de los que afirman, como el italiano Vico, autor de la *Ciencia nueva* y creador de la filosofía de la historia, que Esopo no es más que un mito y en cierto modo una personificación imaginaria, como el tipo poético de los compañeros ó de los servidores de los héroes. Acaso sea llevar demasiado lejos el escepticismo. Esopo ha existido: hay conformidad en fijar la fecha de su nacimiento hacia el año 620 y la fecha de su muerte hacia el de 560 antes

---

(1) Plut. *Vida de Antonio*, tom. IV, p. 205. Traduc. Pieron.

(2) Id., *id.*, tom. IV, p. 208.

de J. C. Planudio, que era un monje griego del siglo XIV, escribió una vida de este personaje que La Fontaine reprodujo con algunas modificaciones y supresiones al frente de su *Colección de fábulas*. Según Planudio, fué un esclavo frigio de una fealdad y deformidad repugnantes. La naturaleza le negó casi enteramente el uso de la palabra hasta que en recompensa de una buena acción diz que la fortuna le desató la lengua. Traduciendo ó imitando La Fontaine al monje griego, cuenta con mucha gracia una multitud de anécdotas, ingeniosas unas, otras enteramente pueriles, que nos muestran á Esopo al servicio de diferentes amos, de los cuales fué el último el samio Janto. En casa, pues, de este Janto es donde especialmente se nos representa como bufón doméstico ó más bien *morósofo*, es decir, loco sabio, que endilgaba sentencias morales, sacando á su amo y sacándose á sí mismo de todo embarazo por medio de sutiles é ingeniosas ocurrencias.

Una vez, teniendo Janto el designio de obsequiar á algunos amigos, hubo de encomendar á Esopo que comprara en la plaza lo mejor que hubiera y no otra cosa. «Yo te enseñaré, dijo para sí el frigio, á especificar lo que apetezcas sin entregarte así á discreción de un esclavo.» Fué á la plaza y no compró más que lenguas presentándolas en diferentes salsas. Los convidados elogiaron al principio la elección de estos manjares; pero al fin llegaron á cansarse de lenguas.

—¿No te mandé—le dijo Janto—que compraras lo mejor que hubiera en la plaza?

—¿Y qué hay ya mejor que la lengua?—contestó Esopo.—Es el lazo de la vida civil, la clave de las ciencias, el órgano de la verdad y de la razón. Por ella se edifican y gobiernan las ciudades; con ella se enseña y persuade, y con ella y por ella se reina en las asambleas. Sobre todo, por su medio, se cumple el primero de todos los deberes que es alabar á los dioses.

—Pues bien—repuso Janto—mañana has de comprar lo peor, y así habrá variedad, para regalar á estos amigos, que vendrán mañana también á mi mesa.

Esopo hizo servir los mismos manjares diciendo que la lengua era lo peor que había en el mundo.

—Es—decía—la madre de todas las disputas, la nodriza de todos los procesos, la fuente de las divisiones y las guerras. Si se dice que es el órgano de la verdad, también lo es del error y, lo que es peor, de la calumnia. Por ella se destruyen las ciudades y se persuade á las cosas malas. Y si por una parte alaba á los dioses, por otra profiere blasfemias contra su poder.

Todos reconocieron que el frigio tenía también razón.

Otro día, banqueteando Janto con sus discípulos, llegó al extremo de perder la razón y aseguró que era capaz de beberse la mar. Esto hizo reir á los comensales. Pero Janto sostuvo su dicho y apostó su casa entera á que se bebería toda la mar, depositando en prenda de la apuesta el anillo que llevaba en el dedo.

El día siguiente, cuando los vapores del vino se hu-

bieron disipado, quedó Janto sorprendido de no encontrar su anillo, que tenía en mucha estimación. Esopo le dijo que estaba perdido y que su casa entera lo estaba también, á consecuencia de la apuesta que había hecho. Ya tenemos al filósofo gravemente alarmado; en su apuro rogó á Esopo que inventara un medio para salir bien del conflicto. Esopo encontró muy luégo un expediente.

Cuando llegó el día fijado para la decisión del empeño y de la apuesta, todo el pueblo de Samos acudió á la orilla del mar para presenciar la vergüenza de Janto, suponiendo seguro el triunfo del discípulo que llevaba la contraria á su maestro. Janto dijo á la asamblea:

—Yo aposté efectivamente que me bebería toda la mar, pero no los ríos que desaguan en ella. Desvíe pues mi adversario todos esos ríos y estoy pronto á cumplir lo que aposté.

Todos celebraron el expediente de que Janto se había valido para salir bien de tan mal paso, y el discípulo se confesó vencido pidiendo perdón á su maestro, el cual fué conducido á su casa como en triunfo.

Las anécdotas de este género son numerosas en la vida de Esopo. Verdad es que se han puesto en duda como la mayor parte de los detalles que nos da Planudio acerca del frigio y especialmente los que se refieren á su fealdad. Un erudito del siglo XVII, Baschet de Méziriac, en una crítica del trabajo de Planudio, que al parecer no conoció La Fon-

taine, bien que se hubiera publicado antes que su colección, juzga severamente la compilación del monje griego. Méziriac declara que no sabe de dónde sacó Planudio que Esopo fuera deforme y contrahecho, pareciéndose al Tersites de Homero. Nada encuentra en los autores antiguos que autorice esta suposición. Rechaza igualmente la tartamudez de Esopo (1). «No hay que creer, añade, nada de lo que Planudio dice de Esopo, mientras estuvo al servicio de Janto, haciéndole hacer y decir tantas cosas impertinentes y ridículas, que no pueden recibirse como verdaderas, sin imaginar que Esopo era más bien un bufón chocarrero que un grande y grave filósofo. Sostengo con fundamento que estos son cuentos inventados por Planudio para divertir á los niños.»

Á pesar del rigor de esta crítica, puede admitirse, al parecer, que Esopo, á lo menos mientras estuvo al servicio de sus diferentes señores, Demarco, Atenes, Janto y Jadmon de Samos, fué una especie de consejero, á veces burlesco, á la manera de los que había en las casas de los ricos personajes; empleo más digno que el de los bufones ordinarios.

Y en este concepto hemos creído que debíamos mencionar aquí al célebre fabulista.

---

(1) Sin embargo, el sofista Himerio (*Orat.* XIII, 5, p. 592, edit. 1790), que es más antiguo que Planudio, afirma que Esopo era feo; y Plutarco, en el *Banquete de los siete sabios*, asegura que era tartamudo. En su diálogo dice Solón: «Eres hábil en entender á los cuervos, pero no entiendes tu propia voz.»

II

Los bufones domésticos en la Edad media.—Bufones señoriales.—Bufones eclesiásticos.—La fiesta de los Locos.—Bufones ambulantes.—Atributos y traje especial de los locos ó bufones.

Los bufones domésticos que habían divertido á toda la antigüedad griega y romana, sobrevivieron á la ruina del imperio. Volvemos á encontrarlos en la Edad media en los castillos, en los conventos, en la Iglesia, afectos á la persona del señor, del abad ó del obispo, resistiendo las interdicciones y los anatemas con que los herían muchas veces las ordenanzas de los reyes y los cánones eclesiásticos.

Hay que reconocer que en aquellos primeros tiempos de la Edad media, tan sombríos y tristes, en que la fuerza y la violencia lo avasallaban todo, en que hasta los dichosos del mundo no tenían más distracción que la caza y la guerra, en que la pobre humanidad se agitaba inquieta y atormentada, como abrumada bajo el peso de una carga demasiado onerosa, el

peso de la ignorancia, de la miseria y la superstición, el bufón que mezclaba un tanto de alegría con las tristezas de la vida, que hacía parecer menos altos y me-



Un bufón (de Goltzio).

nos negros los muros del castillo, que arrancaba por un momento el espíritu á las duras realidades del tiempo presente, era por todas partes llamado y retenido. Las mujeres, particularmente, se complacían en

oirlo. No hay más que imaginarse uno de aquellos castillos de que estaba erizada Europa en la época feudal, con sus profundos fosos, sus puentes levadizos, sus barreras, sus puertas de hierro, sus torreones, sus almenas y subterráneos. Detrás de aquellos muros amenazadores, la vida es casi siempre monótona y desprovista de interés. Sin duda el señor feudal preside su tribunal de justicia, cabalga al través de sus dominios, guerrea contra sus vecinos, vigila el camino ó el río, suele asaltar al viajero y al mercader, ó con el halcón en la mano, dirige las cacerías de otoño. Pero ¿cómo podrá vencer el hastío la castellana que se queda en el castillo? No hay todavía cortes de amor; ni las justas y torneos estarán en boga hasta más tarde. Como la hermana Ana del cuento, tiende su mirada por el campo; pero nada viene á distraer su soledad. Ni un trovador inspirado que le cuente las proezas de los cruzados allá en la Palestina; ni un gallardo caballero que, con su pluma al viento, se incline graciosamente sobre el cuello de su caballo y le envíe sus saludos. En este aislamiento, el bufón que salta y pernea como un mono, que toca la zampoña, la trompeta y el rabel, que charla como una cotorra, que sabe de coro oraciones, versos, enigmas, cuentos alegres, viene á ser un personaje casi importante y necesario. Es el único que hace á veces resonar la risa en las salas del castillo; y toma puesto inmediatamente por encima ó al lado del lebrel, del enano ó del esmerejón que la noble dama cuida por su mano

y que le sirven también de distracción y pasatiempo.

Casi siempre este bufón se parecía al Esopo de Planudio; pero cuanto más feo era y desgraciado y contrahecho, más probabilidades tenía de caer en gracia á los señores del castillo y excitar la envidia y celos de pajes y criados, á quienes por otra parte no dejaba él en paz haciéndoles servir de recurso para sus dichos ó dicharachos. Si sucedía que al principio, no se mostraba muy apto en su oficio, se le daba un maestro que lo pusiera al tanto ó sea en aptitud de servir con todos los recursos y registros del arte. «Un loco de buena casa, dice el bibliófilo Jacob, en su *Disertación sobre los locos de los reyes de Francia,* era educado con tanta solicitud, trabajo y gasto, como un asno sabio. Tenía su maestro, y estudiaba los chascos ó jugarretas, los saltos, las réplicas, las agudezas, las canciones, etc.» Solía también suceder que, cuando no sabía la lección, se le diera una tunda y se le enviara á hacer penitencia á la cocina en compañía de los galopines.

Estos bufones solían serlo de padres á hijos y procedían de las mismas familias; había, por decirlo así, dinastías de bufones. El bibliófilo Jacob, citando á Guillermo Bouchet en sus *Sérées*, nos da aquí curiosos detalles. Trátase de un idiota que *habiéndolo creado Dios y echado al mundo, había quedado así.*

«Este servidor era de una familia y de una casta en que todos eran honradamente locos y alegres; y además, todos los que nacían en la casa en que había nacido este servidor, aun cuando no fueran de su linaje, ve-

nían al mundo locos y locos estaban toda su vida; de tal manera que los grandes señores se proveían de locos en esta casa y por este medio era de gran renta para el dueño de ella.»



Sacado del *Elogio de la Locura*, de Erasmo (Dibujo de Holbein).

¡Singular tráfico que ofende todos nuestros sentimientos, pues revelaba el mayor desprecio de la dignidad humana!

Algunos de estos grotescos personajes eran hombres, en efecto, pues tenían un corazón debajo de su traje de bufones, y este corazón, bien así como el de sus amos, podía estar torturado por hondo sufrimiento. El Triboulet que nos presenta Víctor Hugo en el *Rey se divierte*, no se parece al verdadero Triboulet, como tendremos ocasión de probarlo en un próximo capítulo; pero puede pasar por el tipo inmortal de tales bufones, entre los cuales debía de haber algunos que abrumados por el desprecio de todos ó adoloridos por alguna pena íntima, se rieran por deber, cuando se arrasaban de lágrimas sus ojos, ó se henchía de indignación su alma. Recuérdese el admirable monólogo del *Rey se divierte*: (1)

(1) Acto II, escena II.

«¡Ah! La naturaleza y los hombres me han hecho muy malo, cruel é infame, en efecto. ¡Oh rabia! ¡ser bufón! ser deforme! ¡Siempre este pensamiento! ¡Y ya vele, ya duerma, cuando con él he dado la vuelta al mundo venir á parar siempre á esto! ¡Soy bufón de corte! ¡No querer, no poder, no deber más que reir, y no hacer más que reir! ¡Qué exceso de oprobio y de miseria!»

¡Cuántos acaso, cuántos de aquellos desgraciados, poseídos de la misma rabia y de la misma cólera, exhalarían las mismas quejas! ¡Cuántos procurarían vengarse de las injurias que les escupían sembrando en torno suyo todo el mal de que eran capaces!

«Así, señores míos, altivos caballeros ¡cuánto os odia el bufón! ¡Qué caros os hace pagar vuestros desdenes! ¡Qué bien sabe buscar sus desquites! Es el demonio familiar que aconseja, que tienta á su amo y en cuanto puede agarrar entre sus uñas un alma la destroza á placer. Vosotros lo habéis vuelto malo y se venga.»

Así muchos que, como Triboulet, *eran hombres* después de todo, hubieron de acumular en su corazón tesoros de odio que gastaban luégo haciendo daño en torno de sí, que es...

.....la felicidad de los dichosos por hastío.

No sólo en los castillos feudales eran deseados y recibidos los bufones; éranlo también y sobre todo en la

corte de los príncipes, y tendremos que ocuparnos largamente en la categoría de los bufones de corte, sino la más interesante, á lo menos la más conocida de todas. Pero, cosa singular; había también bufones en los conventos; y algunos sacerdotes no se desdeñaban de buscar en su trato alguna distracción á las severidades de la disciplina eclesiástica. El hecho resulta de los documentos reunidos en el siglo XVIII por el jurisconsulto alemán Heinecke y el benedictino Martène. Heinecke cita una ordenanza de 789 prohibiendo á los eclesiásticos tener farsantes, como también perros de caza, halcones y gavilanes. Martène menciona la prohibición hecha á los eclesiásticos, de ejercer ellos mismos, lo cual es más notable aún, el oficio de farsantes y bufones. «Asimismo prohibimos á los clérigos ser farsantes ó bufones, declarando que si dentro del año han hecho este oficio deshonroso, serán despojados de todo privilegio eclesiástico; y si advertidos persisten, podrán ser condenados á penas más graves por el poder temporal.»



Un bufón (colección Hennin.)

Parece ser que, á pesar de estas prohibiciones, no cesó de tener la bufonería, en ciertas épocas del año,

derecho de ciudadanía en la Iglesia, por decirlo así. Fácilmente se encontrará la prueba de esta aserción en la *fiesta de los Locos*, que aparece muy temprano y dura hasta el siglo XVI; porque todavía se ve, con fecha del 19 de enero de 1552, un decreto del parlamento de Dijon expedido después de numerosos actos de los concilios, pronunciando su abolición. El sabio Du Tilliot, en un escrito publicado en Lausana en 1741, titulado: *Memoria para la historia de la fiesta de los locos que se celebraba en otro tiempo en muchas iglesias*, da muy curiosos detalles sobre esta institución.

Según Du Tilliot, la fiesta de los locos debe de tener origen en las Saturnales que se celebraban en Roma el 16 de las calendas de enero, ó sea el 17 de diciembre, y en las cuales los esclavos llevaban los vestidos de sus amos y se sentaban con ellos á la mesa, recordando la edad de oro (1) en que todas las condiciones eran iguales. Cuando los paganos abrazaron el catolicismo, difícilmente se avinieron á perder el hábito de tales fiestas llenas de franca alegría. Para facilitar la transición de un culto á otro, hubieron de tolerar los obispos en la nueva Iglesia, fiestas en que los clérigos y los ministros inferiores oficiaban públicamente, como en las antiguas Saturnales, y los esclavos ocupaban el puesto de sus amos. Estos regocijos no tardaron mu-

---

(1) «Ea, puesto que nuestros antepasados lo quisieron así, usa de la libertad de diciembre y habla.» Horacio, serm., lib. II, sat. VII, verso 4.

cho en rebasar los límites de la decencia y desde luego procuraron prohibirlos los príncipes de la Iglesia. San Agustín, en su sermón *De Tempore*, á principios del siglo v, y el Concilio de Toledo, en 633, los condenaron sin grandes resultados, pues subsistieron y se extendieron principalmente en la Iglesia de Constantinopla, en el siglo x, gracias al patriarca Teofilacto.

PARROQUIA DE SAN FERMÍN (AMIENS)



Medalla de plomo del arzobispo de los Inocentes.

La fiesta de los locos se mantuvo pues, y siguió celebrándose aún por espacio de largos siglos. Tenía efecto en ciertos días, sobre todo, de Navidad á Epifanía, y especialmente el día de Año Nuevo, de que se dijo: *fiesta de las calendas*. En las iglesias catedrales se elegía un obispo ó un arzobispo de locos, cuya consagración se solemnizaba con mil bufonadas. Después oficiaban de pontifical los elegidos y daban la bendición pública, con la mitra en la cabeza y el báculo y la cruz en las manos. Y todavía, en las iglesias que dependían inmediatamente de la Santa Sede, se nombraba un papa de locos, como se elegía un abad de locos (*abbas fatuorum* ó *stultorum*) en muchas abadías. Al lado del obispo, del papa y del abad, un clérigo licencioso, con máscara y en traje de mujer ó de teatro, bailaba en el coro, cantaba canciones más que libres, comía morcilla ó salchichón en el mismo altar al

lado del celebrante, jugaba á los dados ó la baraja, ó echaba en el incensario pedazos de zapatos viejos para producir mal olor. Después de la misa, el clérigo profano, corría y saltaba en la iglesia, se despojaba enteramente de sus vestidos, y luégo arrastrado por calles y plazas en carros llenos de basura, se complacía en arrojar inmundicias al populacho que lo rodeaba. Con frecuencia los seglares más libertinos se unían al clérigo para representar algunos personajes de locos, vestidos con traje de monje ó de monja.

En ciertas diócesis, principalmente en la de Reims, los obispos y arzobispos verdaderos tomaban parte en los regocijos, á lo que se llamaba, como en tiempo de Horacio, *la libertad de diciembre*. Por extraños é inverosímiles que parezcan estos hechos, están corroborados por una multitud de documentos, que Du Tilliot ha reunido en las páginas 6 y siguientes de su *Memoria*.

No se crea que esta saturnal ó fiesta de los locos merecía la aprobación solamente de los locos, es decir, de la gente moza y de los hombres menos graves de la Iglesia; todo un doctor de Auxerre, según Gerson (1), llegó á sostener que esta ceremonia no era

---

(1) Juan Gerson (1363–1420) fué una de las primeras figuras del siglo xv. Rector de la Universidad de París, no dejó de levantar su voz en nombre del país contra la sangrienta rivalidad de las facciones de Orleans y Borgoña. Él fué quien preparó la célebre *ordonnance cabochienne*, con la cual procuraba introducir profundas reformas en la administración del reino. En fin, en los concilios de Basilea y de Constanza, defendió con vigor las doctrinas de la Iglesia galicana, comba–

menos agradable á Dios que la festividad de la Purísima Concepción de la Virgen.

Á las veces, la fiesta de los locos se confundía en algunas partes con la llamada del *Asno*, ó con otros regocijos, que probaban también que el espíritu de bufonería, no siempre era anatematizado por la Iglesia en la Edad media. En Evreux, por ejemplo, la *fiesta de las Ramas*, que los clérigos iban á cortar procesionalmente á los bosques del obispo el primer día de mayo, se confundió de muy antiguo con la fiesta de los locos. El cortejo hacía á la vuelta mil extravagancias, arrojaba salvado á los ojos de los transeúntes, obligaba á bailar á unos y á saltar por encima de una escoba á otros. La burlesca ceremonia duraba del 28 de abril al 1.° de mayo. En el intervalo de los oficios, los canónigos jugaban á los bolos bajo las bóvedas de la iglesia ó daban en ella representaciones y conciertos.

Todavía fué peor, cuando un canónigo llamado Bouteille, habiendo fundado en 1270 un oficio *ú obit* (1), hizo poner cinco botellas en el paño mortuorio, dentro del mismo coro, para los cantores que habían tomado parte en el oficio. Desde entonces la embriaguez de éstos entraba en el programa de la fiesta anual. Á la

---

tió el cisma y denunció la escandalosa relajación de la disciplina eclesiástica. Á partir de 1417, vivió retirado en el convento de los Celestinos de Lion.

(1) Término de liturgia con que se designa en muchas iglesias una misa de *requiem* por los difuntos.

vez que se bebían el vino de canónigo, se comían unas galletas llamadas *casseguculettes* ó *cassemuseaux*, porque quien las servía á los demás se las tiraba á la cara de una manera grotesca.

Como hemos visto más arriba, la fiesta de los locos era conocida igualmente en los monasterios y conventos de monjas, donde subsistió hasta bien entrado el siglo XVII. En una carta de Pedro Gassendi fechada en 1645, un antiguo cartujo, Maturino de Neuri (1), se queja de las impertinentes ceremonias con que se celebraba la fiesta de los locos ó de los inocentes en ciertos monasterios de la Provenza. Los frailes legos (*lais* ó *laïcs*) llamados *frères coupe-choux*, porque se cuidaban de los quehaceres domésticos y del cultivo de la huerta, ocupaban el lugar de los padres en la iglesia. Revestíanse con los ornamentos sagrados, rotos y vueltos del revés, aparentaban leer en libros, también al revés, con anteojos cuyos cristales reemplazaban cáscaras de naranja y soplaban en los incensarios llenos de ceniza echándosela unos á otros. No cantaban himnos ni salmos, ni misas, sino que daban gritos «tan discordantes como los de una piara de puercos gruñendo, de modo que los brutos

---

(1) Preceptor de los hijos de Francisco Bochart de Champigny, intendente de Provenza, en cuya casa lo colocó Gassendi en 1643. Sabido es que Gassendi, maestro de Molière, fué un sabio universal, que puso en moda, aunque pasajeramente, la filosofía de Epicuro, de que era apasionado.

no harían peor el oficio del día; porque, en efecto, valdría más traer brutos á la iglesia para alabar al Creador á su manera, y sería á buen seguro una práctica más santa, que no sufrir á esta gente, que burlándose de Dios por cantar sus alabanzas, son más locos é insensatos que los animales más insensatos y locos.»

Du Tilliot cita asimismo (pág. 27) una memoria de Antonio Lancelot, miembro de la Academia de inscripciones, sobre la *Antigua fiesta de los locos en la diócesis de Viviers*. Primero se hacía la elección de un *abad del clero,* nombrado por el *coro bajo* (jóvenes canónigos, clérigos ó niños de coro). Se cantaba luégo el *Te Deum*, y después se hacía una gran colación, á que seguía una procesión, repetida todos los días de la octava. El día de San Esteban se presentaba el *obispo de los locos*. Nombrado el día de los Inocentes del año anterior, no ejercía su dignidad sino los días de San Esteban, de San Juan y de los Inocentes. Revestido con sus ornamentos pontificales y seguido de su capellán, recibía los mismos homenajes que el verdadero obispo, asistía á los oficios, daba la bendición pastoral y concedía grotescas indulgencias, del género de esta, mencionada por Tilliot en la página 29:



Medalla del papa de los locos.

De par Massenhor l'Evêque
que Diéou vous donne mal al besché.
Avez una plena banasta de pardos
et dos de rascha, de fol lo mento (1).

Los sabios doctores de la iglesia comprendían, sin embargo, que semejantes excesos hacían desmerecer necesariamente la religión en el ánimo de las personas ilustradas y alteraban la austeridad de las costumbres impuestas á todo predicador por la doctrina evangélica. Así desde los comienzos, como hemos dicho, se procuró impedir tan escandalosas ceremonias. Concilios, papas, obispos tronaron por todas partes y lanzaron interdicciones y anatemas. Mauricio de Sully, obispo de París, á fines del siglo XII, Odón de Sully, obispo de París también, á principios del XIII, multiplicaron las órdenes más severas. Inútil solicitud: la fiesta de los locos y sus ceremonias hasta indecentes, á veces, continuaron aún por más de doscientos cincuenta años. Según Mézeray (2), en 1444, la Facultad de teología de París, á instancia de los obispos, escri-

---

(1) De parte del señor Obispo—que Dios os dé mal de hígado.—Os doy una banasta llena de perdones — y dos de sarna y tiña en la barba.

(2) *Compendio cronológico de la Historia de Francia,* tomo I, página 578. Edición en cuatro tomos citada por Tilliot, p. 31.—Mézeray (1610-1683) es, sobre todo, conocido por su grande *Historia de Francia,* en 3 volum. en folio. Aunque cronista de Luís XIV, escribía con tal y tanta independencia, que hubo de castigarle Colbert retirándole la pensión de 4000 libras que recibía de la corte.

bió una carta á todos los cabildos para condenar y abolir estos regocijos propios sólo de otra edad; y en 1460, el concilio de Sens trató aún del asunto como de un mal que á toda costa era preciso extirpar.

Á estas sentencias pronunciadas por la Iglesia, hay que añadir otras muchas. En 1435, un decreto del concilio de Basilea prohibió las mascaradas y fiestas licenciosas bajo pena de suspensión durante tres meses, contra el eclesiástico que las hubiera tolerado. Asimismo, en 1445, se hicieron iguales prohibiciones por el concilio provincial de Ruán; en 1456, por el concilio provincial de Reims celebrado en Soissons; en 1528, por el concilio provincial de Sens celebrado en París; en 1575, por el sínodo de Chartres; en 1583, por el concilio provincial de Reims; en 1585, por el concilio provincial de Aix; finalmente, en 1620, el concilio provincial de Burdeos prohibió como los demás celebrar nunca la fiesta de los locos ó de los Inocentes.

Y no sólo padecía la Iglesia con tales escándalos y se esforzaba en ponerles término; las mismas autoridades láicas y los tribunales de justicia venían en ayuda de la potestad eclesiástica para reforma tan urgente y saludable. Los registros del parlamento de Dijón nos suministran á este propósito un documento concluyente; el decreto del 19 de enero de 1552:

«Por la queja é información presentada á este alto cuerpo por los deanes y cabildos de San Vicente de Chalón, ampliadas por el procurador del rey, para obviar los escándalos é irrisiones que de día en día

van sucediendo y puedan suceder en adelante, y para que el servicio divino continúe en las iglesias catedrales, colegiatas y otras en honor y reverencia, como corresponde por el derecho canónico, santos decretos y concordatos, este tribunal ha ordenado y ordena que se prohiba á los coristas y parroquianos de la dicha iglesia de San Vicente y todas las demás iglesias de su jurisdicción, celebrar en adelante el día de la fiesta de los Inocentes y otros días, hacer ningunas insolencias ni tumultos en las dichas iglesias, estarse en ellas, ni correr en ellas, ni en las calles, con danzas, ni hábitos indecentes para el estado eclesiástico. Otrosí, ordenamos hacer y continuar el dicho servicio divino sólo con la modestia de costumbres y hábitos que se requieren por los dichos santos cánones y decretos; todo so pena de poner las temporalidades de los contraventores en manos del Rey; y á este fin el dicho tribunal exhorta á todos los jueces eclesiásticos superiores, y previene á los ordinarios reales de los lugares entender y hacer entender y cumplir el contenido de este decreto, y á todos los sustitutos del procurador general hacer las diligencias y procedimientos necesarios, y dar en continente parte y conocimiento á este dicho tribunal de las contravenciones que ocurran contra este decreto, el cual se fijará en las puertas de las iglesias para que nadie pueda alegar ignorancia.

»Hecho en el Consejo de Dijón y pronunciado en audiencia el 19 de enero de 1552.»

La acción combinada del brazo secular y de la auto-

ridad eclesiástica, consiguió al fin, en el siglo XVII, que fuera un hecho la abolición de la fiesta de los locos y de las demás ceremonias del mismo género que habían formado parte tanto tiempo de las costumbres del clero bajo. Con todo eso, la bufonería no desapareció completamente de la Iglesia, refugiándose ¡quién lo creyera! refugiándose en el púlpito, en la cátedra del Evangelio. Son numerosos los ejemplos de los predicadores que no vacilaron en explotar la risa en beneficio de la fe.

Erasmo, en el *Elogio de la locura*, llega á comparar á estos predicadores burlescos con los comediantes y bufones. «¡Gran Dios! exclama. Vedlos cómo gesticulan, mudan inoportunamente de voz, cantan, hacen la rueda, se desfiguran en un abrir y cerrar de ojos y atruenan el aire con sus gritos.» Con semejante tono, el desarrollo del discurso no puede menos de parecer grotesco; y lo parecería también, sin esto, por la singularidad de los argumentos. «He oído por mis propios oídos á uno de estos solemnes locos... doctores, quise decir. Tenía que tratar del misterio de la Santísima Trinidad ante un auditorio escogido, y queriendo singularizarse por la originalidad y halagar el oído de los teólogos, tomó una nueva vía y no encontró nada mejor que hablar de las letras del alfabeto, de las sílabas y de las partes de la oración, y después de la concordancia del sujeto y del verbo y del sustantivo y el adjetivo. En una palabra, tuvo el talento de descubrir en los elementos de la gramática el símbolo de la Santísima Trinidad.» Erasmo cita á otro predica-

dor, cuya argumentación parece aún más estrambótica. «Los misterios del nombre de Jesús: tal era el tema del sermón. Empezó por demostrar con sutileza encantadora cómo se encontraba en las letras mismas de este nombre divino todo lo que había que decir del Salvador. En efecto, decía, Jesús tiene tres casos en latín, imagen evidente de la Santísima Trinidad: el primero termina en S, el segundo en M y el tercero en U. ¡Misterio inefable! porque cada una de estas letras indica que Jesús es el principio (*Summum*) el medio (*Medium*) y el fin (*Ultimum*) de todas las cosas.»



Elogio de la Locura, por Erasmo (dibujo de Holbein).

Esto no era ciertamente más que un ingenioso recurso del predicador, á que podía apelar seriamente y sin pensar en provocar la risa de su piadoso auditorio; pero al lado de estos predicadores, bufones sin saberlo, otros había que de propósito transformaban el púlpito en tablado para el mayor bien de las almas. M. A. Canel, en un libro lleno de documentos interesantes, titulado: *Investigaciones históricas sobre los locos de los reyes de Francia* (1), cita á Miguel Me-

(1) París, Alfonso Lemerre. Edición 1873. Este excelente trabajo nos ha sido muy útil.

not y á Oliverio Maillard, en primera línea entre estos predicadores burlescos (1). Una vez predicaba Maillard de purgatorio. «Cuando las ánimas benditas, decía, oyen el són del dinero que para ellas se da, y como al caer en la bacía ó en el cepillo hace *tin, tin, tin*, se echan á reir ellas diciendo á su vez: *ah! ah! ah! hi! hi! hi!*» Miguel Menot, reprendiendo la lentitud con que las damas acuden á la iglesia, les dirigía este apóstrofe: «¡Ah, perezosas! antes se sacaría un estercolero de una cuadra en que hubiera habido cuarenta y cuatro caballos, que una mujer acabara de mirarse al espejo y de ponerse sus veinticinco alfileres.»

Juan Raulin (2), contemporáneo de Menot y de Maillard, divertía á su piadoso auditorio contándole la historia de una viuda que quiere casarse con su criado: el cura de la parroquia envía á pedir el parecer de las campanas. Antes del casamiento la viuda oye á las campanas que le dicen: «*¡Toma á tu criado! ¡Toma á tu criado!* Y después de la boda: *¡No lo tomes! ¡No lo tomes!*»

Un franciscano que iba á predicar de pasión, comenzó á santiguarse diciendo: *In nomine Patris, etc...* Interrumpió aquí su santiguada, volviendo á comenzar

(1) Miguel Menot, predicador de la orden de los franciscanos (1450–1518, ó 19). En sus buenos tiempos hubieron de llamarle pico de oro *(langue d'or)*. Oliverio Maillard, de la orden de frailes Menores (1440–1503), fué predicador de Luís XI.

(2) Juan Raulin (1443–1514). Dirigió algún tiempo el colegio de Navarra y se retiró en 1497 á la abadía de Cluny, cuya reforma hizo.

y á interrumpirse en el mismo punto. Hasta que sin pasar del supuesto atascadero, salta diciendo: «En vano busco al Hijo; no lo encuentro en ninguna parte. ¿Qué ha sido de él?... ¡Ah! ya lo sé: cedió á la rabia de sus enemigos y murió. Sí, hermanos míos, murió, y voy á deciros cómo.»

Otro fraile, que predicaba de Natividad, decía que el gallo anunció por la mañana el nacimiento de Jesucristo cantando así muchas veces: *¡Christus natus est!* «Después, deseando el buey saber dónde había nacido balbuceó: *¿Ubi? ubi?* Á lo cual contestó la oveja: *¡In Bethleem! ¡In Bethleem!* Finalmente, el asno los invitó á todos á ir allá rebuznando: *¡Eamus! ¡Eamus!*» Y para producir más efecto, el bufón sagrado, con las palabras atribuídas á cada uno de estos animales, imitaba el canto del gallo, mugía con el buey, balaba con la oveja y rebuznaba con el asno.

El célebre fray Andrés, cuyo verdadero nombre era fray Boullanger, hubo de hacerse famoso á principios del siglo XVII con facecias y gracias igualmente grotescas. Pero la palma en este género de predicación burlesca pertenece acaso de derecho á aquel arzobispo de Colonia, de quien se hace singular mención en las memorias de Dangeau (1). Hallándose en Valencien-

---

(1) Felipe de Courcillon, marqués de Dangeau, debe á su *Diario de la corte de Luís XIV*, el pasar por el tipo del perfecto cortesano. Su nombre vino á ser proverbial en este sentido. Tenía 27 años cuando Luis XIV lo nombró coronel del Regimiento del Rey en 1665 porque, según dicen, era muy hábil en el juego de naipes.

nes, el día primero de abril, este príncipe de la iglesia, hubo de invitar á toda la ciudad á oirle predicar. Subió á la cátedra del Espíritu Santo y después de gritar: «*Poisson d'avril! poisson d'avril!* (chasco de día de Inocentes) desapareció riendo al ruido de las trompetas y de los címbalos.

No dejaremos de mencionar tampoco las numerosas figuras de locos ó bufones que se encuentran en las paredes de las catedrales. En la sillería del coro de la iglesia de Champeaux, en Brie, edificio construído en el siglo XII, se ven, en medio de otras raras representaciones, tres cabezas de bufón en un mismo sombrero y una imagen de la locura con cascabeles. Luís Millin (1) hizo grabar para sus *Antigüedades Nacionales* (1790-1798), figuras esculpidas en la sillería de San Sulpicio en Corbeil, y en las credencias de la iglesia de

HERÁLDICA



Tablero de la iglesia de Saint Mallion (Cornualles)

(1) Naturalista y arqueólogo (1759-1818), conservador del Gabinete de numismática, donde sustituyó al abate Barthélemy en 1794, después jefe de negociado en instrucción pública y, en fin, profesor de historia en la escuela central del Sena.

los Maturinos de París, que datan de fines del siglo XV. Vense allí un obispo con su cetro de cascabeles, y un fraile con orejas de asno en la capucha y otro cetro burlesco en la mano. En el convento de los Agustinos de París estaba simbolizada por dos bufones una parábola del Evangelio.

BUFÓN REAL



BUFÓN REAL



Esculturas de talla de la iglesia de Sain-Levan (Cornualles).

Como se ve, hay menos distancia de la que se podría creer á primera vista entre estos bufones de iglesia y los que vivían en los castillos feudales, ó recorrían el mundo dando á los cuatro vientos las explosiones de su alegría é ingeniándose para ganar la vida, con grotescas travesuras y facecias.

Además de los locos ó bufones domésticos agregados acaso al convento como al castillo, había los bufones libres que vagaban de ciudad en ciudad,

de feria en mercado, al rededor de los castillos, al paso de los príncipes y por donde quiera que esperaban llamar la atención, obtener aplausos y algo para la pitanza, encontrar un albergue para pasar la noche y algún dinero para continuar el camino. Á veces iban en pandi-



Fragmento del cuadro de *Las Bodas de Canaán,* de Pablo Veronés.

llas, acompañados de tañedores, que tocaban varios instrumentos, cantaban ó recitaban romances ó cuentos, mientras ellos hacían juegos de cubiletes y otras habilidades, ó bien enseñaban monos, perros y otros animales sabios. Otras veces, en pandilla, representaban una riña de mujeres, escenas de palurdos ó bo-

rrachos y aun piezas dramáticas. M. Jal, en su *Diccionario crítico de biografía y de historia*, cita muchos de estos bufones ambulantes que nos representa como admitidos á *trabajar* ante soberanos como Carlos VI ó la reina Ana de Bretaña.



Blasón heráldico, por Enrique Houdius.

Es verosímil que estos bufones de ocasión no tenían todos el mismo traje, y que salvos algunos rasgos particulares que servían para distinguirlos del común de las gentes, se vestían de remiendos ó pedazos según el uso ordinario de los titiriteros. No sucedía lo mismo con los bufones de título agregados al séquito de un gran personaje láico ó eclesiástico. Para estos había un *traje de loco*, siempre ó casi siempre el mis-

mo, á pesar de algunas diferencias de detalle. En un poemita del siglo XV, titulado los *Souhaiz du Monde* (Deseos del mundo), en que cada estado expresa sus deseos hablando á su vez, el bufón habla así:

«Por mi deseo, que día y noche me atormenta, quisiera dos cosas diferentes: primero, un títere ó muñeca, y una caperuza de grandes orejas, de buenos cascabeles que hicieran mucho ruido; así libre de cuidados y pesares, bailar bajo un emparrado con buen apetito para vaciar botas y botellas, y al fin un sudario por tesoro.»



Cascabeles de bufón en la caperuza y en la punta de los zapatos, según una estampa.

El bufón tenía, en efecto, como atributo distintivo una muñeca, que era una especie de cetro rematado en una cabeza cubierta con una capucha de diversos colores y guarnecida de cascabeles, cuyo nombre *marotte* ó *mariotte,* sería un diminutivo de María; llevaba además el bufón una caperuza puntiaguda, guarnecida de dos grandes orejas terminadas en sendos cascabeles. Parece que esta caperuza caracterizaba especialmente la condición de loco, porque en un curioso grabado sacado de una obra alemana

publicada en 1512, el *Schelmenzunft* (corporación de los locos) se ve un personaje adornado con esta caperuza, cuyas puntas están caídas á uno y otro lado, llevando en un paño atado al cuello unos bufoncillos que sólo tienen la cabeza ó el busto y que él siembra



Sembradór de bufones.

en el campo: estos gérmenes de bufón destinados á crecer, se reconocen, como el mismo sembrador, en la famosa caperuza, con la diferencia de estar empinadas las orejas de estos últimos, asemejándose á las de asno.

En cuanto al traje de los bufones, era un sayo recortado en ángulos agudos, sobre el cual solían llevar

una espada de palo dorada, ó bien una vejiga de puerco llena de garbanzos y suspendida al extremo de una varita. Son los presentes que Panurgo hace á Triboulet en el libro III, cap. 45 del *Pantagruel*. «Panurgo á su venida le dió una vejiga de puerco bien inflada y resonante á causa de los garbanzos que había dentro; además una espada de palo, una cacerina hecha de una concha de tortuga, una botella, forrada de mimbre, llena de vino bretón, y un cuarterón de manzanas. Triboulet ciñó la espada y la cacerina, tomó la vejiga en la mano, se comió parte de las manzanas y se bebió todo el vino. Panurgo lo miraba curiosamente y le dijo: Nunca vi un bufón que no empinara el codo de buena gana.»

Como se ve, empinar el codo, ó beber mucho y con frecuencia, era también atributo de los bufones.

El color del traje de los bufones no era indiferente. El traje era abigarrado de amarillo y verde, colores que no tuvieron nunca, especialmente en la Edad media, mucha estimación. Verde era el gorro con que se llevaba á la picota al mercader quebrado; verde también el casquete del forzado ó presidiario. El amarillo fué indicio ó señal de felonía, de deshonor, de bajeza ó desprecio. M. Leber, en el libro titulado: «*Monedas desconocidas de los obispos de los inocentes, y de los locos*, recogidas y descritas por M. M. J. R. (*Rigollot*) de Amiens, con notas y una introducción sobre las especies de plomo, el bufón y los geroglíficos en la Edad media, por M. C. L. (Carlos Leber),

París, 1837,» recuerda que el verdugo marcaba de infamia la cara de un criminal de lesa majestad, pintorreándola de color amarillo. Era también el color de



Bufón, con el traje del oficio.

los lacayos, y más particularmente de la gente empleada en las ejecuciones de justicia. Habiendo decretado el Concilio de Arlés, en 1254, que los judíos llevaran sobre el estómago una señal redonda que los distin-

guiera de los cristianos, resolvió San Luís, que esta señal fuera amarilla.

Los bufones llevaron á su vez estos colores que formaron desde entonces parte de sus atributos, y esto á lo menos hasta el siglo XVII. Un diario inédito de 1614 á 1620, citado por M. A. Cheruel en su *Historia de la administración monárquica de Francia,* refiere que



Croquis de Alberto Durero.—Colección Esterhasy en Pesth.

el 9 de enero de 1614, M. Verteau, tesorero de Francia en Chalons, fué arrebatado por cuatro hombres á caballo de la casa del duque de Nevers y conducido á la Casina que pertenecía al duque, y que allí, por haber informado sobre algunos abusos de poder cometidos por el dicho duque (gobernador entonces de Champagne), fué vestido de bufón, montado en un asno y paseado por todo el pueblo de la Casina y otros luga-

res donde había informado. M. de Verteau, en un informe, dirigido al rey, explica lo que era el traje de bufón que le pusieron.

«Uno que manda en la Casina, dice, fué á buscarnos diciendo que el gobernador nos hacía saber que había recibido orden del señor duque de Nevers para ponernos un traje que nos mostró, y estaba hecho de fajas de sarga, mitad amarilla y mitad verde; y donde había fajas amarillas había pasamanos verdes, y donde verdes, amarillas. Entre las fajas había también tafetán amarillo y verde, cosido á las fajas; los calzones eran también verdes y amarillos, y un gorro, amarillo y verde también con orejas.»

Á veces reemplazaba el color rojo al verde, ó bien todo el traje era rojo, ó los tres colores se casaban en él, pero esto solo por excepción, al parecer. En realidad el amarillo y el verde se encuentran casi siempre y pueden pasar por los colores ordinarios de la locura.

Así pues la muñeca, la caperuza puntiaguda con orejas de asno, los cascabeles y el sayo amarillo y verde componían la librea de los bufones, y no sólo de los bufones domésticos, sino también, según todas las probabilidades, de los bufones de corte, de los bufones populares y de las asociaciones de bufones de que hablaremos en su lugar.

III

Los bufones de corte.—Bufones de corte en la antigüedad.—Bufones con titulo de oficio, en Francia.—Seigni Johan.—Jehan Arcemalle. —Mitton.— Thévenin de Saint-Leger. — El Gran Johan. — Haincelin Coq.— Villon. — Los bufones de Carlos VII, de Luis XI y de Carlos VIII.

Los señores en sus castillos, los abades en sus conventos y los obispos en sus palacios tenían sus bufones. Con mayor razón los reyes y las reinas, los príncipes y princesas, debieron agregar á su corte y á su servicio personal un requisito tan á la moda en todos tiempos.

Se encuentran bufones de corte desde la más remota antigüedad. M. C. Magnin, en sus *Orígenes del teatro antiguo y moderno* (pág. 189), dice que en el *Ramayana* (1), la esposa del valiente Rama, la bella Sita,

(1) Obra del poeta Valmiki, que vivía quince siglos antes de nuestra era; es una epopeya sanscrita en que se refiere en 25,000 versos las aventuras del indo Rama.

tenía á su lado un bufón que le describía las cualidades de sus amantes. Se ha podido entender, por un pasaje del libro de Samuel (1), que el rey Akisch del país de Gath, tenía bufones de corte; y si hemos de dar fe á una colección de diálogos publicados en el siglo XV, el mismo Salomón en toda su gloria habría tenido también un bufón, llamado Marcolfo (2). El autor supone que este rey, tan famoso por su sabiduría, estando un día sentado en su trono, vió á sus piés á Marcolfo, hombre pequeño y deforme. Tenía la cara ancha y arrugada, los ojos grandes, las orejas largas, los labios colgantes, la barba de chivo, la nariz aguda, las manos gruesas, los dedos ganchosos, las piernas de elefante, la cabellera como un matorral; y vestía una corta túnica sucia y manchada.

—¿Quién eres?—le preguntó el rey.

—Nombra tu familia y nombraré yo la mía—contestó gallardamente el bufón.

—Yo soy oriundo de una de las doce tribus de Judá. De Judá nació Farés, etc. Mi padre era David y yo soy el rey Salomón.

---

(1) David, perseguido por la cólera de Saúl, llega al palacio de Akisch, rey de Gath. Reconocido por los criados de este príncipe, se hace el loco. El rey les dice: «Ya veis que este hombre ha perdido la razón. ¿Para qué me lo traéis? ¿Tengo yo falta de locos para que me traigáis éste y me hagáis testigo de sus extravagancias?»

(2) Véase el *Magassin Pittoresque* 1842, p. 13. De esta interesante publicación hemos sacado numerosos datos.

—Pues yo soy oriundo de una de las doce tribus de *Rustre* (Palurdo). De *Rustre* nació *Rustaud* (Patán); de *Rustaud, Rustique* (Rústico), etc. Mi padre era el noble Marquel y yo soy el loco Marcolfo.

—Me pareces un hombre hábil: hablemos pues. Si contestas bien á mis preguntas, te trataré á cuerpo de rey; estarás siempre á mi lado y te honrarán en todo mi reino.

Sigue un coloquio sobre el hombre, la mujer, el mundo, la naturaleza, los árboles, las plantas, el vino, la medicina, etc. El loco á todo contesta bien: su palabra es penetrante y burlona, siempre libre y audaz, aunque á veces impertinente y grosera. Irritado Salomón de su insolencia y audacia, lo echa de su presencia. Marcolfo exclama al retirarse:

—«¡Ah! La mentira que lisonjea agrada á los reyes; la verdad desnuda y llana, amarga y ofende hasta á los más sabios.»

Sobre la existencia de los bufones de corte en la antigüedad, hay documentos más ciertos que este coloquio de Salomón y Marcolfo. El rey de Persia, desde el tiempo de Demarates (1), que reinó cinco siglos antes de J. C., tenía un loco ó parásito á su mesa. Plutarco refiere el hecho en sus *Apotegmas laconianos.*

Los soberanos griegos tenían todos ellos bufones á

(1) Rey de Esparta que expulsado de su país, se retiró á la córte de Darío, rey de los persas.

su lado: los había en la corte de Alejandro, tirano de Feres; en Sicilia, en la corte de los Hierones; en Macedonia, en la corte de Filipo y de los sucesores de Alejandro; en Pérgamo, en la corte de Atala. El pala-



Salomón y su loco Marcolfo, según un manuscrito del siglo xv.

cio de Dionisio de Siracusa estaba lleno de *Dionysocolaces*, parásitos de Dionisio, ó de Baco (*Dionysos,* en griego), que eran verdaderos bufones. Asimismo en Persia, en el séquito de Alejandro, en las fiestas de su casamiento con Estátira, en las bodas de Hefestión con Drípatis, como en las de los ochenta oficiales del ejército macedónico, los bufones dan libre vuelo á

su buen humor para divertir á los convidados (1).

Hasta solía suceder que ciertos príncipes tomaran parte en los ejercicios de los titiriteros que atraían á su lado. Así, por ejemplo, Antíoco IV Epifanio, rey de Siria (174-164) en las fiestas que dió en las umbrías de Dafne para superar la magnificencia de los juegos del romano Paulo Emilio, se mezcló con sus bufones, los cuales en sus juegos lo trataban como uno de tantos. Y Antíoco IX (114-94), también rey de Siria, estudiaba con aplicación el oficio de los farsantes y mimos, y como discípulo provecto, escuchaba dócilmente las lecciones de los maestros de su predilección.

Viendo á estos príncipes educados en medio de las delicadezas y refinamientos de la civilización griega, favorecer espectáculos tan groseros, no hay ya que extrañar que los reyes bárbaros hayan tenido los mismos gustos rodeándose igualmente de locos ó bufones. Sidonio Apolinario (2) hace mención de este género de divertimiento, en la descripción de la mesa de Teodorico II, rey de los visigodos de España (453-466) y le alaba de no hacer uso de él sino rara vez. Sabemos igualmente que el fiero Atila tenía locos en su palacio de Madera de Tokay ó de Buda. Cuando Maximino y

---

(1) Charès, historiador de Alejandro, citado por Ateneo, lib. XII, bp. 538.

(2) «Rara vez asisten á las comidas los bufones.» Sidonio Apolinario es un escritor latino del siglo v, natural de Lión. Fué favorable á Roma en los últimos tiempos del Imperio, y murió en 489, en Clermont, de donde fué nombrado obispo.—*Apollinaris Sidonii epistolæ,* lib. I.

Prisco, enviados del emperador de Oriente, Teodosio II, hijo de Arcadio, llegaron, en 449, á la corte del rey de los Hunos, fueron invitados á su mesa (1). Durante la comida, dos poetas celebraron en lengua húnica las victorias de Atila. Después entró un bufón, cuyas contorsiones y dicharachos excitaron la hilaridad de todos los comensales. Luégo apareció el Moro Cercón, enano, jorobado, patizambo, chato ó desnarigado, tartamudo, idiota, á cuya llegada subió de punto la jubilosa algazara. Este desdichado, según la narración de Thierry, hacía veinte años que recorría el mundo de un extremo á otro, siendo el objeto más extraño y divertido. Unos africanos se lo habían dado al general romano Aspar, que hubo de perderlo en Tracia en una campaña contra los hunos. Hecho prisionero el bufón, fué presentado á Atila, que no lo quiso recibir, después á Bleda, hermano del rey de los hunos, que se encaprichó con él y sin él no podía pasar, teniéndolo á su lado á la mesa, en la guerra, en todas partes. Hizo que le fabricaran una armadura á su medida y se divertía grandemente viendo al enano pavonearse grotescamente espada en mano. Un día Cercón huyó á Roma, y Bleda no se dió punto de reposo hasta que recobró á su bufón. Éste fué cargado de hierros y presentado á su amo, ante el cual rompió á llorar, confesando que había cometido una falta,

---

(1) Véase A. Thierry, *Historia de Atila,* tomo I, pág. 115 y siguientes.

pero que tenía disculpa. «Bleda, dijo, no le había dado mujer.» El bárbaro se echó á reir, y después de perdonar al bufón, le dió por mujer á una sirvienta de la reina, desgraciada por una grave falta. Después del asesinato de Bleda (1), envió Atila el bufón al patricio Aecio (2), quien se lo devolvió á Aspar. En una embajada á Constantinopla, Edecón, favorito de Atila, persuadió al bufón á volver á Hunia á reclamar á su mujer. Cercón consintió en ello, y aprovechando la fiesta á que Prisco y Maximino habían sido convidados, dirigió su pretensión á Atila, mezclando la lengua latina, la huna y la goda de una manera tan burlesca que ninguno de los asistentes pudo reprimir la risa. Desgraciadamente los embajadores romanos que contaron esta historia, habiendo ya bebido bastante, se esquivaron de la sala del banquete, en medio del tumulto provocado por las risotadas, de manera que ignoramos el resultado de la interesante súplica del loco Cercón.

Los bufones no figuraron solo en aquella época y después en la corte de los reyes bárbaros, sino que también figuraron en los palacios de los más civilizados soberanos de Constantinopla. Uno de estos locos, afecto á la persona del emperador Teófilo (829-842),

---

(1) Bleda murió en 442 á manos de Atila, que quería reinar solo.

(2) Aecio, de origen húnico, entró al servicio de las armas romanas, bajo el imperio de Valentiniano III, y combatiendo contra los hunos, los derrotó en la célebre batalla de los Campos Cataláunicos en 451.

y llamado Danderi, hubo de poner un día en grave apuro á la emperatriz Teodora. Teófilo era iconoclasta; y la emperatriz, que no participaba de las ideas de su esposo, tenía ocultas en su oratorio muy bellas imágenes de santidad ante las cuales hacía sus oraciones. Danderi la sorprendió un día en sus piadosas prácticas, y para disimular, dijo la emperatriz que no eran sino muñecas que vestía para sus hijas. Cuando el emperador se sentó á la mesa con su esposa, dióse prisa el bufón á contar lo que había visto y á duras penas pudo la emperatriz salir del conflicto.

En la Edad media se mostraron los bufones por todas partes en la corte de los príncipes y reyes. Orderico Vital (1) refiere la malaventura de uno de estos personajes, que en 944 acompañaba á Hugo el Grande, padre de Hugo Capeto, en una expedición, en que el jefe de la casa real de Francia formaba el cortejo con sus hombres de armas al rey Luís IV de Ultramar. Parece que este loco, habiéndose burlado con la mayor irreverencia de tres santos del campo, fué herido del rayo, sin duda en castigo de su impiedad.

Aquel bufón despreocupado no debía de tener muchos imitadores entre sus compañeros: generalmente los bufones tenían licencia absoluta para sus facecias, á condición de hacer reir; pero no se mofaban de las cosas santas en un tiempo en que la fe era tan fervorosa

(1) Nació en Inglaterra, pero de padres franceses. Escribió una *Historia Eclesiástica.*

y exclusiva. La anécdota prueba á lo menos que los bufones iban á todas partes en el séquito de sus amos, sin abandonarlos ni aun en la guerra. Á veces les mostraban la mayor abnegación y velaban por sus personas como verdaderos guardias de corps, como el bufón de que habla el *Roman du Rou* (1), que salvó á su señor, Guillermo el Bastardo, duque de Normandía, amenazado en 1047 por un complot de algunos barones descontentos.

«¡Cuántas veces, ha dicho el bueno de La Fontaine, necesitamos el auxilio de un inferior?» En efecto, sin la fidelidad de este pobre bufón, la fortuna del que veinte años después había de alcanzar la victoria de Hastings y conquistar á Inglaterra, se hubiera parado repentinamente en aquel año de 1047 y se hubieran cambiado los destinos del pueblo inglés.

El empleo de bufón existía en la corte de Francia como en la corte de los duques de Normandía. Dreux de Radier en sus *Recreaciones históricas, críticas, morales, y de erudición*, hace datar su institución del reinado de Carlomagno, lo menos, porque el juego de ajedrez, en que dos locos ó bufones acompañan al rey, era conocido desde aquella época. El argumento es ciertamente ingenioso, pero acaso parezca algo forzado. Que hubiera habido bufones ó farsantes en la corte de Carlomagno puede creerse sin necesidad de men-

---

(1) Ó *Rollon*. Es la crónica de los duques de Normandía, cuyo autor Roberto Wace vivía en el siglo XII.

tar el juego de ajedrez en prueba de esta aserción. Hubo también bufones en el palacio de Luis el Piadoso; los hubo igualmente en los reinados siguientes, como quiera que vemos á Felipe Augusto en 1181, ex-



La pieza del loco en el juego de ajedrez llamado de Carlomagno.

pulsarlos de su corte por creer que la conducta de los tales era poco recomendable. Pero el cargo de bufón establecido con título de oficio particular y pagado del bolsillo real no aparece hasta los comienzos del siglo XIV con un tal Godofredo, bufón de Felipe V el Largo, que se cita en las cuentas de la joyería de

los reyes de Francia, publicadas en 1851 por la sociedad de la *Historia de Francia.*

Todos los reyes tuvieron bufones con título de oficio ; y era una función que no se dejaba nunca vacante, porque el bufón era el requisito obligado de todas las fiestas, el gracioso que debía provocar continuamente la risa de su amo y de sus séquitos. Pero no tenemos los nombres de todos los bufones de los reyes de Francia, siéndonos conocidos solamente algunos, que figuran en las cuentas de gastos, en las memorias de ciertos autores y en las anécdotas; y entre estos, no todos inspiran el mismo interés. Sólo daremos algunas noticias de los más populares.

Después de Felipe el Largo, las cuentas de 1327 citadas por Du-Cange (1), nos indican un bufón llamado Rollet ó Rollier, que no es conocido de otra manera. Pero sabemos que Felipe VI de Valois tuvo muchos bufones; uno de ellos fué el encargado de anunciarle la nueva del desastre de la Esclusa, sufrido por la flota genovesa al servicio de Francia, en 1340, al principio de la guerra de los Cien años.

Acaso estuvo también al servicio personal de Felipe

---

(1) Carlos du Fresne Du Cange, historiador y glosador, natural de Amiens (1610-1688), vino á establecerse en París en 1668, para entregarse á las investigaciones sobre la antigüedad, y especialmente sobre la Edad media. Se le llamó el *Varrón francés.* Su *Glossarium mediæ et infimæ latinitatis,* 3 volúmenes en folio, 1678, y su *Glossarium mediæ et infimæ græcitatis,* 2 volúmenes en folio 1688, son indispensables para la lectura de los escritos de la Edad media.

de Valois el bufón Seigni Johan, llamado por Rabelais *loco insigne de París, bisabuelo de Caillette,* y de quien el festivo párroco de Meudon refiere tan gracioso decreto ó sentencia en el libro III, cap. 27 del *Pantagruel.* «En París, en la tienda de asados del *Petit-Châtelet,* delante del mostrador, comíase su pan un mozo de cordel al humo del asado, y así, perfumado, lo encontraba en gran manera sabroso. En fin, cuando se hubo comido todo el pan, el amo de la tienda agarra del cuello al mozo queriendo obligarlo á pagarle el humo del asado. El pobre hombre se excusaba diciendo que en nada había perjudicado su vianda, que nada había tomado de su sustancia y que por consiguiente no le debía nada. El humo de que se trataba se evaporaba por fuera y se perdía, y nunca se había oído decir que se hubiera vendido en París humo de asado por las calles. El dueño de la tienda replicaba que no estaba él obligado á mantener holgazanes con el humo de sus asados y le amenazaba con quitarle el cordel, si no le pagaba buenamente. El otro empuñó su palo y se aprestó á la defensa, siendo grande el altercado, y el pazguato pueblo de París acudía de todas partes. Hallábase entre el gentío casualmente Seigni Johan el loco, ciudadano de París, y habiéndole visto el tendero, preguntó al ganapán:—¿Quieres que dirima nuestra diferencia este noble Seigni Johan?—Sí, por la sangre de Dios, contestó el ganapán. Entonces Johan, después de haberse enterado de la discordia, dijo al ganapán que le diera una moneda cualquiera, y el

ganapán le puso en la mano un felipe tornés. Johan lo tomó y se lo puso en el hombro izquierdo como para ver si era de peso; después lo hizo sonar en la palma de la mano izquierda como para reconocer si era de buena ley; luégo se lo arrimó al ojo derecho como para ver si estaba bien marcado. Todo esto hizo en medio del silencio de todo el pazguato pueblo, con grande esperanza del tendero y desesperación del ganapán. Por último lo hizo sonar muchas veces sobre el mostrador. Luégo con majestad presidencial y teniendo en la mano su muñeca de cascabeles ni más ni menos que un cetro, y calándose la caperuza de piel de zorra con orejas de papel rizado y tosiendo previamente hasta tres veces, dijo en alta voz:—El tribunal os dice que el ganapán que se lo ha comido al humo del asado, lo ha pagado civilmente al maestro asador con el són de su dinero. Y manda el dicho tribunal que cada cual se retire á sus quehaceres libre y sin costas.—Esta sentencia del loco parisiense ha parecido tan equitativa y admirable á los doctores, que dudan que más jurídicamente la hubieran pronunciado los mismos areopagitas.»

Según M. Canel (1), la primera indicación de este juicio burlesco fué suministrada por Juan Andrés, jurisconsulto del siglo XIV, muerto en 1348. Necesariamente hubo de vivir Seigni Johan en el reinado de

---

(1) Obra citada: *Investigaciones históricas sobre los locos de los reyes de Francia*, página 44.

Felipe de Valois, á más tardar, y es posible que el bufón hubiera formado parte de la servidumbre de este príncipe. El hecho no parecerá inverosímil si se reflexiona que la corte de Felipe de Valois era muy brillante y que la flor de la nobleza de la época se reunía en ella. Froissart (1) la llama *la mansión más caballeresca del mundo*. Los reyes de Navarra, de Mallorca, de Bohemia, y multitud de altos y poderosos barones pasaban allí el tiempo de justas y torneos y otras fiestas. Seguramente se necesitaba más de un bufón para divertir á una concurrencia tan numerosa y magnífica.

Otro bufón, con título de oficio, figura en las cuentas de Felipe VI como agregado á la servidumbre del delfín, después Juan el Bueno: llamábase este otro bufón Jehan Arcemalle. Este conservó su título en el reinado siguiente, y recibió repetidas veces, como lo atestiguan las cuentas, grandes muestras de la real munificencia en forma de trajes, de pieles y caperuzas, como la de que habla M. Leber, la cual era un rico sombrero de armiño con un ramo de rosal, cuyo tallo era de oro de Chipre y las hojas de oro cincelado, con rosas rociadas de perlas. ¿Fué en reconocimiento de estos precio-

---

(1) Cronista y poeta que abrazó el estado eclesiástico, sin llenar sus funciones y pasó la vida en los placeres en la corte de los príncipes y de los grandes, recibiendo de sus labios narraciones y noticias que se apresuraba á consignar en sus escritos, ó amenizando sus ocios con la lectura de sus crónicas y poesías.

sos presentes por lo que Jehan acompañó á su amo y señor á Inglaterra después del desastre de Poitiers en 1356? Debemos más bien creer que el infortunado príncipe quiso tener á su lado á alguien que le distrajera de los sinsabores de la cautividad, y obligó á su bufón á que le acompañara á Windsor. Sea de ello lo que quiera, las brumas del clima inglés extinguieron al parecer el buen humor del pobre bufón. Á lo menos estuvo malo durante este tiempo de prueba, pues la cuenta del gasto del hostal del rey de Francia, hecha en Inglaterra, menciona unas drogas compradas á un boticario de Londres, llamado Jehan Donet, *para maese Jehan el loco.*

Juan Arcemalle tenía por compañero en la corte á Micton ó Mitton, mantenido por el rey Juan y pagado de su bolsillo, pero al servicio del delfín Carlos. Solamente lo conocemos por los gastos hechos para engalanarle y consignados en las cuentas de Esteban de la Fontaine, platero real.

Con Mitton, el delfín Carlos, ya Carlos V el Sabio, tuvo otros muchos bufones, en cuyo trato se complacía mucho, si hemos de dar crédito á su biógrafo Cristino de Pisan. «Tomaba esta recreación, á fin de que el cuidado de más graves ocupaciones no perjudicara su salud.» Puede perdonarse á este príncipe esta inocente distracción. En aquellos tiempos tan críticos de nuestra historia, después de la revolución intentada por Esteban Marcel y el oneroso tratado de Brétigny, que entregaba á Inglaterra todo el país al mediodía

del Loira, el gobierno de Francia era tarea harto pesada para que el encargado de él no tuviese derecho á alguna distracción. «Después de levantarse y hacer sus oraciones, añade Cristino de Pisan, este buen rey, por buena familiaridad, gustaba de palabras festivas y honestas de sus servidores, á los que daba ánimo y audacia con su dulzura y clemencia, y por simples que fueran se pagaba de sus dichos y los llevaba bien.»

Uno de aquellos bufones era del país del Borbonés y fué probablemente enterrado en Saint-Germain-l'Auxerrois, donde su sepulcro sirvió de modelo para el que se construyó después para Thévenin de Saint-Léger.

Este Thévenin parece haber sido el predilecto de Carlos V entre todos sus bufones. Después de su muerte, en 1374, hízole el rey erigir, en la iglesia de San Mauricio de Senlis, un monumento magnífico, que nos describe Sauval en las *Antigüedades de París* (1). Thévenin estaba representado en traje de bufón, vestido con una larga túnica de capuchón, y con un casquete terminado en una borla; mostraba en la mano la maneta ó muñeca y dos bolsas sobre el estómago. Su lápida sepulcral tenía grabado este epitafio:

---

(1) Sauval había proyectado escribir una historia de París, verdaderamente digna del asunto; pero murió en 1670 sin haber concluído su trabajo.

Aquí yace Thévenin de Saint-Légier,
bufón del rey, nuestro Señor.
Murió á 11 días de Julio del año de gracia MCCCLXXIV
Rogad á Dios por su alma.



Tumba del loco Thévenin en San Mauricio de Senlis.

El sucesor de Thévenin fué Gran Johan. Si ha de darse fe á un documento muy curioso, reproducido por M. A. Assier en su libro titulado *Leyendas del Bosque*, Gran Johan fué hijo de Troyes. Según la misma auto-

ridad, Troyes estuvo mucho tiempo en posesión del singular privilegio de suministrar bufones á la casa real. He aquí el texto de este documento, que es una carta dirigida por el rey Carlos al alcalde y regidores de Troyes:

«Carlos, por la gracia de Dios, rey de Francia, á sus señorías alcaldes y regidores de nuestra buena ciudad de Troyes, salud y dilección.

»Hacemos saber á vuestras dichas señorías que Thévenin, nuestro bufón de corte, acaba de pasar de este mundo al otro. Plegue á Dios tener en gracia el alma del que nunca faltó en su cargo y función al lado de nuestra real señoría; así como así no quiso pasar á la otra vida sin hacer alguna jocosidad y burlería de su oficio. Por lo cual hemos ordenado que le fuera consagrado mármol funerario representando al dicho bufón con un epitafio digno de él.

»Ahora bien, como por muerte de éste, el cargo de loco queda vacante en esta nuestra casa real, hemos ordenado y ordenamos á los vecinos y habitantes de nuestra buena ciudad de Troyes, que, por derecho adquirido de mucho tiempo atrás por nos, sean servidos de proveernos de un loco de esa dicha ciudad para recrear nuestra majestad y á los señores de nuestra corte.

»Haciéndolo asi harán honor á nuestros reales privilegios y en recompensa serán los dichos vecinos y habitantes para siempre jamás nuestros fieles y ama-

dos súbditos. Esto sin dilación ni aplazamiento alguno; porque deseamos que la dicha carga no esté por más tiempo vacante.

»En nuestro palacio de París, á 14 de Enero de la Encarnación 1372.»

La dificultad está aquí en conciliar las fechas. Según el epitafio del sepulcro de San Mauricio de Senlis, Thévenin murió el 11 de Julio de 1374; y Carlos en esta carta, fechada el 14 de Enero de 1372, anuncia á la gente de Troyes que su bufón acaba de morir y aun le hace una breve oración fúnebre. Desde luégo, si no se supone, lo que no parece admisible, que hay error, sea en la fecha del epitafio, sea en la fecha de la carta real, hay que dar por apócrifa esta carta. Por lo demás, creemos que deben de hacerse reservas acerca del estilo del documento que, en nuestro sentir, no pertenece á la época de Carlos V.

Además de Gran Johan, Carlos V tuvo tres bufones y aun una bufona, Artanda del Puy, destinada al servicio de la reina Juana. M. Leber, en la obra indicada más arriba, cita en efecto una carta autógrafa de Carlos V, en que se trata de gastos hechos para Artanda del Puy, *loca de nuestra muy amada compañera, la reina.*

Si Carlos el Sabio gustaba de rodearse así de bufones y alegres decidores, su sucesor Carlos VI, loco de por sí, como es sabido, debió también de tomarle gusto á la compañía de sus iguales. Desde la edad de

ocho años, tenía un loco ó bufón, llamado Jehan, que se cita en una carta de Carlos V, de fecha del 3 de Marzo de 1375. Después, cuando á consecuencia del grave accidente ocurrido en el baile de máscaras, donde en poco estuvo que no ardiera vivo en sus envolturas de estopa untadas de pez, cayó Carlos VI en la demencia, el trato de los burlescos personajes encargados de distraerlo de su tristeza habitual, vino á serle indispensable. El más conocido de estos bufones es un tal Hainselin ó Hainselain Coq, que parece haberse aplicado con gran actividad á arrancar á su amo á su negro humor, por cuanto las cuentas de los gastos de Carlos VI hacen mención de sumas aplicadas un día á la compra de una camisa, por haber roto la suya Hainselin luchando para divertir al rey, y otro día á la adquisición de cuarenta y siete pares de zapatos para sólo el año de 1404. Verdad es que por aquel entonces, el bufón de Isabel de Baviera, Guillermo Fouel, rompía en seis meses *cientro tres pares*. No hay que olvidar que se trata de locos particularmente agitados.

Los miembros de la familia real tenían también á su alrededor locos ó bufones. Juan, duque de Berry, hermano de Carlos V, el más disipado y fastuoso de los célebres tíos de Carlos VI, muerto en 1416, fué conducido solemnemente á su última morada por sus bufones vestidos de luto. Era ciertamente el cortejo que convenía particularmente á aquel libertino del Languedoc, que á los sesenta años se había casa-

do con una niña de doce, sobrina del conde de Foix.

El amable hermano de Carlos VI, Luís de Orleans, la víctima del sombrío Juan Sin miedo, que lo hizo matar en Noviembre de 1407, en la calle *Barbette,* tenía también su bufón llamado, por buen ó mal nombre, *Coquinet,* como si dijéramos Tunantuelo. Encontramos otro bufón, llamado Guillermo Crosson, en la servidumbre del delfín Luís, hijo de Carlos VI, muerto antes que su padre.

Se ha creído mucho tiempo que Carlos VII, el *reyezuelo de Bourges,* no se había conformado con el uso, y que en su reinado había permanecido vacante el empleo de bufón. Ello es cierto, sin embargo, según las cuentas de la reina de Francia, María de Anjou, citadas por M. Jal, que en varias épocas, en 1454 por ejemplo, varios locos del séquito de la corte parecieron ante Carlos VII. Dos nombres son conocidos, Dago y Robinet. Verdad es que no eran bufones con título de oficio, sino bufones ambulantes de feria ó de plaza pública, que sólo accidentalmente pertenecían á la casa real, que divertían por tiempo determinado, recibían escasas gratificaciones y carecían de la autoridad y crédito de un Jehan Arcemalle ó de un Thévenin de Saint-Légier. Pero podemos decir que el empleo de bufón tuvo su titular en la corte de Carlos VII, á lo menos á contar desde 1458, en la persona de un tal Colart, que se había llamado Mr. de Laon, aunque solo figura en las cuentas de dicho año 1458. Por

aquel tiempo, la reina María de Anjou tenía á su servicio una loca llamada Michon.

Al lado de estos bufones reales, de que apenas se hace mención en la contabilidad de los tesoreros de la real casa, y cuyos chistes y facecias no creyeron dignas de memoria los contemporáneos, acaso sea lícito nombrar al mismo poeta Villon, que Brantôme pone entre los bufones célebres, y que ciertamente hizo en su vida más de una burlería que hubiera envidiado el más ingenioso y hábil bufón. Este gran burlador, algunas de cuyas poesías tienen tan penetrante acento de melancolía y van hasta el fondo del alma á remover los sentimientos más íntimos, era un estudiante desaplicado y libertino, bebedor emérito, que vivía en el fango de París ofreciendo sus homenajes á la gente *non sancta*, y perseguido por la ronda á la que solía zurrar en desquite. Y un día por poco más no le ahorcan á consecuencia de no sé qué travesura de barrera; pero el rey Luís XI lo salvó de la cuerda. Sino que este eterno corredor de aventuras era demasiado conocido de la gente del Châtelet (1) para recorrer indefinidamente y sin peligro las calles de París, y tuvo que expatriarse á lo menos por cierto tiempo pasando á Inglaterra en busca del olvido. El rey de

(1) Llamábase Châtelet la residencia de la jurisdicción del vizcondado y prebostazgo de París. El tribunal tomaba su nombre del antiguo castillo en que estaba establecido y cuya fundación se hacía remontar al emperador Juliano. El *Châtelet* era á la vez tribunal y prisión.

Inglaterra, Eduardo V, que lo tenía en gran privanza, le mostró un día las armas de Francia, que había mandado pintar en un lugar excusado, y le dijo: «Ve la estimación en que tengo á tus reyes franceses.» «—Sois, señor, solícito de vuestra salud, le contestó Villon; porque viendo esas armas, formidables siempre, no tenéis necesidad de drogas para moveros de vientre.» Esta contestación, aunque gala, estaba en muy buen francés para que fuera del agrado de un príncipe inglés. Villon tuvo que volver á Francia y á su vida de aventuras en París.

Pero si puede darse á Villon, sin ofenderle, lugar distinguido en el gremio de *maestros en bufonería*, es lo cierto que no fué jamás bufón con título de oficio: era él demasiado independiente para consentir en empuñar el cetro de cascabeles. Fuera de esto Luis XI parece no haber sido muy aficionado á los bufones; su médico Coictier, su barbero Oliverio el Gamo ó el Diablo, y sobre todo su compadre Tristán el Ermitaño, le bastaban al parecer. Ó acaso guardaba el rey contra la gente decidora y chancera secreto rencor en recuerdo del Glorioso, bufón de Carlos el Temerario, que en aquella célebre entrevista de Perona, en que el astuto rey de Francia, tomando por una vez el papel de su rival el Temerario, fué de buena voluntad á meterse en las fauces del lobo, hubo de aconsejar á su amo que le retuviera prisionero. Sea como quiera, no se encuentra un solo nombre de bufón en aquel reinado, y podría creerse que cargo tan

importante no se proveyó por entonces, si Brantôme (1) en sus *Hombres ilustres,* en el capítulo consagrado á Luís XI no nos contara una anécdota, que prueba que hubo, á lo menos, un bufón en la corte de este príncipe.

«Entre las buenas muestras de disimulación, agudeza y galantería que tuvo este buen rey en su tiempo, fué una, el día en que por gentil industria hizo morir á su hermano el duque de Guyena, cuando menos él pensaba, y le hacía el mejor semblante de amarlo como lo hizo de sentir su muerte (2); de tal manera que nadie sospechó que él hubiera dispuesto el golpe, sino por medio de su loco, que había estado con su dicho hermano y se lo había llevado consigo, después de su muerte, porque era decidor. Estando pues un día en sus oraciones en Cléry, delante de Nuestra Señora, á quien él llamaba su buena patrona, en el altar mayor y no habiendo nadie á su lado, sino este

(1) Pedro de Bourdeilles, señor de Brantôme, caballero gascón, natural de Bourdeilles, en Périgord (1510-1614).—Primero soldado y luégo cortesano, tuvo mucho favor en la corte de Carlos IX. Al advenimiento de Enrique III se retiró á sus tierras, donde escribió una serie de obras. *Vida de hombres ilustres y de los grandes capitanes franceses; Vida de los grandes capitanes extranjeros; Vida de las damas ilustres,* etc., que brillaron mucho más por el ingenio y gracia del estilo que por la reserva y mesura del lenguaje.

(2) No está probada la acusación que hace aquí Brantôme con harta ligereza contra Luis XI. Hay motivos para creer que el joven Carlos de Francia, duque de Guyena, murió el 24 de Mayo de 1472, en Burdeos, de una enfermedad del pecho y no envenenado por su hermano. V. Martín, tom. VIII, p. 72 edic. 1841.

loco, que estaba un poco apartado y del cual no sospechaba que fuera tan loco, tonto y necio que pudiese referir nada, le oyó como decía el rey:—¡Ah! buena Señora mía, en quien siempre he tenido consuelo, os ruego intercedáis por mí á Dios y seáis mi abogada para con él, á fin de que me perdone la muerte de mi hermano, á quien hice envenenar por mano de ese maldito abad de San Juan. Yo me confieso á vos como á mi buena patrona y señora. Pero al fin, ¿qué había de hacer? No hacía él más que turbar mi reino. Hacedme perdonar, Señora mía, y ya sé yo lo que os daré.—Yo entiendo que era algún presente de los que acostumbraba hacer todos los años á la iglesia (1).»

»No estaba el loco tan retirado, ni desprovisto de sentidos que no oyera ni retuviera todo esto; de modo que pudo repetírselo á él y á otros á la hora de comer, reprochándole el hecho y repitiéndole muchas veces que había dado muerte á su hermano. (No es bueno fiarse de estos locos, que á las veces tienen salidas de sabios y dicen todo lo que saben, ó bien lo aciertan por divino instinto.) Pero no lo conservó, antes lo despidió como á los demás bufones, por temor de que, reiterándolo, produjera más escándalo.

»Hace más de cincuenta años que siendo yo muy pequeño, y yendo al colegio en París, oí contar este cuento á un canónigo viejo de allí, que tenía cerca de

(1) Nuestra Señora de Cléry, á 15 kilómetros N. O. de Orleans, cerca de Meung de Loira, era el santuario favorito de Luis XI. Existe todavía en el templo una estatua de este príncipe y su sepulcro.

ochenta años; y después fué este cuento de uno en otro, por sucesión de canónigo á canónigo, habiéndome confirmado en esta muerte.»

Tal es el único bufón que se menciona en el reinado de Luís XI; y se ve que el pobre hombre pagó cara la imprudencia de su lengua. El terrible rey no era de condición tan sufrida que permitiera que se revelaran así á su alrededor y menos en su presencia los peligrosos secretos de su política. Y si la acusación de fratricida que refiere Brantôme es fundada, la pena impuesta al desgraciado bufón está en los hábitos del implacable vencedor del feudalismo de los príncipes.

Carlos VIII, lo mismo que su padre, parece no haber dado importancia á las facecias de los bufones; á lo menos en su corte no se encuentra uno que merezca mención. Es cierto sin embargo que los tuvo y que fué con ellos benigno, como lo fué con todos los que se le acercaban. Monteil, en la *Historia de los franceses de los diversos Estados*, afirma que el bueno del rey Carlos VIII trataba bien á sus locos y á los locos de los demás (1). Y nota, según las cuentas de la corte de 1491, gastos hechos para el *loco del rey, nuestro señor,* para el del duque de Orleans, después Luís XII, y para el del Bastardo de Borbón.

En los reinados de Luís XII y Francisco I comienza la serie de bufones de corte verdaderamente célebres y aun populares, con Caillette y Triboulet.

---

(1) Tomo III, p. 436.

IV

Los bufones con título de oficio.—Caillette y Triboulet

Caillette fué el bufón de Luís XII. El *padre del pueblo*, aquel monarca tan bonachón que llevó la debilidad al extremo de arruinar su salud en los festines, los bailes y las mascaradas por complacer á su tercera mujer, la caprichosa María de Inglaterra, que tenía treinta y seis años menos que él, no era por carácter el patrono nato de los bufones; pero se guardó mucho de faltar á la tradición que imponía cuando menos uno en la corte de Francia; y tuvo á Caillette, bien que el nombre de este loco no se encuentre en las cuentas de la corona, de lo cual pudiera deducirse que no era bufón oficial, á menos que no cobrara de los fondos particulares.

Caillette era sin duda un apodo puesto á nuestro personaje por su locuacidad, que le hacía parecerse á



Caillette, bufón de Luis XII.

una codorniz. La comparación parece, por otra parte, de uso corriente en el siglo XVI. La *Sátira Menipea* (1) la usa diciendo: « Y no sin causa nos llaman locuaces ó habladores (*cailletés*) pues nosotros, pobres codornices (*cailles*) vestidas como mujerzuelas y demasiado crédulos, damos en las redes de los tiranos, por culpa de los predicadores y sorbonistas.»

Por lo demás, el apodo era perfectamente merecido, á juzgar por una aventura que refiere Pé-

(1) Célebre folleto político joco-serio, escrito en tiempo de la Liga en prosa y verso á imitación de las Sátiras del filósofo griego Menipes. Compuesto por el canónigo Pedro Leroy, el consejero Guillot, el jurisconsulto Pedro Pithou y los poetas Rapin y Passerat, denunciaba los secretos designios del rey de España Felipe II, que quería hacer de Francia una provincia española, y la culpable ambición de los Guisas que aspiraban á la corona. La conclusión era que todos los buenos franceses debían reunirse al rededor del rey legítimo Enrique IV. La primera parte, *Le Catholicon d' Espagne* pareció en 1593; la segunda, *Abrégé des Etats de la Ligue,* en 1594.

riers (1) en sus *Cuentos y Novelas* y cuyo héroe es nuestro bufón. Caillette que se nos representa en la Nave



La *Nave de los locos*, año 1498.

de los locos (*Narrenschiff*), poema alemán de Sebas-

(1) Buenaventura de Périers, ayuda de cámara de Margarita de Navarra, fué, hasta su muerte, ocurrida al parecer en 1544, uno de los mejores adornos de la pequeña corte de esta graciosa princesa, tan aficionada á las letras y llamada por su hermano Francisco I *Margarita de las margaritas*. Con las *Novelas de la reina de Navarra* dejó también agradables poesías.

tián Brandt, traducído en rimas francesas por Pedro Rivière, y publicado en París en 1498, como el patrono de las modas nuevas, mientras su antepasado en el oficio, Seigni Johan, personifica las modas antiguas, hace muy triste figura en esta historieta, donde representa un papel de verdadero idiota. «Los pajes hubieron de clavar á un poste una oreja de Caillette, y el pobre permanecía allí sin decir una palabra, pues no tenía otra aprensión sino que pensaba estar allí clavado toda su vida. Pasa un señor de la corte, que lo ve así en consejo con el poste y hace que lo desembaracen, preguntando quién le había puesto allí.

—Qué queréis! -- decía Caillette—un necio lo ha puesto allí; lo ha puesto allí un necio.

Cuando le preguntaban:

—¿Han sido los pajes?

—Sí—contestaba—han sido los pajes.

—¿Podrías reconocer quién de ellos ha sido?

—Sí, puedo reconocer quien ha sido.

El escudero, por mandato del señor hace venir á todos los pícaros pajes á presencia del pobre hombre Caillette, preguntándoles á todos uno por uno:

—¿Has sido tú?

Y el paje niega y reniega firme como un san Pedro:

—De ninguna manera; yo no he sido, señor.

—¿Y tú?

—Ni yo.

—¿Y tú?

—Tampoco.

Pero vaya V. á decir á un paje que diga que sí, cuando va en ello el látigo. Caillette estaba allí delante, diciendo para su sayo:

—Ni yo tampoco.

Viendo que todos negaban, le preguntaban á él mismo:

—¿Ha sido éste?

—No ha sido ese—contestaba Caillette.

—¿Y éste?

—Tampoco.

Á medida que se iban examinando los pajes, poníalos aparte el escudero hasta que sólo quedó uno, el cual no dijo que sí, después de tantos y tan veraces pajes que habían dicho que no. Negó como los otros y pasó al grupo total. Caillette estaba allí, temiendo que le preguntaran á él, porque no recordaba ya que se tratara de su oreja. Y cuando vió que no quedaba ninguno más que él, se adelantó á decir sin que nadie le preguntara:

—Ni yo tampoco.

Y pasó al grupo de los pajes, para que le clavaran la otra oreja al primer pilar que se encontraran.

¿Qué ha de admirarse aquí más, la necedad del bufón ó la desvergüenza y crueldad de los pajes? Estos jóvenes no hacían diferencia entre un pobre loco y un animal. Era preciso matar el tiempo en la severa corte de la piadosa Ana de Bretaña: atormentar al bufón hacía pasar siempre una hora ó dos.

Á pesar de su simplicidad, ó más bien á causa de

ella, parece haber sido Caillette un bufón popular. Ménage, en el *Diccionario etimológico*, dice que en su tiempo, á mediados del siglo XVII, se usaba todavía en Nimes y en Montpeller la expresión de *loco como un*



Grabado de la *Nave de los locos*, año 1498.

Caillette. Pero acaso fuera en memoria de otro Caillette, celebrado en un poemita que apareció en 1514, titulado: *La vida y muerte de Caillette.* Este Caillette que no tiene de común más que el nombre con el loco de Luís XII y se llamaba el *Rey de los inocentes*, tenía

por nombre propio Juan Carelin. Por espacio de cuarenta años recorrió las calles de París,

Très-bien cogneu des grans et des petits (1),

maltratado, escarnecido, escupido por los traviesos muchachos, viviendo de la caridad pública y tan divertido de oir,

Qu'on ne verra son pareil à jamais (2).

Después de Caillette, viene el famoso Triboulet, que fué también bufón de Luis XII, antes de pertenecer á Francisco I. Su verdadero nombre, según las investigaciones de M. Jal, era *Fevrial,* ó *Ferial,* ó *el Fevrial*, que con estas variantes se encuentra indicado en las cuentas de 1523 y 1529. La cuenta de 1523, trae esta partida: «Á Nicolás el Fevrial, hermano de Triboulet, galopín de cocina, la suma de sesenta libras tornesas.» En la del 29, hay esta otra partida: «Galopines y ayudantes de cocina... Nicolás Ferial, hermano de Triboulet, sesenta libras.» Este hermano era menor que el bufón, que le sirvió de protector y por su empeño entró de cocinero en la real casa.

El mote de Triboulet proviene, según el bibliófilo Jacob, del antiguo verbo *tribouler*, de que no queda

(1) Muy conocido de grandes y pequeños.
(2) Que no tendrá nunca par.

más que *tribulation*. La expresión *tribouler* en el sentido de atribular, turbar, atormentar, no es rara en la lengua del siglo XIV. La traducción exacta del apodo *Triboulet*, sería así nuestra palabra moderna *Souffre-douleur*, súfrelo todo.

Triboulet Fevrial ó Ferial era natural de Blois ó de sus cercanías. Un historiador de esta ciudad, que escribía en 1682, M. Bernier, nos lo presenta como un estúpido, sin nada de esos bufones ingeniosos y agudos que divierten con sus donaires ó suelen decir alguna palabra conceptuosa. « La memoria de este pobre insensato, añade, está aún tan fresca en Blois, que, cuando se quiere hablar de alguien con desprecio, suele decirse que se hace tanto caso de él como de Triboulet.»

El padre de Clemente Marot, Juan Marot, ayuda de cámara y cronista de Luís XII, cuyas principales campañas contó en verso, hace de Triboulet un retrato, que no es más lisonjero.

« Triboulet fué un loco de mutilada cabeza, tan sabio á los treinta años como el día en que nació. Frente pequeña, ojos reventones, nariz grande y acaballada, espalda alta como bestia de carga y estómago hundido y largo. Á todos remedaba, cantando, danzando y predicando, y en el fondo era tan insulso, que á nadie enojó.»

Hay que detenerse en los últimos versos. Si Triboulet no hubiera sido más que un simple idiota ¿cómo hubiera podido burlarse de todos lanzándoles los dar-

dos de su genio cáustico con la mesura necesaria para no enojar á nadie?

Sea de ello lo que quiera, es natural creer que el lugareño de las cercanías de Blois, vino muy joven á



El loco Triboulet, en una moneda italiana de 1461.
(Colección de las estampas).

la corte de los Valois, que, como es sabido, se complacía en la mansión de la espléndida morada de Luís XII. Allí se le sacó de manos de pajes y lacayos, demasiado dispuestos á abusar de su debilidad, y se le dió un maestro llamado Miguel Vernoy, encargado de adiestrarlo en el desempeño de su papel de bufón lo mejor que pudiera, y que consiguió sin duda des-

arrollar su ingenio, enseñándole á cumplir su oficio en la corte con general aceptación. Los medios de que Vernoy se valió para obtener este resultado no eran solamente argumentos morales, sino que manejó también la correa, si hemos de dar fe al cuento de Buenaventura de Périers (1).

«Á la entrada de Ruán, no digo que Ruán entrara, sino á la entrada que se hacia en Ruán, fué enviado delante Triboulet para decir: *Helos aquí venir.* Y era lo más bello del mundo verlo montado en su caballo caparazonado con sus colores, y empuñando su cetro ó muñeca de los días de fiesta, picando y corriendo hasta desbocarse ó poco menos. Tenía consigo un maestro para dirigirlo. ¡Pobre maestro! la tarea era difícil y había materia para volverlo Triboulet, es decir, loco. El maestro le decía:—¿No te detienes, villano? ¡Ay de ti, si te alcanzo! ¡Detente, pára, alto ahí!—Triboulet, que temía á los golpes (porque á las veces se los daba muy bien dados su maestro), quería detener el caballo; pero el caballo conocía lo que llevaba, porque el jinete le metía las espuelas con ahínco y le alzaba y sacudía las riendas, y más corria el bruto.

»—Pero ¡malvado!—gritaba el maestro—¿no pasarás?

»—¡Voto al cielo!—exclamaba Triboulet, que juraba

---

(1) Tomo I, p. 12.

como un hombre.—Decídselo al caballo; yo lo espoleo cuanto puedo y el maldito no quiere detenerse.

»¿Qué diréis sino que la naturaleza tiene gana de divertirse, cuando se pone á fabricar tan lindas hechuras de hombres, los cuales serían felices, si su ignorancia les permitiera conocer que lo son; esta imposibilidad es la mayor desdicha del mundo.»

Así formado y transformado por estos procedimientos de educación á la espartana, pudo Triboulet figurar dignamente en el cortejo de Luís XII acompañándolo á Italia en la expedición contra Venecia, en 1509. Juan Marot, en su *Guerra de Venecia,* describiendo la toma del castillo de Pesquiera nos presenta al bufón asistiendo, no sin emoción, al sitio de la ciudad:

Triboulet, fol du roi, oyant le bruit, l'horreur,
Couroit parmi la chambre, en si grande frayeur.
Que sous un lit de camp de peur s'est retiré,
Et crois qu'encore y fût, qui ne l'en eût tiré,
N'est de merveille donc si sages craignent coups,
Qui font telle trémeur aux innocents et fous (1).

Pero en la corte de Francisco I fué donde más especialmente figuró Triboulet, levantando alto y firme su cetro de cascabeles. Las travesuras, las réplicas inge-

---

(1) Triboulet, loco del rey, oyendo el ruido, el horror—corría por la estancia con tal espanto—que se metió debajo de una cama de campaña,—y creo que estaría allí aún, si no lo hubieran sacado.—No es maravilla cuando los sabios temen,—que teman los inocentes y locos.

niosas, los donaires y agudezas que se le atribuyen llenarían un volumen. Pero muchas de estas agudezas que se le han atribuído no son evidentemente suyas, sino tomadas de toda clase de colecciones francesas y aun extranjeras.

Algunas, sin embargo, pueden pertenecerle, bien que nada prueba que sea Triboulet el autor de ellas, pues ora nos lo presentan como un farsante insolente que no respeta á nadie, ora como un *morósofo,* dando consejos, que Francisco I seguía puntualmente.

«Una vez sucedió, refiere de Périers, que entró el rey en la santa capilla á vísperas y le seguía Triboulet: al entrar se notó el mayor silencio; pero poco después entonó un obispo el *Deus in adjutorium*, y contestó el coro en música tan ruidosamente que no se hubiera oído tronar. Entonces se levantó de su asiento Triboulet, se fué derecho al obispo que había entonado el oficio y comenzó á darle puñetazos. Cuando lo vió el rey, le llamó y le preguntó por qué había hecho aquello, y el bufón contestó: ¡Pues no, primo mío! Cuando entramos aquí, todo estaba en silencio y aquel buen hombre comenzó la gresca. Á él por tanto se debe castigar.» Vese hasta dónde se extendía el privilegio que tenía el bufón del rey de hacerlo y decirlo todo. Ofender al clero era el crimen más abominable y punible. ¡Cuántos calvinistas fueron á la hoguera por mucho menos!

Triboulet no respetaba á la nobleza más que al clero, y, sin embargo, este crimen era también severamente

castigado. Un día pasaba el bufón con un magnate por un puente, desprovisto de baranda ó pretil : — ¿ Cómo es, dijo el noble, que no se ha tenido la precaución de poner aquí un guarda-lado ? (1) — ¡ Bah ! contestó Triboulet ; es que no sabían que habíamos de pasar nosotros por aquí. — ¿ Qué carrera de baquetas no se hubiera dado al insolente que, sin ser el bufón del rey, se hubiera atrevido á esta sátira ?

Otro día, otro gran señor, hubo de amenazarle con matarle á palos, por haber hablado de él con demasiada audacia. Triboulet fué á quejarse á Francisco I.

—« No temas—le dijo el rey ;—si álguien se atreviera á hacer eso, lo mandaría ahorcar un cuarto de hora después.

—» ¡ Ah ! primo—repuso el loco—¡ cuánto te agradecería que lo mandaras ahorcar un cuarto de hora antes ! »

El chiste es muy sutil para quien hubiese sido idiota en su juventud; y era menester que el método de educación empleado por Vernoy hubiera sido cruelmente eficaz para despertar el ingenio de aquella cabeza mutilada de que habla Juan Marot.

Pero he aquí lo más notable : las anteriores anécdotas nos hacen conocer á un Triboulet burlón, ingenioso, pronto en la réplica ; otras, referidas en todas

---

(1) En la traducción desaparece el chiste, que está en la palabra francesa equivalente á pretil ó guarda-lado, *garde-fous*, como si dijéramos guarda-locos.

partes, y especialmente en las *Recreaciones históricas, criticas, morales y de erudición*, de Dreux du Radier, (París, 1767, 2 vol. en 12.º) hacen del bufón una especie de consejero político de los más prudentes y avisados.

Cuando, á fines de 1524, emprendió Francisco I su expedición al Milanesado, que debía terminar en el desastre de Pavía y en el cautiverio del rey, se halló Triboulet presente en un consejo para arbitrar los medios de penetrar en Italia. Propusiéronse muchos y entonces, dirigiéndose el bufón al rey familiarmente:

—«Pero, primo—le dijo—¿vas á quedarte en Italia?

—»No.

—»Entonces desapruebo todos esos medios.

—»¿Y por qué?

—»Porque todo es hablar de entrar en Italia, y no es esto lo esencial.

—»Pues ¿qué?

—»Lo esencial es salir de Italia, y de esto nadie habla.»

Catorce años después, en 1539, cuando Francisco I, con una cortesía sobre manera meritoria, abrió de par en par las puertas de su reino á Carlos V, permitiendo al emperador á la sazón en España ir á castigar el alzamiento de los ganteses, sin correr los riesgos de una navegación en el Atlántico y el mar del Norte, parte del real séquito hubo de vituperar esta generosidad que les pareció á lo menos inoportuna. En este asunto, parece que Triboulet se mostró tan ardiente como

la duquesa de Etampes (1) en aconsejar al rey aprovechar la ocasión para obtener de Carlos V concesiones importantes, y aun retenerlo prisionero para obligarle á revocar los tratados anteriores de Madrid y de Cambrai.

—« Es muy generoso recibir á nuestro primo y á su cesárea majestad—hubo de decir el bufón Triboulet á Francisco I, quitándose el gorro de cascabeles para enarbolarlo al extremo de su burlesco cetro ;—no me quedaré yo atrás desdiciendo de tu real munificencia, primo, y voy también á hacer un presente al emperador á su llegada á París.

—»¡ Bah ! ¿ Qué presente será el tuyo ?

—»Yo le regalaré este gorro como maestro en las artes de la locura, puesto que viene á ponerse, atado de piés y manos, en poder de su enemigo.

—»¡ Pardiez !—exclamó el rey con desvío.— Sepa el señor loco que fiándose el emperador en mi real palabra, no tiene que temer què aquí se le retenga.

---

(1) Conocida es la anécdota cuya heroina fué la duquesa de Etampes, entonces favorita de Francisco I.—Ved, hermano mío, dijo un día Francisco á Carlos: esta hermosa dama es de parecer de que no os deje salir de París sin haber revocado el tratado de Madrid. — Si el parecer es bueno, debe seguirse, contestó fríamente el emperador. Pero se mostró particularmente muy obsequioso y galante con la duquesa, y á la hora de comer dejó caer como al descuido un rico diamante á los piés de la dama. La duquesa lo recogió para dárselo. —Está en muy lindas manos para que yo lo tome, contestó Carlos V con tanta habilidad como galantería.

—»No tengo nada que añadir, señor primo, como no sea que esperaré hasta saber quién de los dos merece mi gorro de loco, ó el emperador ó tú, á menos que no lo queráis los dos.»

Carlos V atravesó toda Francia como triunfador, siendo recibido á són de campanas á las puertas de todas las ciudades por diputaciones vestidas de gala, y tratado en todas partes como un rey de Francia en los días de su advenimiento: todo eran banquetes, bailes, máscaras y públicos regocijos. En París, adonde entró el 1.º de enero de 1540 por la Bastilla, la corporación municipal le hizo presente «de un Hércules de Plata, envuelto en su piel de león, de oro, la cual era de la altura de un hombre de gran talla.» Mostrándose reconocido á este acogimiento, prometió el emperador casar á una de sus sobrinas con el duque de Orleans, tercer hijo del rey Francisco, dándole en dote el Milanesado; sólo rogó al rey «que no le importunara durante su paso para hacerle firmar lo prometido porque no se dijera luégo que había firmado por coacción. Pero declaraba que en la primera ciudad de su obediencia á que llegara, daría tal seguridad que quedaría el rey más que contento.» La primera ciudad de sus dominios á que llegó el emperador fué Valenciennes; y cuando descansó, los embajadores de Francisco I le recordaron lo prometido rogándole tuviera á bien cumplir su palabra. Entonces se quitó la máscara de disimulación y declaró sin rodeos «que no había prometido nada.» Ante esta falta de fe, bien

pudo sentir Francisco no haber seguido el consejo de Triboulet.

La historieta que pone en escena á Triboulet dando á Francisco I el consejo de retener á Carlos V, se refiere en otra forma más concisa y cáustica. Un día, viendo el rey á su bufón escribir en lo que él llamaba su *Diario de locos,* el nombre de Carlos V, le preguntó que era lo que hacía.

—«Escribo —contestó el bufón — escribo aquí el nombre del emperador por su locura de pasar por Francia.

—»¿Y qué dirías cuando le deje pasar libremente?

—»Borraré su nombre y escribiré el tuyo.»

Por desgracia la autenticidad de estas anécdotas no es artículo de fe, como quiera que hay datos para poner en duda hasta que viviera Triboulet en 1539, año en que Carlos V pasó por Francia para ir á Gante. Y todavía llega á suponer M. Jal que hubo de morir antes de 1529, haciendo notar que Juan Marot, que no vivía ya en esta fecha, habla de Triboulet en tiempo pasado, en el retrato citado más arriba.

Triboulet *fué* un loco de mutilada cabeza.

Hay que notar, sin embargo, que el hijo de Juan Marot, ayuda de cámara de Francisco I, y después de su hermana Margarita de Navarra, y cuya gloria eclipsó la de su padre, en la *Epístola del Gallo al Asno,* publicada en 1535, habla de moros y moriscos llegados

de Túnez á disputar al bufón los favores de la corte (1):

¿No lo sabes? Pues Túnez fué tomada (2).
Tiene hermanos y hermanas Triboulet.

Por otra parte, el estado de los oficiales de la casa real, para el año económico de 1534 á 1535, habla de *Nicolás Ferrial, hermano de Triboulet,* y no del *difunto* Triboulet, lo que sería la expresión natural y obligada, si no hubiera existido en aquella fecha el bufón. Triboulet debió de morir hacia 1536.

Fuera de esto, aunque se pudiera admitir que nuestro bufón viviera aún en 1539, hay que reconocer que el Triboulet que nos trazan estas anécdotas no se parece, ni mucho menos, al Triboulet de Bernier, ni aun al de Rabelais. Bien que el autor del *Pantagruel* le dé por dos veces el epíteto de *morosofo* ó bufón prudente, el personaje que nos presenta el cura de Meudon en la célebre entrevista con Panurgo, es un loco *propia y totalmente loco* (3). Panurgo pregunta á Triboulet si hará bien en casarse. Luégo le expuso el asunto en términos retóricos y elegantes. Luego que hubo acabado, le soltó Triboulet un puñetazo entre los dos hombros, le puso en la mano la botella, le dió

(1) V. A. Canel, Opusc. cit., p. 118.

(2) En 1535 por Carlos V. El emperador se preocupaba ya en aquella época en reprimir la piratería que desolaba todo el Mediterráneo occidental y tenía sus guaridas en los puertos del África septentrional, Orán, Argel, Trípoli y Túnez.

(3) Lib. III, cap. 38 del *Pantagruel*.

en la nariz con la vejiga de puerco, y por toda contestación le dijo moviendo la cabeza: «Por Dios, Dios, loco furioso, guárdate del fraile, cornamusa de Buzanzay.» Dichas estas palabras, se apartó de la compañía volteando la vejiga y complaciéndose en el melodioso sonido de los garbanzos. Después no fué posible sacarle una palabra; y queriendo Panurgo preguntarle más, sacó Triboulet su espada de palo y quiso herirle con ella: «Bien estamos, como hay Dios; dijo Panurgo. ¡Buena resolución! No puede negarse que es un loco; pero aún es más loco quien me lo ha traído, y yo más todavía, que le he comunicado mis pensamientos.»

En cuanto al Triboulet de Víctor Hugo, es una inspiración de admirable vigor, la más interesante, humana y dolorosa que ha inmortalizado al bufón de Francisco I. Pero ya puede comprender el lector que este personaje idealizado, víctima del amor paternal, que ennoblece la abyecta condición de un bufón real con los más elevados y tiernos sentimientos, bufón que es un hombre, que sufre, que llora, que se venga, no recuerda sino de nombre al Triboulet de la historia y hasta el de la leyenda. El poeta lo ha creado completamente con un poderoso esfuerzo de su incomparable genio.

Parece que al lado de Triboulet hubo otros bufones en la corte de Francisco I. Clemente Marot nos dejó el epitafio de un tal Johan ó Jouan, bufón de la princesa, sin duda Luísa de Saboya, madre del rey:

Juan fuí, sin estar casado,
y amen de Juan, loco fuí.
Todos los locos y Juanes
venid á rogar por mí...

Este Juan no es conocido más que por estos versos de Marot. No fué el único rival de Triboulet, pues se cita además un tal Villemanoche, que, según Pasquier (1), «no pecaba en las funciones de su entendimiento, sino en punto á sus esperanzas de casarse, creyendo que no había princesa que no estuviera enamorada de él.» Á este Villemanoche hay que referir sin duda dos contestaciones dirigidas á Francisco I y mencionadas por Periers, sin darnos á conocer precisamente á su autor:

«Puesto que Triboulet figura en el presente libro (2), nos ha parecido bien darle por compañero á cierto bufón de los mejor mantenidos en la corte de su rey, al cual, viéndolo en perplejidad para subvenir á los gastos de sus guerras, propuso dos medios. Uno es, Señor, hacer vuestro oficio alternativo, como habéis

(1) Esteban Pasquier, jurisconsulto, natural de París, muerto en 1615, ganó gran reputación defendiendo á la universidad en 1564 contra los jesuítas. Muy afecto á la causa real, combatió la Liga, salió de París con Enrique III y entró con Enrique IV. Á partir de 1604, se consagró enteramente á las letras. Es conocido, sobre todo, por los nueve volúmenes de sus *Investigaciones sobre Francia* y por sus 22 tomos de cartas muy preciosas para la historia de la época.

(2) *Las Nuevas recreaciones y alegres pláticas.*

hecho muchos en vuestro reino (1). Haciendo esto, os haré yo embolsar dos millones de oro lo menos. Dejo á vuestra consideración pensar si el rey y los señores se reirían de este primer medio. El otro medio consistía en mandar por un edicto que se vendan todas las camas de los frailes en todo el reino y se traiga su importe al tesoro real.»

Ni aquel Juan ni este Villemanoche eclipsaron la estrella de Triboulet en la corte de Francisco I: el bufón favorito conservó su oficio hasta su muerte. Pero en el reinado siguiente, y acaso desde 1536, pasó el empleo á un bufón que fué un verdadero hombre de ingenio, ó á lo menos un burlón muy avisado y agudo que tuvo la fortuna de ser presentado por Brantôme. El señor de Bourdeilles refiere con gusto á propósito de este personaje multitud de ocurrencias y donaires que no se han puesto en duda como los de Triboulet. Este rey de los bufones y burladores de su tiempo es el ilustre Brusquet.

---

(1) Villemanoche entendía por esto sin duda, que Francisco I autorizara, mediante fianza, á cierto número de habitantes de su reino á ejercer alternativamente las funciones de rey.

V

Los bufones de corte ó con título de oficio.— Brusquet

El verdadero nombre de Brusquet era Juan Antonio Lombart, y se le dió sin duda el sobrenombre de *Brusquet* por la vivacidad de su genio y de sus salidas ú ocurrencias.

Era provenzal, y sus comienzos en el oficio de bufón le pusieron de un golpe en primera línea. En cuanto empuñó el cetro de la locura, de la bufonería, fué un maestro. Traía para llenar sus funciones toda la imaginación, toda la fecundidad de recursos de los hijos del claro y alegre país de Provenza, de genio tan libre y audaz, cuna de los grandes narradores abundantes y apasionados, de los genios endiablados y coléricos que hacen todos los papeles, hasta los de bufón, con el mismo éxito, y que emplean ordinariamente en empresas más levantadas que lo hiciera

Brusquet las admirables dotes que han recibido del cielo.

« Su primer advenimiento, dice Brantôme, fué en el campamento de Avignon (durante la invasión de Carlos V en Provenza á fines de 1536) adonde se arriesgó, viniendo de su país de Provenza para ganarse la vida; y fingiéndose médico, se metió, para desempeñar mejor su fingido papel, en el campo de los suizos y lansquenetes, de los cuales sacó mucho dinero. Curaba alguno que otro por casualidad; pero los demás enviábalos *ad patres* como moscas. Lo peor fué que se le descubrió el juego por el estrago que hacía en estos pobres diablos y fué acusado por ello. Enterado el condestable (Montmorency (1)), quiso mandarlo ahorcar. Pero supo el delfín que era el Brusquet el hombre más gracioso que había en el mundo, y que sería buena obra salvarlo. El delfín, después nuestro rey Enrique II, le mandó llamar, le vió y reconociendo

---

(1) Nació en 1492 y murió en 1567, hizo sus primeras armas en Marignan en 1515; fué hecho prisionero en Pavía en 1525 y compartió la cautividad con Francisco I. En 1536 defendió la Provenza contra Carlos V, siguiendo la táctica del romano Quinto Fabio Máximo, después de la gran victoria de Aníbal en Canas, mereciendo por ello el sobrenombre de Fabio francés. Mariscal de Francia en 1522, y condestable en 1538, tomó parte activa en las guerras de religión y pereció en la batalla de Saint-Denis que dió á los protestantes en 1567. Antes había perdido la batalla de San Quintín contra los españoles en 1557, y llevado á la conclusión de la paz de Cateau-Cambrésis en 1559. De 1551 á 1587 fué, con Miguel de l' Hospital y Francisco de Guisa, el personaje más importante de Francia.

en él mucho gracejo y esperando que le diera un día de diversión (como hizo), lo sacó de las manos del preboste del campo y lo tomó á su servicio.»

Este fué el principio de su fortuna. La contestación que se le atribuye, dada al delfín en esta entrevista, indica que sus fechorías de pseudo-médico no le causaban ningún pesar. En efecto, como el delfín le reprochara haber asesinado á tantos pobres hombres con sus medicinas, hubo de contestar Brusquet: «¿Y cómo se quejan de mis remedios los que están ya curados de la fiebre á perpetuidad?»

La *Perroniana*, que, como se sabe, es la colección de facecias atribuídas al célebre cardenal Du Perron (1), refiere de otro modo los comienzos de Brusquet.

«Era provenzal y abogado y hábil hombre. Vino á la corte para un negocio que tenía en el consejo, y en cuya gestión anduvo tres meses sin poder lograr nada, hasta que al fin resolvió intentar otros medios y ver si con la bufonería podría conseguir su objeto, pues era hombre sutil y decidor, y esta otra vía le condujo bien y pronto á lo que deseaba. Viendo pues que había hecho más en un día con sus bufonadas que abogando toda su vida, dejó su oficio y se metió á bufón, lo que le valió más.»

---

(1) Diplomático y cardenal. Era hijo de un pastor calvinista. Abjuró la religión reformada, fué lector de Enrique III, y embajador de Enrique IV cerca de la Santa Sede.

Hay que reconocer que la anécdota referida por Brantôme es más graciosa y da una idea más completa de los talentos y del descaro de Brusquet, que la anécdota de la *Perroniana*. Cualesquiera que sean por



Brusquet, según Torbido.

otra parte los comienzos de este bufón, su fortuna fué rápida. Agregado al servicio del delfín, Brusquet fué primero criado de la guardarropa, luégo ayuda de cámara, y en fin, maestro de postas de París, « que valía en aquella época lo que se quería, dice Brantôme, porque no había entonces como ahora coches ni caballos de relevo. Así, le he contado de una vez hasta cien

caballos, y esto de ordinario. Y con esto y por sus títulos y cualidad, se llamaba capitán de cien caballos ligeros. Yo os aseguro que eran bien ligeros de todas maneras, tanto de grasa, de que no estaban muy cargados, como de disposición para correr. Á los cuales caballos ponía él muy graciosamente los nombres de beneficios, oficios, dignidades, cargos, estados, que se corren ordinariamente en todas diligencias de postas. Dejo á vuestra consideración la ganancia que hacía, tomando por cada caballo veinte sueldos, si era francés, y veinticinco, si era extranjero.»

De esta manera se hizo muy rico Brusquet en poco tiempo. Pero no precisamente de la posta sacaba él sus ganancias: para aumentar sus haberes tenía Brusquet procedimientos particulares de que hacía uso en las casas de los príncipes y magnates, tomando todo lo que le convenía, sin abandonar el puesto hasta que le dejaban llevarse las piezas ú objetos en que había puesto los ojos.

«Si no le querían dar nada gratis, con mucha frecuencia, cuando estaba en la sala de alguno y había puesto la mira en algún vaso de plata, echaba de improviso mano á la espada haciendo creer que se le había dado una desmentida, y que tenía contienda con él y lo acometía hiriéndolo, y después, sin otra forma, se metía la alhaja bajo la capa y desalojaba, como hizo en Bruselas en casa del duque de Alba, cuando el cardenal de Lorena fué allá á jurar la paz (de Chateau-Cambraisis, concluída el 3 de Abril de 1559 con Felipe II

de España, poniendo fin á las guerras de Italia.)»

El cardenal Carlos de Lorena, hermano del ilustre Francisco de Guisa, fué encargado por Enrique II de firmar esta paz, preparada por el condestable de Montmorency, prisionero de los españoles desde la derrota de San Quintín. Llevó el cardenal consigo á Brusquet y lo presentó á Felipe II, que lo halló muy de su gusto, «porque tenía mucha gracia bufonesca, añade Brantôme; y por esto el rey Felipe le cobró estimación y le hizo muchos beneficios; y no contentándose con esto, un día de un gran festín que dió, en el cual se hallaban Mad. de Lorena y muchas otras damas y señores, convidados para la solemnidad del juramento de la paz, cuando estaban ya en los postres y se iban á levantar los manteles, se lanzó Brusquet sobre la mesa, sin ningún temor de romperse las costillas, y tomando el extremo de los manteles se envolvió en ellos rodando de un cabo á otro de la mesa y recogiendo poco á poco los platos con tal y tan sutil maña que armó su cuerpo con ellos, y saltando luégo de la mesa se encontró tan cargado que á duras penas podía dar un paso; y cargado así con su botín pasó la puerta por orden del rey que dijo se le dejara salir libremente, riendo á carcajadas y encontrando el juego tan ingenioso y hábil, que quiso que todo fuera para el bufón. Y lo más extraño del caso fué que no se quebró una costilla. Así ayuda Dios á los locos y á los niños.»

No fué ésta la única partida que Brusquet jugó al rey de España y demás personajes de su séquito. Fe-

lipe II tenía también á su servicio un bufón español, al cual quiso dar á conocer en la corte de Francia para probar sin duda que había en Madrid tan buenos locos como Brusquet. Mal le salió la cuenta, y peor á su bufón, á quien Brusquet no cesó de chasquear todo el tiempo que estuvo en París.

«Era, dice Brantôme, un bufón bastante flaco de mollera, con su gritería de canciones á la española, que no eran nada al lado de Brusquet que siempre le engañaba. El rey de España se lo envió al rey de Francia á cambio de otro que él le había enviado, y el rey se lo entregó á Brusquet para que le cuidara y tratara bien como se hace entre los grandes príncipes que vienen á la corte en embajada, los cuales se recomiendan unos á otros, príncipes á príncipes, grandes señores á grandes señores, medianos á medianos, obispos á obispos, eclesiásticos medianos á otros medianos. Así Brusquet bufón recibió en recomendación á otro de su clase; pero le burlaba siempre.

»Este bufón tenía cuatro buenos caballos en casa de Brusquet, el cual les hacía correr la posta por la noche por el primer correo que pasaba, sin que nadie lo echara de ver por la mañana, como quiera que les daba bien de beber y los dejaba dormir. Cuando el bufón español los veía tan flacos á fuerza de correr, Brusquet le hacía creer que el agua del Sena los enflaquecía hasta que, pasados un par de meses, se hacían á ella, y que esto sucedía con todos los caballos. Por casualidad hubo de observar el bufón español

una mañana, habiéndose levantado más temprano que de costumbre, que los caballos estaban mojados, y se puso á gritar diciendo: «¡Cómo! ¡Cuerpo de Dios! Brusquet, mis caballos están mojados. Juro á Dios que han corrido la posta.» Pero Brusquet le tranquilizó diciéndole que no había tales carneros; sino que se habían metido en el río al llevarlos al agua.

»Pero lo mejor fué que el rey Enrique había regalado á este bufón una bella cadena de oro que pesaba hasta trescientos escudos. Brusquet mandó hacer otra igual de latón y la trocó por la otra sin que lo echara de ver el bufón español, el cual se pavoneaba lo mismo con la buena que con la falsa. Y cuando este bufón partió para Flandes, escribió Brusquet una carta al rey Felipe, diciéndole todas las malas partidas que le había jugado á su bufón, que era un tonto de capirote. Pero el rey Enrique se disgustó al saberlo, temiendo que se creyera que él había autorizado tales burlas; por lo cual mandó que se le enviara la cadena de oro, y se arreglara todo. Brusquet lo hizo así y el rey lo recompensó por otra parte.»

Hay que confesar que las tales burlas eran harto groseras, y olían á la legua á latrocinio. Pero vamos á narrar rasgos de otro género, en que aparece Brusquet como un verdadero bufón, divertido, gracioso, y no ya como un burlador poco ó nada escrupuloso en la elección de los medios.

El rey Enrique II había hecho una entrada magnífica en Ruán en 1550, y presidió luégo una solemne

sesión del parlamento de Normandía. La reina Catalina de Médicis, María de Lorena, reina viuda de Jacobo V, y la regenta de Escocia, y las damas de su séquito, asistieron al acto desde un gabinete guarnecido por delante con una rejilla de mimbre para que pudieran ver sin ser vistas. La sesión no había sido nada amena, por el lenguaje enfático y pedantesco del abogado general Martinboz, encargado de cumplimentar al rey, y de terminar el negocio pendiente en aquel momento ante el tribunal.

Apenas hubo salido el rey de la sala, cuando las damas, ganosas de divertirse un poco, la invadieron á su vez instalándose en las sillas de los magistrados, mientras la reina se sentó en el trono que Enrique II acababa de abandonar. Brusquet, que naturalmente era de la partida, tomó á su vez asiento en la tribuna de los abogados, y con la majestuosa calma y sereno reposo de un jurisconsulto acostumbrado al foro «se puso á perorar y argumentar por lo fino, defendiendo muchas causas en pro y en contra y alegando leyes, capítulos y decisiones, con lo cual le crecía el latín en la boca como la leña rajada en un horno. No hay que decir cuánto reirían las damas sus graciosas ocurrencias y cómo se indemnizaron del aburrimiento pasado. Después de haber oído á Brusquet en sus conclusiones de derecho, cuyos puntos hubo de tratar tan doctamente, fueron á pasear, ver y visitar todo el palacio; y como quien tiene buen humor tiene buen corazón, entre otros lugares, estando en la torreta y

mirando desde lo alto de las ventanas á los patios de la conserjería, hizo la reina dar á los presos la suma de cien libras.»

El notario mayor del parlamento, testigo de esta extraordinaria escena, hubo de consignar el recuerdo en su registro á continuación de la sesión oficial, que á causa de la enojosa facundia del abogado general, había sido menos divertida (1).

El burlesco y gracioso remedo del bufón de Enrique II, debía tener dos siglos después una especie de retoño ó reproducción ante un auditorio casi tan ilustre como el de 1550. En efecto, en 1837, el duque de Orleans, hijo mayor de Luís Felipe y la duquesa de Orleans, visitaban el palacio de justicia de Ruan. Mr. Floquet, notario mayor del tribunal, les pidió permiso para leerles un extracto de los registros del parlamento, y esta lectura fué acogida con generales carcajadas; era el acta de la sesión en que Brusquet se había mostrado tan fuerte en materia de derecho.

No es ésta la única vez que Brusquet tuvo que ver con la magistratura. Guillermo Bouchet refiere en sus *Sérées* (2) otra jugada de que fué víctima un consejero del parlamento de París.

«Dejando aparte buen número de chascos de los que dió Brusquet, por ser demasiado conocidos, he de contaros uno que os hará reir á buen seguro. Érase un

(1) V. Floquet, *Hist. del Parlam. de Ruan*, t. II, pág. 198.
(2) Libro II, pág. 633.

consejero en el parlamento de París, el cual consejero, habiendo comido en los barrios en que Brusquet tenía su parador de postas, se dirigió al maestro, rogándole que le diera un caballo con gualdrapa sólo para llevarle al palacio, por no sentirse bien. Brusquet, que había perdido un pleito en el tribunal, le sacó el mejor caballo de posta. Luégo que hubo montado el consejero, hizo Brusquet que saliera el postillón, el cual comenzó á bocinar y á correr la posta y el caballo del consejero detrás, de tal manera que le fué imposible á este señor detener su caballo hasta el primer parador. Dejo á vuestra consideración si se reiría Brusquet, cuando le vió volver á pié y lleno de lodo.»

Brusquet no temía tampoco burlarse del clero, ni aun de los príncipes de la Iglesia, como se ve por una anécdota que cita Noël du Fail (1).

«¿Queréis una burlería que hizo en media hora un teólogo práctico y experimentado, á un obispo de este reino, mejor que cien cuaresmas? Este santo varón no sólo temía á la muerte, sino que se indignaba cuando oía decir: Fulano ha muerto. Había que decir: Está malo, pero se aliviará, si Dios quiere. Estaba de regreso de la corte, refrescándose en su quinta, distante una legua corta de la ciudad en que tenía su silla catedral. Brusquet, conocido como hombre de ingenio

---

(1) *Propos rustiques, baliverneries, contes et discours d'Eutrapel*, pág. 372.

singular, corriendo la posta, tuvo la idea de desviarse y llevar su filosofía al prelado. Parando en la quinta, hace la reverencia, prueba el vino y cuenta en pocas palabras lo que había pasado en la corte después de su regreso, se excusa con su señoría de no poder permanecer con él más tiempo por tener que negociar por la tarde en la ciudad y suplica al mayordomo le dé una carta para el juez para que le suministrara caballos de refresco. Hecho esto, cambió Brusquet la dirección y el lenguaje imitando la firma del mayordomo, lo cual era fácil de hacer por ser las letras largas y góticas. Y llegado que hubo á la ciudad presentó su carta contrahecha al vicario, el cual leyó con sorpresa cómo el prelado, por un desastre de haberse fatigado en su litera por el camino, acababa de morir en la hora presente de una apoplegía, sintiendo no haber cerrado los ojos entre sus amados y devotos diocesanos. Y pues representaba al jefe de la iglesia, era muy natural, como se lo habían rogado todos los familiares, ir á la mañana siguiente en procesión con todo el clero á traer el cuerpo del prelado. La noticia cundió rápidamente por toda la ciudad, y luégo al punto todo era campanas y capitular y decir responsos al final de los oficios, y desplegar banderas, y traer y llevar pintores para pintar escudos y trofeos, y llevar y traer carpinteros para preparar la capilla mortuoria, y encender cirios, y tender paños mortuorios para poner el féretro episcopal. Y en esta guisa llegó el cortejo fúnebre de madrugada al sitio en que

el prelado estaba durmiendo á pierna suelta: el cual se despertó sobresaltado, y oyendo cantar por manera tan triste y desolada: *In exitu Israel de Ægypto*, llamó en socorro á todos sus familiares; hizo promesas y votos de peregrinaciones, aquende y allende los montes, si salía en bien de aquel juicio final. Después, encorvado y tembloroso, se atrevió á asomarse á una celosía y vió aquel largo y negro cortejo, cantando á voz en cuello graves letanías, desolados himnos y tristísimos salmos, siendo su horror tal y tanto, que á no descubrirse el juego en aquel punto, ciertamente quedara vacante el obispado.»

Tuvo, sin embargo, Brusquet en la corte de Enrique II un rival digno de él, el cual, aunque mariscal de Francia y descendiente de una de las principales familias de Florencia, no se desdeñaba, en ocasiones, de hacer frente al bufón, contestando á sus burlas inauditas, con otras no menos extraordinarias, en que le servía con creces su imaginación italiana. En esta lucha poco ó nada cortés con el diestro y agudo florentino, no siempre se llevó la palma nuestro astuto y picaresco bufón. Dejemos aquí también hablar á Brantôme, siempre deseoso de poner de relieve las agudezas, más ó menos sutiles ó groseras de Brusquet, á quien consagra veinte páginas en su *Elogio del mariscal Strozzi* (1).

(1) Pietro di Strozzi, descendiente de una noble familia de Florencia, mezclado en toda la historia interior de esta ciudad en el siglo XVI, era primo hermano de la reina Catalina de Médicis. Este parentesco hizo

«El mariscal Strozzi gustaba mucho de habérselas con Brusquet dándole chascos picarescos; pero Brusquet se los devolvía pagándole con usura.

»Un día de gran fiesta, mi dicho señor mariscal se presentó ante el rey muy engalanado, llevando sobre todo una hermosa capa de terciopelo negro, con bordados de plata, á la usanza de aquel tiempo, y Brusquet que se prendó de la capa, fué corriendo á las cocinas de palacio y trajo buena provisión de mechas ó lonjitas de tocino; y mientras el mariscal departía con el rey, se le acercó cautelosamente Brusquet por detrás y le adhirió á la capa todas las pringosas mechas, sin que él notara nada. Después, volviéndolo el bufón de espaldas para que lo viera el rey: «Señor, le dijo, ¿no ve Vuestra Majestad cuántas agujetas de oro lleva en la capa el mariscal?» No hay que decir si se reiría el rey, y el mariscal también; y sin enojarse, ni castigarlo, pues siempre tomaba á chanza lo que le hacía, aunque pensaba siempre en el desquite, sólo le dijo: «¡Bah! Tú querías mi capa, Brusquet. Tómala, pues; y vé á decir á mis criados que me traigan otra. Pero te aseguro que me la pagarás.»

»Al cabo de algunos días, cuando menos pensaba Brusquet, fué el mariscal á verle á su casa de postas, á donde había ido otras veces, y habiendo visto, observado y reconocido su gabinete, donde guardaba el bu-

---

su fortuna, siendo sucesivamente general de las galeras y mariscal de Francia. Perdió la vida en el sitio de Thionville, en 1558.

fón su vajilla de plata (porque tenía muchas alhajas el truhán no todas bien adquiridas), llevó allí consigo un cerrajero muy hábil en esto de correr pestillos y abrir cerraduras. Habíalo buscado en la ciudad y vestido como un príncipe. Luégo que entraron en casa de Brusquet, se puso el mariscal á pasear con él por la sala y á hurtadillas indicó al cerrajero el nido de las alhajas; luégo tomando de la mano al bufón lo llevó á pasear al jardín y luégo á ver las caballerizas, dejando en la sala á sus acompañantes con el cerrajero. Estos no faltaron á la consigna que se les había dado, pues sin perder tiempo quedó abierto el gabinete de las alhajas á una vuelta de mano del hábil cerrajero y los otros tomaron cuánto pudieron, cerrando otra vez la puerta del tesoro, como si nadie hubiera llegado á ella. Después salieron, unos con su botín, otros de vacío, para acompañar al mariscal, quien viendo rematada la treta, se despidió de Brusquet sin querer aceptar el refrigerio que de muy buena gana le ofrecía.

»Algunos días después, hubo de descubrir el robo el bufón, y triste y pensativo fué á quejarse al rey y á todos que le compadecieron grandemente. Pero el mariscal se echó á reir y á hacerle la contra diciéndole que no era sino cosa muy chusca haber burlado al que burlaba á todo el mundo. El otro, que no se reía, porque era muy avaro, siguió haciendo pucheros; hasta el mariscal le propuso que si le daba algo, haría él que le devolvieran lo que le habían qui-

tado. Brusquet le ofreció la mitad. Pero el mariscal sólo retuvo hasta quinientos escudos de los dos mil que importaban las alhajas. Y se lo devolvió todo diciendo que era menester gratificar al cerrajero y á los demás que habían hecho la burla; lo que hizo al punto, y le devolvió lo suyo, fuera de lo que había reservado para los otros. Y ya tenemos á Brusquet de buen humor otra vez hasta el desquite.

»Otra vez fué el mariscal al real palacio á caballo en un corcel enjaezado con gualdrapa de terciopelo bordada de plata, corcel que no hubiera dado por quinientos escudos, pues tenía siempre buenos caballos. En cuanto echó pié á tierra y entró en palacio dejando á la puerta el caballo á su lacayo, salió casualmente del Louvre el burlador Brusquet, y viendo el caballo, se fué derecho al lacayo y le dijo de parte del mariscal que fuera á su casa á traerle algo que había olvidado, mientras él guardaría el caballo. El lacayo se lo entregó sin dificultad, porque lo había visto muchas veces hablar con su amo, y fué al recado. En esto monta Brusquet el caballo y se lo lleva á su casa. Córtale allí las crines sin demora y la mitad de una oreja, dejándole desfigurado, y luégo le quita la gualdrapa, el arnés y la silla. Viene un correo con cuatro caballos á tomar la posta con una gran maleta: lo hace acomodar con una silla de posta y un cojinete, cárgale la maleta y corre gallardamente la posta hasta Longjumeau. Ya de vuelta, se lo envía al mariscal con un postillón, que le dice de

parte de su amo: «Señor, mi amo se recomienda á vuestra bondad y os devuelve vuestro caballo, que es muy bueno para la posta. Acabo de probarlo de aquí á Longjumeau y no he tardado en el camino tres cuartos de hora. Y dice mi amo que si queréis por el caballo cincuenta escudos, os los enviará desde luégo. Viendo el mariscal tan desfigurado su caballo, tuvo lástima de él y no dijo más que esto: «Vé, llévaselo á tu amo y que lo conserve hasta el desquite.»

»Al cabo de algunos días, quiso el mariscal ir á ver al rey en posta hasta Compiègne y envió á pedir veinte caballos recomendando á Brusquet que se los enviara buenos, pues de otro modo le retiraría su amistad. No retuvo para sí más que ocho; los demás, que eran de los mejores, los dió á algunos pobres soldados de los suyos que iban á pié al ejército, sin que el postillón sospechara, pues le hizo creer que vendrían detrás; y vendió otros dos á unos molineros que los aceptaron de buena gana por su bajo precio; y algunos días después los vieron los postillones en la calle cargados de harina. Se sacaron por justicia; pero el litigio costó más que los caballos. En cuanto á los demás que el mariscal llevaba, los llevó hasta Compiègne, á cuánto pudieron correr y quedaron allí fuera de servicio. De tal manera que Brusquet tuvo que aceptar el caballo del mariscal por esta pérdida. Y todo esto se hacía riendo hasta el desquite.

»Otro día, añade Brantôme, que no se cansa de contar menudamente las facecias y travesuras de su bufón

favorito, fué Brusquet á rogar al mariscal se sirviera á lo menos dar treguas á estos chascos de gran perjuicio, siguiendo, si quería, la guerra en cosas de poca monta, y para celebrar las paces, le convidó un día á comer en su casa, prometiéndole tratarlo á cuerpo de rey, y autorizándole para llevar consigo hasta una docena de amigos, á los que obsequiaría igualmente. Cuando llegaron los convidados, encontraron muy solícito á Brusquet, que salió á recibirlos con una servilleta al hombro, haciendo de amo de casa: «Muy bien venidos, señores míos,» les dijo. «Mientras os laváis las manos, voy á mandar que sirvan la comida;» lo cual hizo. Y por entrada, sirvió sin otra cosa hasta unos treinta pasteles, grandes con pequeños, los cuales, bien calientes, olían muy bien, porque los había mandado hacer muy á propósito, sin que les faltara especia, ni canela, ni aun almizcle. Después que hubo servido este primer plato, les dijo: «Ahora, señores, sentaos á la mesa, mientras voy á disponer lo demás, y entre tanto despachad esos pasteles.»

»Y estando fuera de la sala, toma su capa y su espada y se va derecho al Louvre á dar noticia al rey de su festín: porque sus pasteles contenían todos pedazos de viejas bridas, cinchas, correas y otros desechos de arreos, unos en menudos pedazos, otros en grandes trozos á manera de tajadas de caza mayor. Cuando los convidados se sentaron á la mesa, esperando satisfacer su apetito, todos ávidamente se pusieron á abrir sus pasteles, que humeaban y olían muy bien. Si queda-

rían sorprendidos al encontrar tanto desecho en los pasteles, lo dejo á vuestra consideración. Diz que hubo algunos que se llevaron á la boca algunos trozos de correa, creyendo que fuera cosa exquisita; pero muy luégo tuvieron que escupirlo. En fin todos dijeron: burlas de Brusquet. Sin embargo, esperaban siempre que después de esta burla, vendría un servicio exquisito; con que pidieron de beber y se les sirvió el mejor vino que había en vasos pequeños, á manera de hipocrás, que les supo tan bien, que pidieron se les diera un buen trago; pero los mozos y postillones que servían la mesa, con sus cuernos ó bocinas, dijeron que su amo había hecho aquello para que dijeran cuál era el mejor y cuál querían, y que irían á buscar el que eligieran por mejor. Entre tanto hablan y ríen los convidados del chasco, y no viendo venir á Brusquet, pregunta el mariscal por él, y le dicen que había salido, llamado con urgencia. No creyendo esto, se levantaron de la mesa y fueron á buscarlo á la cocina, donde no encontraron alma viviente, ni siquiera fuego. Con esto, se vieron obligados á tomar sus capas y espadas y á ir á comer á otra parte, porque era más de medio día y se morían de hambre.»

El mariscal Strozzi no podía estar mucho tiempo sin tomar el desquite de esta burla, y lo tomó como tenía de costumbre.

«El mariscal, continúa Brantôme, se la guardó buena, porque algún tiempo después hizo que le quitaran un mulo muy bueno que tenía, lo cual era muy fácil

hacer, cuando iba al agua atado de reata á la cola de los caballos de posta; y en cuanto lo tuvo en su poder, mandó que lo mataran y de su carne hicieran pasteles de diferentes maneras; y después convidó á comer á su mesa á Brusquet, asegurándole que lo trataría bien y sin engaño. El bufón, que comía bien de suyo, acudió á la cita y despachó de muy buena gana cuantos pasteles le presentaron, después de lo cual le preguntó el mariscal: «¿Qué tal, amigo mío, ¿no te he tratado bien?» Ya ves como no te he engañado como tú hiciste. Brusquet le contestó que nunca había comido tan bien y que estaba satisfecho de cómo le obsequiaba. Entonces le dijo el mariscal: ¿Quieres saber lo que has comido? En seguida hizo traer la cabeza del mulo, aderezada como cabeza de jabalí. «Mira, Brusquet, añadió, mira de qué has comido. ¿Conoces este animal?» No hay para qué decir la sorpresa y asco de Brusquet, y luégo el pesar de haber perdido el macho que le llevaba tan reposadamente al campo, á la ciudad y á todas partes.»

«Otra vez tuvo la reina grandes deseos de ver á la mujer de Brusquet, por habérsela representado el mariscal muy fea, como, en efecto, lo era; y le dijo que perdería su amistad, si no se la presentaba. Brusquet la llevó á palacio, engalanada tal como el día de sus bodas, con el pelo suelto y caído sobre sus hombros, ni más ni menos que una desposada. Sobre esto, le encargó que á todo pusiese buena cara, y de esta guisa y de la mano la presentó en el Louvre ha-

ciendo reir á todos, porque el mismo bufón iba muy risueño, alegre y afeitado como un novio. Nótese, previamente, que había advertido á la reina que su mujer era tan sorda que no gustaría de hablar con ella; pero, con todo eso, la reina quería verla y hablar con ella de su casa y del trato y vida de su marido. Por otra parte, había advertido el bufón á su mujer que la reina era sorda, y que así cuando le hablara había de hablarle de recio, y la amenazó, si no lo hacía así. Fuera de esto, le previno todo lo que había de hacer y decir en presencia de la reina. Así, cuando estuvo delante de la reina, después de haberle hecho la reverencia, bien baja, acompañada de un gesto bufonesco, según la advertencia de su marido, saludó diciendo: «Mi señora, reina, Dios os guarde de todo mal.» La reina comenzó á hablar con ella haciéndole varias preguntas con la voz más recia que pudo. La mujer de Brusquet, contestaba gritando como una loca, y si ésta alzaba la voz, más y más la alzaba la reina; por manera que la real cámara resonaba y se oía el ruido en el patio del palacio.

»Llegando en esto el mariscal Strozzi, quiso mezclarse en la conversación. Pero Brusquet había dicho á su mujer que el mariscal era también sordo, más aún que la reina y había de hablarle más alto y al oído; lo que ella hizo puntualmente. Sospechando el mariscal la picaresca trama del bufón, se asomó á una ventana y viendo en el patio á un mozo de caza, que tenía su trompa colgada al cuello, le llamó y le dió un par de

escudos para que tocara la trompa al oído de la mujer hasta que él le dijera: basta. Y habiéndole hecho entrar en la real cámara, dijo á la reina: « Señora, esta mujer está sorda y voy á curarla.» Y cogiéndole la cabeza, mandó al mozo que tocara todos los toques de caza á su mismo oído; y el mozo los tocó de tal manera, que la mujer del bufón quedó por espacio de un mes aturdida y estropeada del oído y aun de toda la cabeza, sin oir una palabra hasta que los médicos le dieron remedio, lo cual costó mucho. De esta manera Brusquet, que quiso molestar á los demás haciéndoles gritar para entenderse con la supuesta sorda, se vió castigado teniendo que gritar él ahora, para entenderse con la sorda de verdad, y aun así no se entendía en perjuicio de su casa.»

La broma, como se ve, no es de las menos pesadas, dando más clara idea de la grosería de las costumbres de la época, que del ingenio de Brusquet y del mariscal Strozzi. Causa cierta sorpresa ver cómo la corte de los Valois, que pasaba por la más culta y brillante de Europa, se complacía en juegos tan crueles, alegrándose y riendo y celebrando la ocurrencia de un señor que hace víctima de sus ocurrencias brutales á una pobre mujer. Por lo demás, Brusquet se vengó de una manera bastante chusca.

« Otra vez, continúa Brantôme, el mariscal Strozzi vino á París, la víspera de Pascua, y se retiró á hurtadillas á su casa, en el arrabal de Saint-Germain, porque no quería que se le viera en la ciudad hasta pasada

la fiesta. Pero habiéndolo sabido Brusquet por boca del postillón que le había traído, el día de Pascua va á buscar dos frailes y dándoles un escudo á cada uno, les dice que había en el arrabal de Saint-Germain un caballero, que al parecer tenía los diablos en el cuerpo; que no quería cumplir con la Iglesia, ni ver ni oir á Dios ni á sus ministros; por lo cual harían una obra de caridad en ir á visitarlo, llevarle agua bendita y echarle encima á él y á sus diablos, santas oraciones, sufragios y letanías, amén del agua bendita. Pusiéronse de acuerdo los dos frailes y fueron resueltamente con Brusquet á hacer la buena obra. Advirtióles Brusquet que el tal caballero no era sino el mismo diablo en persona y que debían ir prevenidos; á lo que contestaron los frailes que habiendo visto y tratado muchos energúmenos, no le temían á éste por endemoniado que estuviera. El bufón los condujo, pues, hasta la puerta del gabinete, sin ninguna oposición de los criados, que conocían á Brusquet, cuanto más haciéndoles creer que el mismo mariscal le había encargado llevarle los dos frailes para un asunto de importancia, y también para purgarse con ellos de algún pecadillo que le atormentaba la conciencia, por lo cual nadie sino los dos santos religiosos habían de entrar en el gabinete. Con esto engañó á los criados y los tuvo á raya plantándose en la puerta.

»Cuando los frailes entraron, se hallaba el mariscal en la cama leyendo un libro, y le preguntaron cómo estaba de cuerpo y de alma. El mariscal los miró con

asombro, é incorporándose en el lecho, les preguntó colérico qué iban á hacer allí, y sin esperar contestación les mandó que despejaran y se fueran, porque de suyo gustaba poco de frailes. Pero éstos, sin darse por entendidos, lo rociaron con agua bendita, de que no gustaba más el mariscal, y comenzaron sus oraciones y exorcismos. La cólera del mariscal subió de punto y extendió el brazo para asir de la espada, pendiente de la cabecera del lecho; sino que uno de los frailes le cogió la acción, apoderándose de ella, por aviso que de antemano le había dado el bufón. Entonces saltó del lecho el mariscal y consideró caso de honra recobrar su espada. Los frailes lo conjuran, él reniega, y se arma tal jarana, que acudieron los criados, y el mismo Brusquet, el primero, con su espada en la mano zurda, gritando y diciendo: «¡Hola! ¡Hola! ¡Aquí estoy yo para defenderos!» Y haciendo salir á los frailes, se va con ellos y corre á palacio á contar la aventura al rey, que ignoraba la venida de Strozzi. Y así se hizo público á pesar del que deseaba tenerla oculta. Y al punto envió el rey á preguntarle cómo estaba de diablos y de frailes y si creía ahora más que antes.»

El castigo de Brusquet no se hizo esperar, y el pobre bufón por poco no paga muy caro el meterse en burlas con la Iglesia. ¿No había cometido un crimen imperdonable en aquel tiempo de fanatismo religioso? ¿No había ridiculizado á dos ministros de la religion y aun á la misma religión? La Inquisición no entendía de

burlas, así fuera el burlador bufón del rey, y faltó poco para que Brusquet lo aprendiera á su costa.

»El mariscal Strozzi, al cabo de dos días, fué á quejarse al inquisidor de la fe, que lo era entonces el Maestro Oris, de la ofensa que se había hecho á Dios, aparte de la burla á él, sirviéndose de sus santos ministros como cosa de risa y del grande escándalo que pudo sobrevenir, porque estuvo á punto de matar á los dos santos varones; por lo cual le rogaba interviniera en el asunto, porque se trataba de un hereje (y sabe Dios si se cuidaba él de los frailes, de la Iglesia, ni de los inquisidores) y que juzgara esta causa en que se mostraba parte, como también se había quejado al rey, para que se prendiera y castigara al irreverente bufón: lo que los inquisidores hicieron de buena fe y por el dicho del mariscal, enviando siete ú ocho esbirros á prenderlo, y fué reducido á prisión en que permaneció algunos días. Tratábase de formarle causa; pero habiéndoselo dicho el mariscal al rey, él mismo, con un capitán de guardias, fué á sacarlo de la prisión; lo que agradeció en gran manera, pues decía que nunca había tenido tanto miedo, temiendo á los inquisidores más que á las bestias feroces: porque, sea dicho en verdad, los tales señores son peligrosos en burlas y en veras.»

Sólo de esta manera dejó de tener enojosas consecuencias para Brusquet la nueva chanza que se permitió contra el mariscal. Y fué tanto más á propósito la intervención de Strozzi, cuanto que no pasaba

Brusquet por muy ardiente católico y que una causa ante el Tribunal de la fe hubiera podido llevarlo muy lejos en una época en que la Inquisición se mostraba intransigente en materia de religión y en que las hogueras de la plaza de Grève solían encenderse en honor de los consejeros del parlamento de París, como se vió en la causa de Du-Bourg en 1559.

Todavía refiere Brantôme otras ocurrencias picarescas de Brusquet, y no sin pesar abandona una materia tan rica y casi inagotable.

« En fin, no acabaría nunca, dice, si quisiera contar todos los chascos que se dieron mutuamente (Brusquet y Strozzi); pues si el mariscal era astuto, ingenioso y sutil, no lo era menos Brusquet en punto de facecias, pues bien puede decirse de él que fué el primero que hubo ni habrá jamás en bufonería, ya hablando, ya escribiendo, bien en el gusto, bien en la invención, en una palabra, en todo, sin ofender ni desagradar á nadie.»

Sin ofender ni desagradar está muy pronto dicho. Era menester haber recibido del cielo un buen humor inalterable, ó bien estar determinado, como Strozzi, á pagarlo todo con creces, hasta las burlas más groseras, para no resentirse de algunos chascos de Brusquet. Pero, ya lo hemos dicho, era cosa admitida que el bufón del rey fuera en Francia el único personaje que tuviera el derecho de decirlo y hacerlo todo, á condición, por supuesto, de no exponerse á las iras del formidable Santo Oficio. Cuando todo callaba al rededor del trono, cuando los corazones todos estaban

petrificados por el temor ó corrompidos por la lisonja, él solo levantaba la voz, y al són de los cascabeles de su burlesco cetro hacía oir su libre palabra á los poderosos del día. Sin embargo, no podemos menos de creer y decir, á pesar de la indulgencia de Brantôme, que Brusquet solía abusar de tal libertad.

Brusquet, que sobrevivió á Enrique II, permaneció como bufón con ejercicio bajo el reinado de Francisco II y aun de Carlos IX. Pero el fin de aquel personaje burlesco que había hecho las delicias de tres reinados, no correspondió á sus comienzos. Brantôme termina así su historia:

«En fin, el pobre diablo fué acusado de calvinismo, en cuyo favor sustraía algunos pliegos y despachos del rey contra los hugonotes. Pero no lo fué tanto como su yerno que era hugonote descubierto, y por él se perdió su suegro, cuya casa fué saqueada en los primeros motines. Con esto, tuvo que huir de París y refugiarse en casa de Mad. de Bouillon, en Noyant, la cual le acogió de buena voluntad, como Mad. de Valentinois, en memoria del difunto rey Enrique. Desde allá escribió una carta, muy bien escrita por cierto, que yo he visto, á M. de Strozzi, hijo del mariscal, cuyas facecias hemos referido (1) rogándole, por la

(1) Felipe de Strozzi, natural de Venecia, donde vió la luz en 1541, fué coronel de guardias francesas desde 1563 y con este carácter tomó parte activa en las guerras de religión. Figuraba en el grupo de los consejeros íntimos que prepararon con Catalina de Médicis la abominable matanza de San Bartolomé. El fin de Strozzi fué trágico: ha-

amistad con que le había honrado su padre, tuviera piedad de él y consiguiera su perdón para poder acabar sus días en paz. Pero no tuvo que esperar ya mucho, porque murió luégo allá.»

Parece, sin embargo, que la solicitud de Brusquet presentada por Strozzi sin duda á Catalina de Médicis, que estimaba mucho al hijo del mariscal, hubo de ser acogida, porque la cuenta del platero de Carlos IX, citada por M. Jal, menciona en 1565 «unos calzones de terciopelo negro y acuchillados con pequeñas fajas y franjas de oro, forrados de tafetán negro, con rayas de oro y plata, para uso de Brusquet,» con ocasión de una gran fiesta en que se presentaron en torneo casi todos los oficiales de la real casa. Brusquet estaba pues en aquella fecha agregado á la servidumbre real. Pero puede creerse que no era ya más que su sombra; habían extinguido su buen humor los sufrimientos y pesares. Acaso no figuraba ya sino á título honorífico, digámoslo así, en el número de los oficiales ó empleados de palacio, como una especie de testigo de los reinados anteriores que se mostraba por curiosidad. Sea como quiera, preciso es referir á lo menos á dicha fecha de 1565 la muerte de Brusquet, contra la opinión de Dreux du Radier que supone murió en Anet, en

---

bía sido encargado del mando de la armada naval enviada por Francia al prior Don Antonio de Crato que pretendía arrancar la corona de Portugal de la frente de Felipe II de España; y hecho prisionero por el almirante español Santa Cruz en un combate naval en 1582, fué arrojado al mar.

casa de Mad. de Valentinois por los años de 1562 á 1563. Brusquet conservó, pues, por espacio de un tercio de siglo, ó sea desde 1535 hasta 1565, el cargo ó empleo de bufón de corte, ó con título de oficio, y ya hemos visto con qué esplendor, á lo menos durante el reinado de Enrique II, que fué el tiempo más feliz de su vida. Puede decirse de él que fué verdaderamente el príncipe de los bufones de corte.

VI

Los bufones de corte.—Los colegas y sucesores de Brusquet.—Thonin.—El notario de Lorris.—Sibilot.—Maturina.—Chicot.

BRUSQUET tenía colegas en la corte de Enrique II. Sin duda su superioridad en el arte de la bufonería estaba tan reconocida y aceptada por todos, que ningún rival podía pensar en disputarle el puesto alzando su cetro contra el suyo. Pero Brusquet no estaba siempre allí; pues sus deberes de maestro de postas le alejaban á veces de la corte. Á veces también acompañaba en un viaje diplomático ó de otro carácter á algún personaje de distinción, como le vimos acompañar á Gante al cardenal de Lorena. Se necesitaba pues un suplente para divertir á la majestad real en ausencia de Brusquet.

Este suplente se llamaba Thonin ó Thony, diminutivo de Antonio, el cual divirtió sucesivamente á Enrique II, á Francisco II y Carlos IX, desde 1556 en

que su nombre figura por primera vez en los registros de las cuentas reales hasta fines de 1572, bien que, según toda apariencia, hubo de perder su título de bufón algún tiempo antes de su muerte.



Thonin, según Clouet (Colección Hervard).

Brantôme en sus *Hombres ilustres,* nos habla de Thonin á quien seguramente no quiere comparar con Brusquet, pero no por eso lo desdeña.

«Había pertenecido primeramente al difunto M. de Orleans (1) quien se lo pidió á su madre en Picardía,

(1) Hijo segundo de Francisco I, muerto antes que su padre.

cerca de Coussy, la cual se lo dió de mala gana, porque, según decía, habíalo dedicado á la Iglesia, para que rogara á Dios por dos hermanos suyos que eran locos: el uno se llamaba Gazán, y el otro cuyo nombre no recuerdo, perteneció al cardenal de Ferrara. Y considerad, si os place, la desgracia de la pobre madre, cuyo hijo menor, Thony, era más loco que los otros.

«Al principio era un idiota, necio, tonto de capirote; pero fué tan bien enseñado, pasado, refinado y quintaesenciado por los chascos de los villanos, de los pajes, de los lacayos y pilluelos, por las picardías y liviandades de la corte y por las lecciones y enseñanzas de sus maestros, La Farce y Guy, que al fin se hizo llamar el primer loco de su nombre; y, sea dicho sin agravio de Triboulet y Sibilot, fué tal que M. de Ronsard, por mandato del rey, se dignó emplear su pluma en hacer su epitafio como si se tratara del personaje más sesudo de Francia (1). Muerto M. de Orleans, el

---

(1) Pedro de Ronsard nació en 1524 en el castillo de la *Poissonnière,* cerca de Vendôme, de una familia originaria de Hungría y murió en 1585. Fué al principio diplomático, pero habiéndose quedado sordo se retiró de los negocios y se consagró á las letras. Fundó la *Pléyade* con algunos otros poetas y tuvo el proyecto de regenerar la lengua francesa y enriquecerla con palabras y giros tomados del latín y del griego, lo que explica el famoso verso de Boileau en su *Arte poética,* (canto I, verso 176):

Mais sa muse en français parlant grec et latin...

Ronsard fué el poeta favorito de Carlos IX que le dirigió versos muy bien hechos:

loco Thony pasó al servicio del rey, que lo tuvo en grande estimación.

No sólo mereció Thonin ser celebrado por el ilustre Ronsard y amado de Enrique II, que, sin embargo, no era de suyo afectuoso; sino que también se granjeó la estimación del condestable de Montmorency, y bien sabido es que no era cosa tan fácil caer en gracia del condestable «que hacia pasar por tantas vergüenzas á los cortesanos, y no sólo á ellos, sino á toda clase de estados, como á los presidentes, consejeros y demás magistrados, cuando cometían alguna falta. Lo que menos les decía era asnos, bueyes, necios, fatuos.»

Aquel duro hombre de guerra, que fué implacable con todas las rebeliones, ya fueran de campesinos levantados contra el impuesto (1), ya de calvinistas, levantados contra los Guisas; que se paseaba impasible rezando su rosario, en medio de las ciudades incendiadas, de los pobres diablos ahorcados y descuartizados por su orden, lo que dió lugar al proverbio: *Dios nos guarde de los paternostres del condestable;* aquel viejo soldado que no se reía nunca, diga

---

Tous deux également nous portons de couronnes:
Mais roi, je les reçois, poëte tu les donnes.

Y también:

Je puis donner la mort, toi l'immortalité.

(1) Como en 1548, en que reprimió con espantable rigor la insurrección de la Guyena.

Brantôme lo que quiera, gustaba, sin embargo, de oir las facecias de Thonin.

«Este gran capitán tenía grandes razones y muy buenas ocurrencias, cuando quería entrar en esto, como hacía á las veces, y sabíalo hacer y discurrir, fuera á la mesa ó después; y decía siempre alguna agudeza y gustaba de reir, y se complacía tanto como otro cualquiera con los bufones sutiles y hasta con el bufonzuelo Thony á quien estimaba naturalmente y á menudo se lo llevaba á comer con él, y le hacía comer sobre una silla ó escabel delante de él ó á su lado, y lo trataba á cuerpo de rey. Y si los pajes ó lacayos le causaban el más leve disgusto, hasta los hacía azotar; y el bufonzuelo era tan maligno y picaresco, que á las veces se querellaba sin motivo, para que los azotaran, cuya gracia se celebraba grandemente, porque bien puede decirse que nunca se vió un bufonzuelo más gracioso y agradable. El condestable le amaba por el amor que el rey le tenía, y también por su gracejo; y él amaba á su vez al condestable y lo llamaba su padre, pero no siempre; porque mi dicho señor condestable decía, que loco y todo como era, sabía acomodarse á los tiempos y circunstancias, á la corrupción de la corte, lo mismo que cualquiera otro más cuerdo y hábil; pues cuando veía en candelero á alguno en la corte, procuraba agradarle y granjeárselo, y lo abandonaba de pronto, cuando lo veía caído. Y decía el condestable que lo había experimentado en sí mismo, cuando cayó en desgracia á

la muerte de Enrique II (1) y que era el loco más cortesano que hubiera visto jamás. Y decía todo esto riendo y por pasar el rato.»

Como se ve, si Thonin no tenía toda la flexibilidad de ingenio de Brusquet, era á lo menos bastante inteligente para comprender y practicar el primer deber del perfecto cortesano, que es arrimarse siempre al sol que más calienta.

Otros bufones figuran al lado de Brusquet y de Thonin en las cuentas de la corona bajo los reinados de Francisco I y Enrique II, y son un tal *Maese Martín llamado el Baile de la casa de los duques de Orleans y de Angulema,* y la Rambouillet, la Cathelot y la Jardinière, locas de Margarita de Navarra, de Francisco I, y de Catalina de Médicis. Pero no quedan de ellos más que los nombres, y aun eso gracias al minucioso cuidado con que llevaban sus registros los tesoreros de la real casa.

Carlos IX, que tenía en su corte á Brusquet y á Thonin, gustaba también de las facecias del *notario de Lorris*, el cual tuvo alguna celebridad; y cuando murió, probablemente hacia 1566, fué reemplazado por Esteban Doynie y por Rosières, que sólo con sus nombres señalaron su paso en la historia de los bufones.

Los sucesores más célebres de Brusquet fueron sin duda Sibilot y Chicot, bufones ambos de Enrique III.

---

(1) Por intrigas de corte cayó efectivamente en desgracia dos veces el condestable; una en 1547, á la muerte de Francisco I, y otra en 1559, á la muerte de Enrique II. Estuvo retirado de la corte durante el breve reinado de Francisco II.

Sibilot parece que no fué bufón de ingenio. Sobre que las cuentas de los gastos reales nos lo presentan provisto de un director ó maestro, lo cual es ya indicio de su poco entendimiento, la palabra *Sibilot*



Greffier de Lorris según Clouet (Colección Hervard).

se emplea en ciertas provincias para significar ganso. Ménage piensa que á este estúpido Sibilot hay que referir el sentido de la palabra. Los autores de los siglos XVI y XVII, especialmente Agripa d'Aubigné en la *Confesión católica del señor de Sancy*, emplean este término para significar un necio. El personaje es, sobre

todo, conocido por el pasaje siguiente, citado por M. Leber y tomado de un discurso de uno de los más violentos sectarios de la Liga, Juan Boucher, párroco de San Benito, y después rector de la Universidad de París y prior de la Sorbona.

«Lo que fué este Enrique (Enrique III), puede juzgarse por ese bruto impuro, por ese espantoso monstruo llamado Sibilot. Aunque no había nada más bajo, nada más propenso á la embriaguez y á la liviandad, nada más dado á mancharse de blasfemias, aquel rey mostraba ruidosa alegría, cuando lo veía con el palo en la mano y la espuma en la boca á la manera de un perro rabioso, todo cubierto de sanies y aullando como un lobo, asaltar ahora en palacio, ahora en la plaza pública, y poner en fuga á todos los que se ofrecían á su encuentro.»

El retrato no es lisonjero. Pero acaso es lícito pensar sin inverosimilitud que el hombre que aplaudió públicamente el asesinato de Enrique III (1), es harto sospechoso de parcialidad para que á cierra ojos se acepten sus juicios sobre Sibilot y su amo.

Enrique III no era para contentarse con un solo bufón: hubiera sido muy poco para un soberano que tenía

---

(1) Sabido es que Enrique III fué asesinado en las alturas de Saint-Cloud el 2 de agosto de 1589 por un fraile jacobino llamado Jacobo Clemente, que obraba por inspiración de su prior Bourgoing, de la duquesa de Montpensier, hermana de los Guisas y de los más rabiosos ligueros. El sitio de París por Enrique III de acuerdo con Enrique de Navarra debió ser abandonado por el nuevo rey Enrique IV.

ciertamente prendas reales, pero que, sin hablar ahora de sus hábitos licenciosos muy á la moda en su tiempo, se distinguía en la conducta ordinaria de la vida por una puerilidad, singular á lo menos. Pasaba días enteros rizándose el pelo, preparando collares para la reina, recortando y pegando en las paredes de sus capillas las estampas con que se adornaban los libros de devoción, jugando con perritos, monos y papagayos, volteando un trompo ó poniéndose hábitos de fraile para seguir á pié, con su rosario en la mano y salmodiando letanías, una larga procesión de penitentes blancos ó negros. Semejante príncipe había de ser aficionado á los locos: había tenido á Sibilot, tuvo á Chicot, y con Chicot y Sibilot á la ilustre Maturina, la primera loca agregada al servicio de un rey. Hasta entonces, sólo las reinas y las princesas habían tenido locas. Maturina parece haber sido mujer de ingenio y de carácter, aguda en la réplica (1), consagrada á la religión católica hasta emplearse por todos los medios en convertir á los hugonotes que encontraba á mano. Cuando Enrique III tuvo que salir de París, después de la jornada de las barricadas (12 Mayo 1588), dejando así el campo libre á la exorbitante ambición del duque de Guisa, Maturina se quedó en el Louvre como para guardárselo á sus reyes. Y el bibliófilo Jacob re-

(1) Véase la conversación de Maturina y Du Perron, hermano del célebre cardenal, en el capítulo I del libro II de la *Confesión Católica del Señor de Sancy*. La libertad de ciertas expresiones nos impide dar aquí un extracto de esta conversación.

fiere en su *Disertación sobre los locos de los reyes de Francia*, que cuando Enrique IV entró en París y fué al Louvre, que no había vuelto á ver desde la trágica noche de San Bartolomé, la primera persona que encontró en la escalera fué la loca Maturina, que acudía á saludar á su amo, como el perro de Ulises en la *Odisea*.

Maturina conservó su puesto en la corte de Enrique IV, y en ocasión memorable desempeñó un papel que L'Estoile nos da á conocer en su *Diario* de Enrique IV (1).

«El martes 27 de este mes (Diciembre 1594), como al volver el rey de su viaje de Picardía, entrara aún con las botas de camino en la habitación de Mad. de Liancour (Gabriela de Estrées), teniendo á su alrededor al conde de Soissons, al de Saint Pol y otros señores, se presentaron á S. M. para besarle la mano MM. de Ragni y Montigny. Estando en esta recepción, un tal Juan Chastel, mozo de unos diez y nueve años, hijo de un pañero de París, habitante en el palacio, hubo de deslizarse en la real cámara entre los demás y acercándose al rey sin que nadie lo advirtiera, in-

(1) Diario de Enrique IV, pág. 64.—Pedro de l'Estoile nació en París en 1540 y murió en 1611. Era escribano de cámara de la cancillería de Francia y aprovechó su posición oficial que le ponía en relaciones diarias con los mayores personajes, para llevar un Diario de todos los hechos importantes y curiosos que llegaban á su conocimiento. Este diario es una preciosa fuente de datos para los reinados de Enrique III y Enrique IV.

tentó herirlo en la garganta con un cuchillo que llevaba; pero habiéndose inclinado S. M. en el mismo instante para levantar á los que le hacían el besamanos, sólo le traspasó el cuchillo el labio superior quebrándole un diente. El rey que se sintió herido, miró en torno de sí, y viendo á Maturina, exclamó: ¡Diablo de loca! Ella me ha herido! Pero negándolo ella, corrió á cerrar la puerta y evitó que se escapara el asesino: el cual cogido así y registrado, dejó caer al suelo el cuchillo ensangrentado; con lo cual y sin más fuerza, confesó el hecho.

¿Fué el recuerdo del servicio prestado en esta ocasión lo que valió á Maturina la estimación de Enrique IV? Lo cierto es que el rey no dejó nunca de mostrarle afecto y á veces tuvo condescendencias con ella que había negado á los más altos personajes de su corte, como lo prueba la siguiente anécdota, referida también por l'Estoile.

«El 19 de Setiembre de 1596 comió el rey en las Tullerías con Maturina, la cual, mediante la gratificación de quinientos escudos que se le ofrecieron, logró audiencia del rey, aunque se lo hubiera expresamente prohibido, para M.^lle de Plancy, mujer del contador de deuda, cuyo marido estaba condenado á muerte por haber fracturado las arcas de su suegro en que estaban los caudales del rey.»

Enrique IV prometió el perdón, y esta gracia es una prueba del interés con que miraba á Maturina; pues sabido es que, por consejo de Sully, el probo é intran-

sigente reformador de nuestra hacienda, rara vez perdonaba á los defraudadores de las rentas públicas.

Maturina sobrevivió á Enrique IV y figuró en la corte de su sucesor. En 1622, todavía se cuenta en el número de los oficiales de la real casa con un sueldo de mil doscientas libras, lo que era considerable en aquel tiempo. Era muy conocida en las calles de París, donde los chicos la perseguían gritando: « ¡ Aga ! ¡ Maturina la loca ! » Verdad es que el traje que solía llevar no era para infundir respeto, antes bien se prestaba á los chistes y epígramas. Solía vestirse de amazona, armada de piés á cabeza, con su sombrero, su espada, su jubón y demás prendas de una guerrera. Entre las numerosas composiciones poéticas que se le dedicaron, una que apareció en 1608, titulada: *La Sagesse approuvée de Mad. Mathurine*, habla de su varonil aspecto.

Aun después de la muerte de Maturina, que debió de ocurrir en 1627, el recuerdo de la loca de Enrique III, de Enrique IV y de Luís XIII continuó vivo en la corte. Cuando en 1657, la reina Cristina de Suecia, hija del gran Gustavo, cansada del peso del poder, dejó sus Estados y vino á Francia á habitar el castillo de Fontainebleau, donde ordenó tranquilamente el asesinato de su caballerizo Monaldeschi, por secretos resentimientos, la opinión pública se pronunció tan enérgicamente contra ella y llegó á serle tan hostil, que se temió verla trasladarse á París, adonde había manifestado intención de ir, y se imaginó hacerla pa-

sar por una encarnación de Maturina la loca, á fin de obligarla á alejarse de la capital en cuanto hubiera entrado en ella. Las *Memorias* de un viajero holandés á la sazón en Francia, citadas por Aquiles Jubinal, en sus *Cartas á M. de Salvandy* (1846, en 8º), dan sobre este asunto los curiosos pormenores siguientes:

«El 5 (Diciembre 1657) supimos que se había preparado aquí (en París) un bello escrito para regalar á la reina Cristina, si hubiera venido, el cual debía de llevar por título *La Metempsícosis de la reina Cristina.* En él se hubieran visto muchas cosas buenas y entre otras buenas almas que la reina había tenido, se le daba la de Semíramis, que se disfrazaba también y que, ora hombre, ora mujer, desempeñaba papeles diferentes. *La última alma que se le daba era la de Maturina, aquella loca de la antigua corte.* Pero ahora que no vendrá, se ha suprimido el escrito, habiendo mandado el cardenal (Mazarino) al autor que la dejara en paz. Si hubiera venido, se habría publicado para obligarla á desalojar una ciudad donde se la pintaba con tan vivos colores.»

Sibilot y Maturina habían compartido con Chicot el grande honor de llevar el cetro de cascabeles en la corte de Enrique III.

Chicot, caballero gascón, criado en la casa de Villars Brancas, primero soldado, pasó á ser bufón de Carlos IX en 1572, según M. Jal. Lo cierto es que al principio fué un activo agente de la facción de los Guisas y de la Liga, y que con este título representó odioso papel

en la funesta noche del 24 de Agosto de 1572, en que una parte de la población de París, enardecida por el rencor y el fanatismo se lanzó contra la otra, transformando la ciudad en una horrible carnicería. Chicot con una cuadrilla de asesinos que mandaba su hermano, el capitán Raimundo, invadió el palacio de La Rochefoucault, el amigo de Téligny (1), y uno de los más brillantes jóvenes hugonotes, que desde el casamiento de Enrique de Navarra y de Margarita de Valois componían la servidumbre íntima de Carlos IX. Raimundo degolló fríamente á La Rochefoucault, á vista del bufón.

Durante el reinado de Enrique III, figura Chicot más de una vez armado de todas armas entre los más encarnizados batalladores de las guerras de religión. No era Chicot un bufón ordinario como Triboulet ni aun como Brusquet, sino un hombre de ingenio que hablaba francamente con todo el mundo. Recordó siempre que había sido soldado y conservó hasta el fin de su vida el buen humor y las maneras de su

(1) Luís de Téligny era yerno del almirante Coligny, jefe del partido hugonote y una de las celebridades más puras del siglo XVI. Sabido es que después del tratado de Saint-Germain, que terminó en 1570 la tercera guerra de religión, á fin de cimentar la unión de los católicos y protestantes, se decidió el matrimonio de Enrique de Navarra con Margarita de Valois más conocida con el nombre popular de *Margot*, hermana de Carlos IX. Los hugonotes acudieron en tropel de todos los puntos del reino á las fiestas del casamiento que se celebró el 18 de agosto de 1572. Seis días después ocurrió la matanza de San Bartolomé.

primera profesión. Alejandro Dumas, en sus dos novelas, la *Dama de Monsoreau* y los *Cuarenta y cinco,* hizo de él un personaje legendario; lo representa como un consejero muy hábil y un valiente y fiel servidor que da los mejores consejos á su amo Enrique III, y no como bufón preocupado solamente de hacer reir con sus gracias y donaires. Además se le llamaba el capitán Chicot, título que no se da comunmente á los bufones de corte.

El afecto á la casa de Lorena llevó á Chicot hasta el punto de querer prevenir, como se ha supuesto, á Enrique el Acuchillado la mañana de la fatal jornada del 23 de Diciembre de 1588, para desviarle de acudir á la cita de Enrique III (1). El hecho parece poco verosímil.

Chicot no debía de estar en el secreto de la tragedia que se preparaba. Enrique III no comunicó á nadie su designio, puesto que su misma madre, Catalina de Médicis, en quien podía confiar completamente, no estaba enterada de ello. Ni es creíble que el rey hubiera tenido la imprudencia de meter en el complot á un hombre que habia pertenecido á su formidable adversario. Fuera de esto, las palabras que se atribuyen á Chicot en

(1) Al subir el duque de Guisa la escalera del palacio de Blois para ir á la real cámara, donde le esperaban para darle muerte Loignac, Sainte-Malines y los otros *cuarenta y cinco* hubo de encontrar á Chicot sentado en un escalón y afilando una espada.

—¿Qué haces ahí, Chicot?—le preguntó el duque.

—¡Áh! estoy *afilando* mi espada—contestó el bufón.

esta ocasión, dado que fueran auténticas, no hubieran sido bastante eficaces para detener al Acuchillado, que ya se había mostrado sordo á más claros y directos avisos.

Sea como quiera, Chicot estuvo en la gracia de Enrique III, y pasó con Maturina al servicio de Enrique IV, como si ambos á dos hubieran formado parte del mueblaje de la corona. Sus antiguas convicciones de sectario de la Liga se avenían sin duda mal con las opiniones religiosas de su nuevo amo, porque hizo los esfuerzos posibles para decidir á Enrique IV á dar el salto mortal (1), si ha de creerse á L'Estoile:

«El rey quería mucho á Chicot, loco y todo como era y no llevaba á mal nada de lo que decía, lo cual era causa de que él tomara vuelos para hacer mil locuras. Cuando el duque de Parma (Alejandro Farnesio, gobernador de los Países Bajos, que ya en 1590 había venido otra vez á Francia, de orden de Felipe II para obligar á Enrique IV á levantar el sitio de París), cuando el duque de Parma vino á Francia, segunda vez, en 1592 (2), dijo Chicot al rey delante de todos: «Amigo mío, veo que todo lo que haces no te servirá de nada, si no te haces católico. Es preciso que vayas

---

(1) Sabido es que de esta manera significaba Enrique IV á Gabriela de Estrées su intención de abjurar de la religión calvinista para entrar en el gremio de la Iglesia católica, lo que tuvo efecto el domingo 25 de julio de 1593.

(2) Á fin de obligar á Enrique IV á levantar el sitio de Ruán, se gunda capital de la Liga.

á Roma y que te entiendas mano á mano con el papa y que todo el mundo lo vea; donde no, nadie creerá que te has convertido.»—Y otro día le dijo: «Amigo mío, ¿crees que la caridad que tienes ha de exceder á toda caridad cristiana? ¡Bah! Yo estoy en que, en caso necesario, darías hugonotes y papistas á los protonotarios de Lucifer á trueque de ser rey pacífico de Francia. Y así bien dicen los que dicen que vosotros los reyes no tenéis religión, sino en la apariencia.»

Las palabras eran audaces y honran la inteligencia de Chicot, mostrando que el antiguo sectario se había despojado ya del fanatismo de las guerras religiosas para afiliarse al partido de los *políticos*, es decir, de los que se preocupaban únicamente de la salvación del pobre país de Francia, esquilmado por treinta años de luchas civiles, y creían que la conversión de Enrique IV era el más seguro medio de acabar con tantos disturbios y agitaciones.

—Por Dios, amigo mío, decía otra vez Chicot á su amo; guárdate de los de la Liga porque pudieras caer en manos de alguno que te colgaría como un embutido, escribiendo luégo en tu horca: «En el escudo de Francia y de Navarra hay buen alojamiento para permanecer siempre». Esto es peligroso para el paso de víveres.

Bueno era el consejo. Si realmente lo dió Chicot, hay que felicitar á Enrique IV por haberlo seguido. Los acontecimientos ulteriores mostraron que el bufón

había hablado como el más sagaz hombre de Estado, y con razón predicho que sólo la conversión de Enrique IV le abriría las puertas de las ciudades de Francia. Pero Chiçot no pudo ver el gran acto del 25 de 1593, por el cual, entrando en el gremio de la Iglesia católica el bearnés, entraba también en posesión de este reino, por cuyas sendas andaba errante como un aventurero, hacía veinte años, con una coraza abollada por las balas y las mangas agujereadas por los codos. El bufón real murió á consecuencia de una herida que recibió en el sitio de Ruán, en 1592, en circunstancias bastante singulares.

Según su costumbre, pagaba bravamente con su persona en el momento del asalto intentado por las tropas reales. Llegó á apoderarse del conde de Chaligny, uno de los principales jefes de la Liga y se lo presentó á Enrique IV diciendo :—Toma, te doy este prisionero que me pertenece.—Al oir esto el conde, juzgó que solamente Chicot podía dirigirse al rey con tanta familiaridad, y exasperado de verse prisionero de un bufón, se arrojó sobre él, recobró su espada, que le había entregado, y le asestó un golpe terrible en la cara. Fué preciso llevarse á Chicot, gravemente herido, á Pont-de-l'Arche.

En la estancia donde lo pusieron había también un soldado moribundo, y habiéndose presentado el cura del lugar á confesarlo, se negó á darle la absolución por estar al servicio de un rey hereje. Chicot se levantó indignado y apostrofó con tanta violencia al cura,

amigo del duque de Mayena (1), que espiró dos días después. Murió como fiel realista, después de haber servido á Enrique IV como buen soldado é ilustrado consejero. Aquí desaparece el bufón para dar lugar al servidor de un rey, cuya mayor gloria consiste en haber creado en torno suyo tanto entusiasmo y abnegación. Leyendo estos detalles sobre la muerte del capitán Chicot, no se sospecharía que se trata de un sucesor de Sibilot ó el *notario de Lorris;* porque en verdad, no era así cómo acababan los bufones de corte.

---

(1) Carlos de Lorena, duque de Mayena, hijo segundo de Francisco de Guisa (1554-1611); era hermano de Enrique el Acuchillado y del cardenal de Lorena. Después de la tragedia de Blois, tomó el título de jefe de la Liga, y á la muerte de Enrique III el de teniente general del reino. Pero á pesar de sus talentos militares, no pudo levantar la Liga del descrédito en que la hundieran las violencias del comité de los Diez y seis, que fué el comité de salud pública del Terror del siglo XVI, con la diferencia de que los Diez y seis no defendían el país contra el extranjero, sino que querían entregarlo á España.

VII

Los bufones de corte.—Maese Guillermo.—Angoulevent.—Marais.—Juan Doucet.—Angely.—Últimos bufones de corte del antiguo régimen.—Los farsantes y gesteros del Directorio.

El sucesor de Chicot, en la corte de Enrique IV, fué un verdadero bufón, que no se parecía á la víctima del conde de Chaligny sino por su ardiente fanatismo por la Liga y su aversión á los protestantes. Había sido boticario de Louviers y se llamaba Guillermo Marchand ó Le Marchand. En la toma de Louviers por las tropas de Enrique IV, en 1591, hubo de recibir en la cabeza una herida de alabarda, y aquella herida perturbó sin duda su inteligencia, pues por aquella época figura ya como bufón al lado del joven cardenal de Borbón, hijo segundo del príncipe Luís de Condé y sobrino de aquel otro cardenal de Borbón que saludó la Liga con el nombre de Carlos X en 1589, á la muerte

de Enrique III, y que no fué más que un *rey pintado,* retenido en prisión hasta su muerte por Duplessis-Momay, gobernador de Angers por cuenta de Enrique IV.

Del servicio del cardenal, Maese Guillermo, como lo llamaban, pasó á la corte de Enrique IV, á quien divirtió con sus facecias que recordaban la agudeza legendaria del campesino normando. Siempre tenía dispuesta la contestación, aun cuando parecía más embarazado, por las preguntas de sus interlocutores; bien que á veces la respuesta no fuera sino una derrota, como la que dió una vez al cardenal Du-Perron.

Maese Guillermo, que tenía ideas singulares, declaró cierto día que en tiempo del diluvio había estado en el arca de Noé con su mujer y sus hijos.

—¡Buena es esa! — exclamó el cardenal. — En el arca de Noé no había más que ocho personas: Noé, su mujer, sus tres hijos y las mujeres de sus tres hijos.

—Muy cierto—contestó Maese Guillermo.

—Tú no eras Noé.

—No, por cierto.

—Tampoco serías su mujer.

—Creo que no.

—Ni ninguno de los hijos de Noé.

—Tampoco.

—¿Serías una de las mujeres de sus hijos?

—No lo creo.

—Pues bien—repuso el cardenal—ó no estabas en el arca ó eras un animal, porque á excepción de las

ocho personas referidas, no había más que animales en el arca.

Maese Guillermo quedó desconcertado por la lógica de este argumento; pero contestó sin embargo:

—Cuando se habla de los amos no se mienta á los criados: yo era criado de Noé.

La ocurrencia no tenía nada de ingeniosa: el bufón no estaba de vena aquel día. Pero debe reconocerse en descargo del pobre diablo, que el cardenal Perron, bien que príncipe de la Iglesia y hábil hombre de Estado, era para nuestro loco un rudo adversario.

Maese Guillermo sobrevivió á Enrique IV y conservó su oficio en el reinado de Luís XIII. Es de creer que adquirió cierta popularidad, porque su nombre se encuentra en los títulos de multitud de publicaciones, que no eran en su mayor parte más que líbelos del género de aquella época hostil á los favoritos y á los grandes señores. Á veces se encuentra citado con Maturina y con Guérin, que era el bufón de Margarita de Valois, primera mujer de Enrique IV. Se han recogido hasta setenta y dos obras de esta indole entre los escritos de aquella época. Y no son solamente autores de poco crédito los que tomaron el nombre de Maese Guillermo para firmar sus libelos; el mismo Regnier hizo al bufón el honor de publicar con este nombre tan conocido su *Sátira* 14.ª

Si hemos de dar fe á L'Estoile, Maese Guillermo mismo iba á vender por las calles y, sobre todo, en el Puente Nuevo, que era el punto de reunión de todos

los titiriteros y charlatanes de la época, algunos libelos parecidos. «He dado hoy (16 set. 1600) á Maese Guillermo, dice el cronista, por cinco bufonadas de su cosecha, que llevaba á distribuir él mismo, cinco sueldos; me han hecho reir más que valen los cinco sueldos.»

Maese Guillermo tuvo un colega en la corte de Enrique IV y de Luís XIII, Nicolás Joubert, señor de Angoulevent, que había tomado el título de *príncipe de los tontos* y pertenecía á aquella cofradía burlesca que, en la Edad media, representaba las piezas llamadas *soties*. Esta cofradía solía reunirse con los pasantes de la *basoche* ó el Palacio de Justicia, cuando sus socios celebraban sus fiestas, que por lo común degeneraban en verdaderas bacanales. Un diario inédito del reinado de Enrique IV, conservado en la Biblioteca Nacional, refiere que Angoulevent, príncipe de los tontos, presentó querella contra un barbero que le había azotado cruelmente; pero se declaró que el príncipe de los tontos había merecido este castigo por haberse dejado llevar á culpables violencias, y se dió por *bien castigado*. El mismo diario nos presenta igualmente al príncipe de los tontos compareciendo en justicia contra los comediantes del Hotel de Borgoña. Sabido es que estos cómicos eran los herederos y sucesores de los *Cofrades de la Pasión* y *Resurrección de Nuestro Señor*, *fundada en la iglesia de la Sma. Trinidad,* en París, que habían sido autorizados por un decreto de Carlos VI en 4 de diciembre de 1402, para

representar los *misterios y otros juegos de personajes.* Angoulevent ganó esta vez el pleito. « Ganó su causa contra los maestros de la Cofradía de la Pasión y administradores del Hotel de Borgoña, por la precedencia y muchos derechos que pretendía el dicho príncipe de los tontos.»

Estos derechos consistían en tener una localidad en el Hotel de Borgoña con entrada por la puerta principal y la precedencia en las reuniones ó juntas de los maestros, administradores y comediantes del hotel. Hasta sucedió un día que no habiendo cumplido el príncipe de los tontos ciertos compromisos contraídos, hubo de embargarle el acreedor esta localidad.

Angoulevent se opuso ante el preboste de París. Su localidad, dependencia de su dominio, decía el bufón, no estaba sujeta á tales trabas; y en cuanto á la prisión por deuda que el acreedor había solicitado, Angoulevent la rechazaba en su calidad de príncipe. El acreedor apeló al parlamento de París. El pleito llegó al alto tribunal el martes gordo de 1608, y el Parlamento, después de haberse solazado un poco con esta causa de carnaval, desestimó el recurso del acreedor y confirmó el juicio de primera instancia.

Angoulevent no se limitó á ganar pleitos; sino que también se procuró triunfos en la corte, desde el tiempo de Enrique IV. Pero solía suceder que las cosas le salieran al revés de cómo las esperaba.

« El jueves 22 de enero de 1604, dice L'Estoile, saliendo el rey del Louvre, acompañado del Padre Cot-

ton (1), Angoulevent que se encontraba allí comenzó á gritar diciendo: *¡Viva el rey y el P. Cotton!* á lo cual un gentil-hombre que acompañaba á S. M. le asentó el bastón reciamente en las costillas para enseñar á Maese loco á no dar compañeros al rey, lo cual dió mucho que reir.»

Angoulevent fué más afortunado sin duda en sus esfuerzos para agradar á Luís XIII, bien que, según parece, no hubiera sido bufón con título de oficio. El hijo de Enrique IV era en efecto aficionado á rodearse de bufones, y no ha de verse en él al aburrido que suele representarse. Ayudaba, por su parte, á Richelieu á gobernar á Francia y *á levantar el nombre del rey en las naciones extranjeras;* pero tenía en el alma un fondo de melancolía, efecto acaso del estado de su salud (2): y se complacía en las face-

---

(1) Pedro Cotton, jesuíta, nació en 1564 en Neronda (Loira) y murió en 1629. Fué llamado á la corte de Enrique IV por el mariscal de Lesdiguières, cuya hija (Mlle. de Créqui), había convertido. El rey que había olvidado en apariencia el atentado de Juan Chatel, cuya instigación se atribuía á los jesuítas, lo tomó por confesor en 1604; y hábil discípulo de Loyola, supo ganar de tal manera la confianza de su real penitente, que, á pesar de la oposición del Parlamento y de la universidad, obtuvo la vuelta de la compañía, desterrada desde 1594.

(2) Luís XIII era de muy buena salud; pero los procedimientos de la ciencia médica se la arruinaron desde muy temprano. En un solo año, su médico Bouvart lo sangró *cuarenta y siete veces,* hízole tomar *doscientas doce* purgas y *doscientas quince* lavativas. El desgraciado príncipe murió á los cuarenta y dos años. ¿Qué constitución hubiera podido resistir más tiempo el tratamiento de aquellos *médicos de Molière?*

cias de los bufones que le distraían de su mal humor.

Hasta parece que los admitía en sus conferencias con los hombres de Estado más graves, porque Sully, que pronto iba á retirarse á sus tierras, hubo de decir al rey un día:

—« Señor, cuando el rey vuestro padre, de gloriosa memoria, me hacía el honor de consultarme sobre los negocios de su reino, comenzaba por mandar que se retiraran los bufones.»

Se ignora si esta lección tan merecida hizo impresión en el ánimo de Luís XIII, y si dejó de mezclar á sus bufones con sus ministros al rededor de la mesa de su consejo; pero á buen seguro no rompió aquel día con sus favoritos ordinarios.

Á Maese Guillermo y Angoulevent había añadido además otros grotescos personajes, como aquel Marais de que habla Tallemant des Reaux en sus *Historietas* y que al parecer tenía ingenio, aunque no constantemente (1).

« Luís XIII, refiere Tallemant, disgustado del libertinaje de Moulinier y de Justice, músicos de su capilla, que no le servían muy bien, les redujo á la mitad sus emolumentos, y Marais les inspiró un medio para hacer que se los restablecieran. Los dos fueron con él á

(1) Gedeón Tallemant des Réaux, hermano de Francisco, que fué 24 años capellán de Luís XIV. Alto empleado de administración, aprovechaba sus ocios recogiendo multitud de anécdotas curiosas y cuentos divertidos que suele referir sin cuidarse mucho del decoro del lector.

bailar una mascarada medio vestidos; el que tenía jubón, no tenía calzones.—¿Qué quiere decir esto? preguntó el rey.—Es, señor, que los que están á medio sueldo no pueden tener traje entero, contestaron los músicos y danzantes. El rey celebró el chiste y los volvió á su gracia.»

Tallemant nos refiere otro rasgo de Marais:

«Estando M. de Epernon con el difunto rey, dijo S. M. á Marais que remeda á todo el mundo: Remeda á Epernon, cuando está malo.—¡Hola! Traedme á Blas (era su bufón).—Monseñor, imposible.—¡Cómo se entiende! ¡Á un hombre de mi condición!—Si se murió hace dos meses!—Traédmelo á pesar de todo. M. de Epernon se reía con la risa del conejo. El rey salió luégo y Marais quiso pedirle perdón.—No, no, le dijo; jamás ví mejor bufón que tú.»

Marais que se burlaba de Epernon, uno de los señores más encopetados de Francia, duque y par, almirante, coronel general de la infantería francesa, gobernador de Metz, de Normandía, de Provenza, de Guyena y que era respetado por aquel antiguo mancebo de Enrique III, fué menos afortunado con el cardenal Richelieu. Luís XIII tuvo un día el gusto de afeitar á su bufón; pasatiempo de príncipe ocioso. Pero un príncipe, así fuera descendiente de san Luís y rey de derecho divino, no sabría nada, ni aun hacer la barba, sin previo aprendizaje. Marais halló la operación dolorosa y mal hecha; y así cuando el burlón de su amo le pidió el precio de su trabajo, sacó de su

escarcela el bufón quince sueldos y se los dió al rey. —Es poco, dijo Luís XIII.—¡Bah! exclamó el bufón; ya te daré el doble, cuando llegues á maestro.

La contestación del bufón desagradó, no al rey, sino á Richelieu, que la tuvo por insolente para la majestad real y despidió al bufón para que supiera que el primer deber de un súbdito fiel es dejarse desollar vivo sin quejarse, cuando todo un rey le hace el honor de encargarse de la operación. Marais recobró luégo su puesto, pero no hasta la muerte del Cardenal.

Con maese Guillermo, Angoulevent y Marais, tuvo Luís XIII otro bufón llamado Juan Doucet. Tallemant des Réaux nos lo presenta en estos términos:

«El difunto rey encontró un ingenuo campesino en no sé qué villajo hacia Saint-Germain. Quiso divertirse con él y le hizo acercarse.—Y bien, señor, le dijo este hombre, ¿están por allá los trigos tan lozanos como por acá?—El rey le cobró estimación y se lo llevó á Saint-Germain. Allí se puso á jugar con él al tejo y le ganó diez sueldos, por lo cual se daba el palurdo á todos los diablos. El rey estaba tan satisfecho que llevó los diez sueldos á Ruel para enseñárselos al Cardenal. Un día le dió el rey veinte escudos de oro; tomólos el palurdo y dijo: «Ya os volverán, señor, ya os volverán. ¡Cargáis tanto la mano en el impuesto sobre nosotros los pobres!» Hízosele una inocente (especie de bata de mujer) de escarlata con adornos de oro y se le envió á su pueblo, de donde venía dos ve-

ces por semana á ver al rey. Una vez volvió sin la inocente, y dió por disculpa que era día de fiesta y que cuando iba á misa quitaba la devoción con ella, pues las gentes en vez de rezar no hacían sino mirar la túnica. La familia de este hombre recibió del rey algunos beneficios. Yo creo que el bufón murió al mismo tiempo que su amo. Sus sobrinos llamados los *Juan-Doucet,* quisieron obtener su puesto; pero no sirven para bufones.»

Á estos sobrinos alude sin duda Mad. de Sevigné, cuando en una carta dirigida á Bussy-Rabutin (1) con fecha 18 de marzo de 1678 los compara de un modo irreverente con Boileau y Racine agregados al ejército de Luís XIV en calidad de cronistas, durante la guerra de Holanda. «Paréceme que tienen el aire de dos *Juan-Doucet.*»

Juan Doucet no fué bufón de corte, es decir, no tuvo título de oficio, pues no se presentaba en la corte sino dos veces por semana. El último personaje que ejerció este oficio es el célebre Angely ó Langely, de quien habla Boileau en su primera sátira titulada *La partida del poeta.* (Verso 109).

---

(1) Roger, conde de Bussy-Rabutin, primo de Mad. de Sévigné (1618-1693). Combatió contra las tropas reales en las Frondas, y habiendo vuelto á la gracia del rey, tuvo el talento de perderla de nuevo por haber cantado irrespetuosamente los amoríos de Luís XIV. Dejó una especie de crónica de las costumbres galantes de su tiempo y *Cartas,* que son muy inferiores á las de su ilustre parienta.

Un poète á la cour fut jadis à la mode;
mais des fous aujourd' huy c' est le plus incommode,
et l' esprit le plus beau, l' auteur le plus poli,
n' y parviendra jamais au sort de l' Angely (1).

La primera sátira de Boileau se compuso en 1660. Puede creerse que en esta fecha estaba en todo su auge Angely. M. Jal, contra la opinión generalmente recibida, cree que pertenecía á una familia de posición modesta y aun pobre. Su padre Felipe Langely, hubo de ser sastre de libreas de corte. La familia estaba en relaciones con los criados de la casa de Condé, porque Esteban de Luppe, caballerizo del príncipe de Conti, fué padrino de una niña hija de un pariente de este Felipe Langely. Probablemente por mediación de Luppe sería introducido nuestro bufón en la casa, donde sirvió al principio como mozo de cuadra. El duque de Enghien, después el gran Condé, lo llevó consigo, en 1643, al ejército de Champagne, que iba á ganar la victoria de Rocroi, y como le cayó en gracia por su ingenio, lo tomó por bufón. Angely no abandonó á su amo durante las Frondas (2). Después de la segun-

(1) En otro tiempo fué moda un poeta en la corte—pero ahora privan los bufones—y el más sutil ingenio, el autor más culto,—no llegará nunca á tener la suerte de Angely.

(2) Sabido es que se designan con el nombre de *Frondas* las dos guerras civiles que desde 1648 hasta fines de 1652, agitaron el reino de Francia, durante la minoridad de Luís XIV. La primera guerra, llamada *Fronda parlamentaria*, es la importante, pues tendía á compartir el poder público entre la monarquía y los parlamentos. La se-

da de estas guerras civiles, lo dió Condé, no á Luís XIII, muerto hacía ya doce años, sino á Luís XIV. El bufón no perdió en el cambio. Todos le daban dinero; unos para recompensarlo por los buenos ratos que les hacía pasar; otros para comprar su silencio y ahorrarse el disgusto de verse ridiculizados por él. Asistía casi siempre á la comida del rey, de pié, detrás de su silla y desde allí lanzaba impunemente sus dardos á los asistentes. Así, era muy temido. «Yo estuve un día, dice Ménage, á la mesa del rey, estando en su puesto Angely, á quien no quise hablar, temiendo que dijera algo de mí.»

De los personajes á quienes más persiguió con sus sátiras, fué Guillermo Bautru, ingenio muy agudo é inagotable, que por espacio de cincuenta años fué el favorito de los grandes y de los ministros. El oficio de bufón de sociedad era lucrativo: Bautru debió á él haber sido conde de Séran, embajador de Holanda, de España y de Inglaterra, y aun uno de los primeros *cuarenta* de la Academia francesa. Un día que Angely estaba en una reunión, donde hacía tiempo que ejercía de bufón, acertó á presentarse Bautru. En cuanto Angely lo vió: «Amigo mío, le dijo, vienes muy á

gunda, llamada *Fronda de los príncipes* ó *de los petimetres* no fué más que un levantamiento de los grandes señores, semejante á tantos otros de los reinados precedentes. Los contemporáneos, que no tomaron en serio estas guerras, la primera sobre todo, les dieron el nombre de *Frondes*, aludiendo á un juego de muchachos muy en moda entonces en París.

propósito para secundarme; me cansaba de estar solo.» Bautru pasó sin contestarle: generalmente se desdeñaba de hablar con el bufón.

Pero Angely perseguía igualmente á toda la familia. El conde de Nogent, hermano de Bautru, fué igual-



L'Angely, bufón de Luis XIV.

mente maltratado, y un día que asistía á la comida del rey y se acercaba respetuosamente con el sombrero en la mano, le alcanzó el bufón y poniéndose el sombrero, le dijo: «Cubrámonos, amigo mío; esto no tiene consecuencia para nosotros.»

Desgraciadamente para Angely, no todas sus víctimas aceptaban sus burlas con la filosofía que casi siempre mostraba Bautru. El conde de Nogent murió,

según dicen, de pesar por haberse visto comparado con el bufón en presencia del rey. Otros personajes, menos sensibles, pero más rencorosos, intrigaron tan hábilmente que lograron al fin que se despidiera al burlón, que fué á meditar en el retiro sobre el peligro que se corre en picar en lo vivo el amor propio de los poderosos.

Angely fué el último bufón con título de oficio. No consta que Luís XIV hubiera cubierto la plaza ni aun con aquellos bufones de casualidad ó de encuentro como lo había sido Juan Doucet, á menos que no se considere á Dufresny (1) como tal bufón, tomando en serio las palabras de Vauban. En la cena que siguió á la toma de Lille, durante la guerra de la *devolución*, ó de los *derechos de la reina*, á fines de agosto de 1667, ordenó Luís XIV á Dufresny que cantara alguna copla en honor de las armas francesas. Dufresny, que no estaba bien con Marte ni con Belona, prefirió cantar

---

(1) Carlos Rivière Dufresny (1648-1724) descendía de la Bella Jardinera de Anet, según parece. Era muy hábil en dibujar adornos de jardín y él fué quien introdujo el gusto de los jardines ingleses. Luís XIV, que le estimaba mucho, le nombró administrador de los jardines reales y le dió el privilegio de una manufactura. Pero era jugador y libertino y vendió su empleo y su privilegio para hacer dinero, acabando por escribir comedias que rebosaban de ingenio y buen humor. Se casó con su lavandera, que tenía algunos ahorros. Cuando anunció á Luís XIV su casamiento y su intención de abandonar la corte:—¿Y quién me hará reir de tan buena gana? dijo el rey. Luégo añadió:—En fin, vete y cuando se te acabe el dinero, acuérdate de mí. De este modo te veré pronto y á menudo. Y así fué.

su canción de las *Vendimias*, que fué muy aplaudida. —¿Quién es ese caballerito? preguntó una dama á Vauban.—Ese caballerito, contestó el grave ingeniero, es el bufón del rey.—Dice muy bien Vauban, añadió Luís XIV, que había cogido al vuelo la palabra. Acuérdate, Carlitos; eres el bufón del rey: que haya un loco entre tantos cuerdos no es mucho.

Pero si no hubo ya bufones con título de oficio, lo que se explica por el progreso general de las costumbres, la mayor cultura de la corte, y el refinamiento del gusto en la elección de los espectáculos y diversiones, no hay que deducir de ello tampoco que hubieran desaparecido absolutamente, y no se conocieran en el siglo XVIII. Los príncipes reales, los grandes señores conservaron la moda de tener bufones entre sus criados. El delfín, hijo de Luís XIV, tenía uno llamado Maranzac, que en 1711, después de la muerte de su amo, pasó al servicio de la duquesa de Borbón-Condé; y esta princesa se divertía de tal manera con las facecias de su bufón, que lo prefería, según parece, á Fenelón y á Fontenelle. El conde de Tolosa, hijo de Luís XIV y de madama de Montespan, tuvo igualmente un bufón. Cítase también un bailarín bufo ó grotesco, llamado Ballon, que figuró en la corte de Luís XV; y el sabio y agudo Grosley (1) refiere en

(1) Abogado y literato (1718-1785), se dió á conocer con muchas obras de jurisprudencia y otras menos graves en que hace gala de erudición é ingenio.

sus *Memorias de la Academia de Troyes*, que vió en 1738 al bufón del cardenal de Fleury:

«En 1738, tuve el honor de hablar algunos momentos en la Muette (bosque de Boloña) con el loco del cardenal de Fleury, que había venido en el séquito de la corte. Estaba vestido de cardenal, con su solideo rojo, su sombrero con presilla de oro, sus medias rojas y sus hábitos de púrpura; y montaba una mula caparazonada como en Roma las de los cardenales. Los cortesanos le daban tratamiento de monseñor. Este hombre, natural de Provenza, contaba ya sesenta años y no tenía nada de Salomón.»

Finalmente, si hemos de dar fe á M. Jacob, la misma María Antonieta hubo de restablecer la antigua costumbre real.

«En el palacio de Versalles vivía aún, hace pocos años, un anciano de blancos cabellos, rodeado de muebles viejos, de cuadros y tapices viejos, y de una multitud de reliquias de las modas de Luís XVI, monumento del papel que había desempeñado en aquel reinado: era el bufón de María Antonieta. Enseñónos, llorando, algunos granos de café que había recibido de aquella desdichada reina, á la cual dijo entonces: «Siento por la primera vez que una reina tan grande tenga una mano tan pequeña.» Versalles, vacío de sus reyes, había conservado un loco de corte como una ruina viva de la antigua monarquía.»

La revolución de 1789 barrió los bufones de corte y los bufones domésticos con las demás instituciones

del antiguo régimen; pero no pretendió borrar en el corazón del hombre la necesidad de reir, de buscar distracciones en las tristezas de la vida, que es como el fondo de la naturaleza humana, y sobre todo, del



Ballón, bailarin en tiempo de Luís XV.

carácter francés. Los bufones tuvieron pues sucesores: los farsantes y gesteros, los Giles y Micelinos se presentaron en las cenas de los petimetres, de los *incroyables*, de la juventud dorada del club de Clichy. Tallien y sobre todo Barras les ofrecieron franca hos-

pitalidad, y algunos de ellos conquistaron fama, casi gloria, en las fiestas que presidían las *Merveilleuses*, y



Pantalón. Giles. Micelin (Directorio).

la más célebre de todas, la bella Teresa Cabarrús (1) vestida á la griega,

Faisant de ses pieds nus craquer les anneaux d'or

Fué una época feliz para los graciosos de sociedad, los autores de facecias y los burladores. Estos últi-

(1) Teresa Cabarrús, hija de un banquero español, nació en Zaragoza en 1775 y se casó á los 14 años con un consejero del parlamento. Divorciada luégo, enamoró á Tallien, entonces comisario de la Convención en Burdeos. Fué reducida á prisión después de la partida de Tallien, y el peligro que corría fué, según se cree, lo que decidió á Tallien á precipitar el golpe de Estado del 9 Termidor en que pereció Robespierre (27 julio 1794). Tallien se casó en seguida con Teresa.

mos, sobre todo, hicieron gran fortuna. No fueron ellos los inventores del género. Ya el poeta Santeuil (1) en el siglo XVIII y algunos abates cortesanos se habían hecho famosos con gracias que nos parecen hoy del peor gusto. Estas tradiciones hubieron de despertarse en el presente siglo al conjuro de Grimod de la Reynière, de Romieu, etc. (2). En ellos, sobre todo, hay que ver á los herederos y como continuadores de los bufones con título de oficio y de aquellos divertidores tan del gusto de príncipes y magnates del antiguo régimen.

---

(1) J.-B. Santeuil (1630-1697), poeta latino moderno, más célebre por su buen humor y gracejo que por sus versos.

(2) Grimod de la Reynière es el célebre autor del *Almanach des Gourmands.* En cuanto á Romieu, no hay un hombre de la generación de 1848, que no conserve un recuerdo de sus increíbles chanzas, lo que no impidió que llegara á ser prefecto del segundo imperio.

VIII

Los bufones de corte en el extranjero.—En Inglaterra.—
En Alemania.—En Italia.—En Rusia.—En el Cáucaso.
—En África.

Los bufones de corte no son, como se ha visto, un producto particular del suelo galo. Así como hubo en la antigüedad bufones afectos á la persona de los soberanos y altos personajes, húbolos en la Edad media y en los tiempos modernos en todos los pueblos de Europa. Hasta los hay actualmente entre los negros de África, y en la Mingrelia, al lado de los príncipes del Cáucaso.

Los reyes de Inglaterra tuvieron bufones como los de Francia. Á falta de otros documentos para establecer la verdad de esta aserción, pudiéramos limitarnos á recordar las escenas del *Rey Lear* en que Shakspeare nos presenta el loco de este infortunado príncipe. En

esta parte del drama, el poeta pone evidentemente en el teatro los usos de su tiempo ó de tiempos recién pasados. El rey Lear estima á su bufón que no le abandona, en medio de la ingratitud de sus hijas y de sus servidores. No le habla sino en los términos más cariñosos y tiernos; le llama amigo y hasta hijo (1). Por lo demás este loco es una especie de filósofo epicúreo y escéptico, más bien que un verdadero bufón. Se expresa casi siempre con proverbios, dando consejos á su amo, procurando animarle y mostrándole las cosas por su verdadero punto de vista (2). No es Triboulet ni Brusquet; es un *morósofo*, un bufón discreto, prudente, compasivo, que siente la desgracia de su amo y se esfuerza en distraerle á veces con bufonadas, como en la escena de la maldición durante la tempestad (3), y más á menudo con discursos en que une el buen sentido, natural ó propio de un sabio, á la familiaridad ordinaria de un loco.

Pero no estamos reducidos á esta sola cita para probar que ha habido bufones en la corte de Inglaterra; vamos á nombrar locos que han existido realmente. Entre estos bufones auténticos, uno de los más conocidos es Will Summers, que estuvo al servicio personal de Enrique VIII. Era hijo de un pobre pastor del condado de Northampton, y había sido

---

(1) Acto III, escena II.
(2) Acto III, escena IV.
(3) Acto III, escena II.

algún tiempo criado de cierto Ricardo Farmor, víctima de la tiranía de Enrique VIII. Sabido es que este príncipe, especie de Barba-Azul coronado, tuvo seis mujeres (1), de las cuales envió dos al cadalso (2) y por poco no envía otra más, pretendiendo al cabo de diez y ocho años de matrimonio, haber reconocido la irregularidad de su unión con Catalina de Aragón, tía de Carlos V. Catalina se había casado efectivamente en primeras nupcias con el príncipe Arturo, hijo mayor y heredero presunto del rey de Inglaterra Enrique VII; pero habiendo muerto este joven antes que su padre, Enrique VII, que era muy avaro, por no dar la dote á Catalina, resolvió que esta princesa se casara con el segundón Enrique, ya príncipe de Gales y luégo rey de Inglaterra con el nombre de Enrique VIII. Ahora bien, el *Levítico* lo dice: «¡Ay del que tome la mujer de su hermano!» Enrique VIII pidió en 1527 al papa Clemente VII autorización para repudiar á su mujer. El pontífice, prisionero entonces de las tropas de Carlos V en Roma, y puesto, como él mismo decía, entre la espada y la pared, quiso ganar tiempo esperando encontrar un medio de salir del conflicto sin ofender á ninguno de ambos y poderosos monarcas. Pero Enrique VIII, tanto más anheloso de acabar, cuanto que estaba enamorado ciegamente de Ana

---

(1) Catalina de Aragón, Ana Bolena, Juana Seymour, Ana de Clèves, Catalina Howard y Catalina Parr.

(2) Ana Bolena y Catalina Howard.

Bolena, manifestó resueltamente su intención de romper con Roma, si el papa no accedía pronto á sus deseos. Algunos eclesiásticos protestaron inmediatamente contra estos designios, manifestados tan resueltamente, y fueron proscritos por el rey. El amo de Will Summers, Ricardo Farmor, que dió algunos socorros á estos eclesiásticos, fué acusado, preso y reducido á prisión.

Esta desgracia arruinaba á Will Summers, que se hallaba sin recursos ni medios de subsistencia. Se trasladó á Londres, entró en casa de un cortesano y se hizo notable por la originalidad de su ingenio, por sus agudezas y chuscas ocurrencias. Su amo, menos rico de ingenio que el bufón, se apropiaba sus donaires y tenía en ello cierta vanidad ; sólo que era poco natural que se hubiera hecho tan pronto agudo y sutil, de necio y obtuso que se le había conocido siempre. Algunos curiosos se dieron á investigar la causa de la metamórfosis y llegaron á descubrir que las facecias del amo se debían al ingenio de su criado. Enrique VIII, que tuvo noticia de esto, quiso ver á Summers y gustó de su conversación hasta el extremo de no poder separarse de él, por lo cual lo conservó á su lado. Hasta encargó á su pintor ordinario Holbein (1) que hiciera

(1) Holbein, uno de los primeros retratistas del siglo XVI, nació en Augsbourg en 1498. Desde 1526 hasta su muerte, ocurrida en 1554, vivió casi siempre en Inglaterra, adonde Enrique VIII le había atraido y le retuvo colmándole de beneficios.

el retrato del insigne bufón. Dos existen de Enrique VIII en que el rey está acompañado de su bufón: uno, firmado por Holbein, se conserva en Londres en la sala de reunión de la sociedad de anticuarios; otro, que es una miniatura de un Salterio, escrito por John Mallar, secretario y capellán del rey, se conserva en el *British Museum*. Además, dos pinturas de Holbein representan á Summers con los atributos de sus funciones, un cuerno en la mano, y las iniciales H. R. (*Henricus Rex*), grabadas en el pecho (1).



Will Summers, bufón de Enrique VIII. (De Holbein.)

El afecto que Enrique VIII demostraba á su bufón favorito era tal, que el otro valido, el serio, el cardenal Wolsey, llegó á veces á tener celos, y se empeñaba una lucha de epígramas entre el bufón y el príncipe de la Iglesia. Este último, hijo de un carnicero de Ipswich, había llegado á ser á fuerza de habilidad y de intrigas el ministro omnipotente del rey de Inglaterra. Y todavía aspiraba á la tiara pontificia.

---

(1) En la Torre de Londres se conserva un casco que llevaba Summers, cuando en los torneos grotescos organizados en la corte servía de heraldo ó de paje á los caballeros disfrazados.

Este candidato al papado, tenía entre muchas manías singulares, la de rodearse de colosos, y así para complacerle era menester enviarle hombres de alta estatura. Destinábalos á su servicio personal, y vestido con la púrpura romana divertía verlo en medio de aquellos gigantes adornados con sendas cadenas de oro, de grueso tamaño. Summers le ridiculizaba á menudo por esta extravagancia y también por su avaricia, conocida en toda Inglaterra. Por hábil que fuera el cardenal, no siempre decía la última palabra, la más ingeniosa y aguda en sus contiendas con el bufón. Tampoco el bufón se limitaba siempre á palabras, sino que solía darle también chascos de su oficio, y entre otros, el siguiente:

Volvía el bufón de visitar á Putch, bufón del cardenal, y Enrique VIII le preguntó si había bebido buen vino.

—No se puede ya beber mejor—contestó Summers.

—¿Ni aun en mi mesa?

—Tampoco.

—Pues yo tengo los mejores vinos de Europa.

—El cardenal tiene en su casa un barril que vale por todos los de la bodega real.

—¡Imposible!

—No lo daría él por ocho mil libras.

—¡Imposible!

Ante el asombro del rey refirió Summers que, habiéndose deslizado con Putch en la despensa reservada del cardenal, había visto, entre muchos barriles

vacíos, uno lleno completamente de monedas de oro. Enrique que, en punto á avaricia, era digno hijo de su padre, mandó hacer un registro en la bodega del cardenal y se apoderó del tesoro. El prelado no se consoló de semejante pérdida, que por otra parte preparó su desgracia y abrevió los días de su vida.

Summers era hombre de ingenio y de corazón: nunca hizo uso de su influencia en su interés personal y reservaba todos sus sarcasmos para los cortesanos corrompidos, orgullosos y avaros. Lo que, sobre todo, honra su memoria, es la incansable perseverancia con que solicitó de Enrique VIII el perdón de su antiguo amo Ricardo Farmor. Y lo consiguió, pero sólo al fin de la vida del monarca.

Los príncipes soberanos de Alemania tuvieron también bufones cerca de sus personas, y esta costumbre, según Voltaire, duró más en Alemania que en cualquiera otra parte.

Entre los soberanos citados, encontramos al emperador Federico III, aquel singular monarca que fué bisabuelo de Carlos V y murió de una indigestión en 1493, después de haber pasado toda su vida organizando sociedades de templanza de que era presidente. En 1452, durante un viaje á Venecia, el bufón del emperador hubo de derribar un aparador de cristal de mucho precio. Federico se limitó á observar, riendo, que si el aparador hubiera sido de oro ó de plata, todavía se hubieran podido aprovechar los fragmentos.

Á veces también estos augustos príncipes del Sacro

Imperio romano-germánico no se desdeñaban de deponer su olímpica majestad para ocupar el puesto de sus bufones y lanzar á la admirada plebe una facecia enorme. Tal hizo, por ejemplo, el hijo de Federico III, Maximiliano I, aquel mendigo imperial que no tenía jubón de muda y era llamado por los italianos Maximiliano Sincuartos. Este ilustre inventor de la política matrimonial, en cuya virtud hubo de enriquecerse la casa de Austria desde el siglo XV al XVIII (1), recibiendo un día á los judíos de Worms, que iban á ofrecerle un canasto de huevos de oro, los hizo prender diciendo que quería conservar las gallinas que ponían tan preciosos huevos. Es un rasgo que no hubiera escrupulizado Brusquet, si este bufón hubiera llevado la púrpura imperial.

Este mismo Maximiliano decía también:

«El rey de España es el rey de los hombres, porque sus súbditos no lo obedecen sino en las cosas justas. El rey de Inglaterra es el rey de los ángeles, porque no queriendo sino el bien, sus súbditos lo obedecen de buen grado. Yo soy el rey de los reyes, porque mis súbditos no me obedecen sino cuando quieren. Y el rey de Francia es el rey de los asnos porque sus súbditos soportan todo lo que les echa encima.»

¿No es verdad que un emperador tan chusco hubie-

---

(1) Conocido es el famoso dístico:

Hagan guerras los demás Estados; tú, venturosa Austria, haz matrimonios: los imperios que Marte da á los otros, á ti te los da Venus.

ra estado en su propio lugar entre Caillette y Triboulet?

Las pequeñas cortes, seglares y eclesiásticas de Alemania que se modelaban sobre la corte imperial y aun se esforzaban en ponerse á su nivel, habían de proveerse necesariamente de bufones.

Tout petit prince a des ambassadeurs,
Tout marquis veut avoir des pages...

ha dicho Lafontaine.

No hubiera cambiado nada de estos lindos versos, si hubiera vivido en Dresde ó en Heidelberg en lugar de habitar el hotel de Mad. de la Sablière. Los Electores condes palatinos del Rhin, que se distinguieron principalmente por su afición al lujo, al esplendor y magnificencia, y quisieron hacer de Heidelberg un Versalles alemán, tuvieron también un bufón. Cítase entre estos personajes burlescos de la pequeña corte palatina, á Perkeo, que era en 1728 bufón del Elector Carlos Felipe. Este Perkeo tiene una estatua grotesca de madera pintada enfrente del célebre tonel de Heidelberg que contiene, como es sabido 140,000 litros. Era ciertamente el sitio que debía ocupar el monumento de Perkeo, que, si no miente la crónica, no se acostaba nunca sin haberse echado entre pecho y espalda diez y ocho ó veinte litros del tonel. El sitio mejor elegido para la estatua de un triunfador es ciertamente el lugar que ha presenciado sus hazañas.

Los bufones florecieron en Italia lo mismo que en Alemania. Los papas y cardenales del Renacimiento tuvieron locos como los príncipes laicos (1). Estos bufones tan allegados á la Iglesia eran generalmente pobres frailes, de los que Erasmo nos pinta de una manera tan gráfica en su *Elogio de la locura*, frailes que no tenían más mesura que los bufones legos más sueltos y resueltos. León X, en su magnífica posesión de la Malliana, á algunas leguas de Roma, después de haber cazado con el halcón cerca de Viterbo, ó pescado á orillas del lago Bolsena, gustaba de descansar de sus fatigas del pontificado en compañía de sus bufones, que admitía á su mesa, donde aquel papa de ingenio tan agudo y de gusto en todos conceptos delicado, se complacía en ver sus glotonerías y en oir



Perkeo, bufón del elector palatino Carlos Felipe, estatua de madera en Heidelberg.

(1) En el famoso cuadro de las *Bodas de Canaan*, de Pablo Veronés, en el Louvre, hay en el intercolumnio de la izquierda un bufón que se inclina al oído de los recién casados y les dice sin duda alguna gracia.

sus groseras facecias. Hasta en su lecho de muerte tuvo también un bufón. Á fines de Noviembre de 1521, León X atacado de un enfriamiento ó espasmo en la Malliana (1), tuvo que volver á Roma, donde espiró el primero de Diciembre á las ocho de la noche, sin haber recibido los últimos sacramentos y sin tener á su lado en aquella hora suprema otro consolador ni agonizante que uno de sus bufones, el fraile Mariano, que repetía: «¡Santísimo Padre! ¡Santísimo Padre! Encomendad vuestra alma á Dios!»

Si Italia que en el siglo XVI pasaba por el país más civilizado de Europa, conoció los bufones, no es extraño que el país que podía considerarse en aquella época como el más bárbaro de nuestro continente, la Rusia, los haya conocido igualmente. Voltaire, en la *Historia de Pedro el Grande*, refiere que durante el primer viaje de su héroe á Europa, en 1697, el séquito de Lefort y de Golovine (2) que acompañaban al Czar,

---

Sabido es que el cuadro del Veronés representa personajes del siglo XVI, pintados con los trajes y modas de la época. Véase la cabeza de este bufón en la pág. 47 de este libro.

(1) Acababa de saber una derrota de los franceses en Milán y esta noticia le había como sofocado de júbilo. Después de la comida, agitado de las más embriagadoras ambiciones, estuvo paseando por su habitación hasta la una de la madrugada. Las abiertas ventanas dejaban entrar el aire húmedo y frío de fines de otoño. El pontífice respiró sus peligrosas emanaciones; la fiebre le atacó aquella misma noche y tuvo que retirarse de la Malliana.

(2) Francisco Lefort era un suizo natural de Ginebra que había pasado al servicio de Rusia. Había tomado gran parte en la proclamación de Pedro el Grande y llegó á ser su favorito, dirigiéndolo en la vía de

se componía de doscientas sesenta personas, entre las cuales había farsantes y bufones. El emperador sólo llevaba un ayuda de cámara, un mozo de librea y un enano.

De vuelta en Rusia, Pedro el Grande, á principios de 1703, convidó á todos los boyardos y á sus mujeres á las bodas de uno de sus bufones, exigiendo que todos se presentaran vestidos á la antigua usanza. Se sirvió una comida, tal como se hacía en el siglo XVI. Una antigua superstición no permitía que se encendiera fuego el día de un casamiento, aun en el rigor del invierno, y esta costumbre se observó rigurosamente aquel día. Los rusos no bebían vino en otro tiempo, sino hidromiel y aguardiente. Pedro no permitió en este festín otra bebida. En vano se quejaban de este rigor; el Czar contestaba en són de chanza: «los antiguos lo establecieron así: las costumbres antiguas son siempre las mejores.» Contestación bastante ingeniosa para un *sármata* á los rusos chapados á la antigua, que reprochaban á Pedro el Grande sus reformas y entendían que con ellas llevaba á Rusia á su perdición.

---

las reformas. Creó la marina y organizó los dos regimientos que fueron el núcleo del ejército ruso. Golovine fué con Lefort el más fiel servidor de Pedro I. Estableció las primeras relaciones entre Rusia y China y concluyó con el Celeste Imperio un tratado de alianza en 1689. En el viaje de 1697, Golovine era el diplomático que firmaba convenios de comercio ó de amistad con los diversos estados que visitaba el czar; mientras Lefort era el soldado que estudiaba las instituciones militares para poner á Rusia al nivel de las demás naciones.

Pedro el Grande, según parece, gustaba de casar á sus bufones. Voltaire refiere igualmente las bodas de otro de aquellos burlescos personajes, cuyo ceremonial fué también de lo más raro y grosero.

«Este loco, llamado Sotof, tenía ya ochenta y cuatro años. El czar imaginó casarlo con una viuda de su edad y celebrar solemnemente estas bodas. Dispuso que hicieran la invitación cuatro tartamudos. Ancianos decrépitos conducían á la novia. Cuatro de los hombres más obesos de Rusia hacían de correos; la orquesta iba en un carro conducido por osos, que aguijaban con puntas de hierro y cuyos bramidos formaban un bajo digno de la música del carro. Los novios fueron bendecidos en la catedral por un sacerdote ciego y sordo. La procesión, el casamiento, la comida nupcial, la ceremonia de desnudar á los novios y ponerlos en el tálamo, todo estuvo en relación con lo bufo del lance. (1).»

Este mismo Sotof fué quien hizo el papel principal en la famosa fiesta de los locos, celebrada en 1718. Pedro el Grande quería mostrar á sus súbditos que, aun introduciendo en Rusia las costumbres de la Europa civilizada, no pretendía abolir los grandes regocijos de los antepasados.

«En 1718, dice también Voltaire (2), tenía Pedro el Grande en su corte un bufón llamado Sotof que le

(1) *Hist. de Rusia*, 2.ª parte, cap. XIV.
(2) *Hist. de Rusia*, 2.ª parte, cap. IX.

había enseñado á escribir y se imaginaba haber merecido por este servicio las más importantes dignidades. Pedro que solía aliviar los pesares del gobierno con diversiones convenientes á un pueblo no reformado aún enteramente por él, prometió á su maestro de escritura conferirle una de las primeras dignidades del mundo, y lo hizo papa con dos mil rublos de renta, asignándole una casa en el barrio de los Tártaros en San Petersburgo. Otros bufones lo instalaron en ella con burlescas ceremonias, y lo cumplimentaron dos tartamudos. El papa burlesco consagró cardenales y salió en procesión á la cabeza de ellos. No hay que decir que todo este sacro colegio estaba ebrio de aguardiente.»

Los bufones sobrevivieron á Pedro el Grande. Ana Ivanovna ó Ana de Curlandia, que ocupó el trono imperial de 1730 á 1740, se rodeó de locos, y llegó al extremo de obligar á elevados personajes de ambos sexos á desempeñar á pesar suyo el papel de bufones. Redujo á la humillación de recibir capirotazos en la nariz ó de empollar huevos de gallina, á dos princesas rusas, Anastasia y Anicia, y á dos príncipes, Volkouski y Galitzine. La *Bironovchtchina* ó dominación de Biren, favorito de Ana de Curlandia, hijo de un campesino curlandés, y vanidoso hasta el punto de hacerse llamar Biron para que se le supusiera pariente de la ilustre familia francesa de este apellido, no fué más que una gran mascarada. De orden superior, tenían que llevar los cortesanos el traje más rico, y una pe-

luca mal peinada, y el mejor vestido de los cortesanos llegaba en un vehículo arrastrado por dos rocines. Biren vestía todo de amarillo, mientras otros de rojo ó de verde enteramente. Era el carnaval de los canarios y papagayos.

Aun hoy mismo, los grandes señores de los extremos confines de ambos mundos, europeo y asiático, conservan las tradiciones y los usos, tanto tiempo seguidos en la corte de sus soberanos moscovitas. Los príncipes y los altos personajes de los países del Cáucaso y de la Mingrelia, por ejemplo, tienen bufones, como los tuvieron Pedro el Grande y Ana de Curlandia (1).

Y no solamente en Mingrelia pueden encontrarse bufones en los tiempos que alcanzamos ni más ni menos que en los siglos XV y XVI. El mayor portugués Serpa Pinto, que renovando las hazañas de Livingstone y de Stanley atravesó en 1877 y 1878 todo el continente africano del Oeste al Este, refiere que en Bihé (2), Estado negro, situado á bastante distancia del establecimiento de San Felipe de Benguela y de la costa del Atlántico, el *sova* ó soberano tiene su bufón. «El bufón, dice el viajero, es el complemento indispensable de corte de todos los *sovas* y aun de todos los

(1) *La Vuelta al mundo*. Narración de Carla Serena.

(2) *La Vuelta al mundo*. Narración de viaje de Serpa Pinto, titulada: *De cómo he atravesado el África, desde el Océano Atlántico hasta el Índico*.

secoulos ó nobles, que disfrutan algunas riquezas y cierto poder. El bufón es el que debe limpiar la puerta de la mansión del sova y sus cercanías.»

Nuestro estado de civilización no permitiría ya hoy las distracciones á menudo groseras que en otro tiempo se buscaban en el trato de los locos ó seres desgraciados que rodeaban á los reyes y á los grandes señores, aun en épocas tenidas por las más cultas. Los bufones de Mingrelia y de Bihé, que no son sino la sombra de nuestros bufones de corte, desaparecerán igualmente, cuando el estado moral de aquellas comarcas se eleve y se acerque más al de la vieja Europa. En realidad, los bufones de corte murieron hace dos siglos; y no puede decirse de ellos, á manera de oración fúnebre, que hayan sido útiles, que aprovecharan su fácil acceso, su intimidad con los señores de su tiempo para favorecer á los débiles ó á los oprimidos. La ocasión, sin embargo, hubiera sido oportuna. Algún Ulises hubiera podido empuñar el cetro de cascabeles y sentándose en el suelo, para estar más cerca del trono que el consejero íntimo, dar á conocer al príncipe los deseos de su pueblo. ¿Qué tenía que temer por sí? Si picaba al príncipe y éste le amenazaba con las baquetas: «Enhorabuena; pero ¿qué dirá la corte?» pudiera haberle contestado. Y si picaba á los cortesanos y éstos le amenazaban con el palo, podía decirles también: «Enbuenhora; pero ¿qué dirá el príncipe?» Estaba á buen recaudo contra la cólera del uno y el resentimiento de los otros, y podía con toda seguridad

tomar en sus manos la causa de los desgraciados y oprimidos. Era un buen papel para un hombre de corazón. Si el bufón amaba su país, si era enemigo de la codicia y de la insolencia de los aristócratas, le era fácil hacerse temible; pero hay que reconocer que los bufones de este carácter han sido raros, habiéndose limitado casi todos ellos á dar variedad á los placeres con frecuencia poco delicados de sus amos.

Hemos hablado en la primera parte de este trabajo de los bufones domésticos y de los bufones de corte en la antigüedad, en la Edad media y en los tiempos modernos. Réstanos dar algunos pormenores de los bufones populares, de los bufones de ciudad, y también de las asociaciones de libres compañeros, como los caballeros de la *Orden de los Locos*, en Clèves, y la *Mère-Folle* de Dijón, que ponían en común su buen humor para divertirse ellos y divertir á los demás. Seguiremos en esta segunda parte el mismo orden que en la primera, indicando rápidamente los principales caracteres de estos dos diversos géneros de bufonería desde la antigüedad hasta nuestros días.

LIBRO II

Bufones populares y bufones de ciudad. Asociaciones de bufones.

I

Los bufones populares en la antigüedad.—Tersites.—Las Atelanas.—El Maco.—El Sanio.—Sus sucesores en Italia, en Inglaterra, en Alemania, en Holanda.—Pulcinella.—Punch.—Hanswurst.

El dón de la risa es universal en este mundo. No son tan sólo los grandes y poderosos los que lo poseen y á él acuden para endulzar sinsabores y divertir su tedio; el pueblo también quiere olvidar á veces las crueldades de la vida y dar satisfacción á esa necesidad de expansión que es natural en el hombre. En todos tiempos ha habido pues bufones populares en las plazas públicas, como ha habido bufones de corte y bufones domésticos en los

palacios y en los castillos. Esta categoría de personajes grotescos toca por ciertos lados al teatro cómico, pero se distingue de él bastante, sin embargo, para que sea posible hablar de ello en un trabajo sobre los bufones, sin que parezca que nos apartamos del asunto.

El primero de los bufones populares, en orden cronológico, fué acaso Tersites, aquel guerrero, cuya divertida caricatura traza Homero en el segundo canto de la *Iliada*.

« Es el más vil de los guerreros que han venido al sitio de Troya. Tiene los ojos bizcos, los piés cojos y el pecho y la espalda cargada de deformes jorobas, entre las cuales se eleva una cabeza larga y puntiaguda apenas cubierta de ralos cabellos.»

Sus contiendas con los jefes de los griegos y, sobre todo, con el artificioso Ulises, fueron célebres:

« Todos se sientan y no abandonan sus sillas. Sólo Tersites continúa con sus imprecaciones. Dotado de una elocución vana y estéril, se complace en discutir sin pudor con los reyes y en excitar la risa de los griegos. »

Injuria á Agamenón, el rey de los reyes, y le reprocha que comprometa la suerte de los griegos con sus conflictos con Aquiles á propósito de la bella Briseida (1).

---

(1) Briseida, hija de Briseo, sacerdotisa de Lirneso, en Cilicia, vino á ser, en la toma de la ciudad, cautiva de Aquiles, á quien se la quitó Agamenón. Irritado de esta afrenta, el héroe se retiró á su tienda y se

«Agamenón ¿cuál es el nuevo objeto de tu deseo? ¿Qué falta ahora á tus anhelos? ¡Oh vergüenza! ¡El mismo que manda en los hijos de la Grecia los conduce á su perdición! ¡Oh miserables! ¡Oh raza ignominiosa! Mujeres griegas, pues no merecéis que se os llame hombres. Volvamos á nuestras casas con nuestros navíos y dejemos á este rey guardando sus tesoros. Él sabrá si nosotros también le hemos secundado ó si puede pasarse sin nuestros brazos, quien no ha temido ofender á un héroe más valiente que él, arrebatándole el premio de sus hazañas» (1).

Pero Ulises no deja de aprovechar la ocasión de atacar á su vez á Tersites.

«Audaz Tersites, el de la voz chillona, no quieras discutir también con los reyes. No creo que haya un mortal más vil que tú, de los que han venido con los Atridas al sitio de Troya. Renuncia en presencia de los reyes á tus vanas arengas, á tus injurias, á tus cobardes designios de retirarte. ¿Cómo te atreves á insultar á Agamenón, pastor de los pueblos? Porque los hijos de Danao le han dado numerosos tesoros, le persigues con tus palabras envidiosas. Pero te lo repito y se cumplirá mi amenaza: si te vuelvo á encontrar poseído de insolencia, como ahora, caiga de sus hom-

---

negó á combatir por los griegos hasta que muerto su amigo Patroclo á manos de Héctor, volvió á tomar las armas para vengar su muerte. Los desastrosos efectos de la cólera de Aquiles, después de la pérdida de Briseida, constituyen el asunto de la *Iliada*.

(1) Canto II, verso 225 y sig.

bros la cabeza de Ulises, no se le llame ya padre de Telémaco, si no te agarro, te despojo de tus vestidos hasta los últimos velos de tu desnudez, y no te expulso de nuestro campo apaleado ignominiosamente y dando gritos de dolor.»

«Á estas palabras, le hiere Ulises con su cetro en las espaldas, Tersites se encorva y se echa á llorar: Un tumor sanguinoso brota de sus carnes golpeadas con el cetro de oro, y se sienta temblando. En su dolor baja la vista y se enjuga las lágrimas. Los griegos, á pesar de sus cuidados, se echan á reir y se dicen unos á otros:

»¡Oh dioses! mil veces se ha ilustrado ya el hijo de Laertes ora dando sabios consejos, ora dirigiendo falanges. Ved cómo hoy se distingue y señala también entre los Argivos reprimiendo los discursos de este hablador insolente, que no se empeñará más en perseguir á los caudillos con injuriosas palabras.»

El desdichado Tersites debía caer víctima de la cólera, no de Ulises, sino de Aquiles. Cuando el hijo de Peleo dió muerte á la reina de las Amazonas, Pentesilea, que fué en ayuda del viejo Príamo, el héroe, al despojarla de sus armas para formar un trofeo, se detuvo admirado ante la belleza de la guerrera y aun le arrancaron lágrimas tanta juventud y gracias extinguidas para siempre. ¿Por qué acertó á pasar Tersites por allí en este momento y por su mal se burló de las lágrimas de Aquiles? El terrible guerrero se lanzó colérico sobre el desdichado bufón y lo mató de un puñe-

tazo. ¡Triste escena para un bufón y para un héroe de Homero!

Tersites no era sin duda un bufón voluntario. Tenía asiento en la asamblea de los reyes y tomaba parte en las deliberaciones. Lo que provocaba la risa era su exterior grotesco, unido á su insolencia, á su jactancia y cobardía. Puede creerse que no pretendía él tampoco este género de gloria; y así, sólo por dar á la serie un antepasado célebre, hemos creído oportuno recordar su nombre.

Los verdaderos bufones populares se encuentran en Grecia, en los tiempos de Aristófanes, de Isócrates, de Teofrasto, en las plazas públicas, los días festivos, bajo todas las formas y con todos los nombres. Unos admiran á la muchedumbre con sus ventriloquios; otros imitan el gruñido del puerco, el cacareo de la gallina, el graznido de la corneja; otros dicen la buenaventura, ó hacen juegos de todas clases atrayendo al pueblo al rededor de sus tablados con sus dichos y chanzonetas. Algunos exhiben muñecas traídas de Egipto, haciéndolas moverse con hilos y resortes. Aristóteles nos da una idea de la perfección de estas figurillas (1).

«Cuando estos que mueven las figurillas, tiran del hilo atado á uno de los miembros, estas obedecen al punto, y se ve doblarse su cuello, inclinarse

---

(1) *De mundo*, cap. VI, tomo I, pág. 376.

su cabeza; y sus ojos, sus manos, todos sus miembros parecen de una mujer viva.»

Al lado de estos titiriteros, hay bufones ambulantes que se ofrecen en espectáculo en las calles y esquinas, burladores públicos, llamados *planes*, algunos de cuyos rasgos han conservado los poetas cómicos de la época, farsantes ó *guelotopoioi*, que pululaban en Atenas, donde formaban en tiempo de Filipo de Macedonia una verdadera corporación, una especie de cofradía burlesca que se reunía en el Diomeo ó templo de Hércules. Filipo les envió un talento (1) rogándoles le enviaran una colección de sus mejores facecias.

Entre estos burladores públicos, pueden citarse los *mimos*, especie de actores populares que daban representaciones en los teatros, fuera de los días solemnes, sin la asistencia de los coros. Había mimos improvisadores y mimos que ejecutaban piezas escritas. Al lado de ellos los parodistas completaban á menudo el espectáculo remedando grotescamente, ya á los atletas y pugiles (2), ya á los poetas ditirámbicos, ó bien á los citaredes. Hacia la época de la guerra del Peloponeso, á fines del siglo v antes de J. C. hubo de

---

(1) Sin duda un talento de plata, que valía unas 4140 pesetas, ó 5730, según el peso.

(2) *Pugiles*, los que combatían á puñetazos en los gimnasios.— *Poetas ditirámbicos*, los que celebraban á Baco y cantaban el vino. —*Citaredes*, tañedores de cítara, instrumento de cuerdas que se usaba en la antigüedad.

levantarse la parodia hasta el tono de la comedia verdadera.

Estos mimos fueron creciendo en número é importancia después de la toma de Atenas por el espartano Lisandro (404 antes de J. C.) La tragedia estaba muerta, falta de subsidios, y la comedia también, falta de libertad: los mimos heredaron parte de la una y de la otra. Distinguíanse de los actores cómicos y trágicos en que representaban en la orquesta, no en la escena (1); estando así más cerca de los espectadores, no empleaban con objeto de parecer más altos ni el coturno ni el zueco (2), y con frecuencia prescindían de la música. Además, las mujeres salían á la escena con los hombres, lo que, como es sabido, no sucedía en el teatro antiguo.

Italia conoció también los bufones populares, los cuales aparecían en los triunfos de los generales romanos. Al lado de los soldados que seguían el carro triunfal, tirado por caballos blancos, cantando versos burlescos, cuya licencia llegaba á veces hasta á insultar al vencedor, ciertos personajes grotescos formaban parte del cortejo, como el *Manduco*, especie de

---

(1) Sabido es que en la antigüedad se llamaba *orquesta* la parte avanzada del teatro que servía para la danza y las evoluciones del coro.

(2) El *coturno* era una especie de calzado alto que subía hasta media pierna y se empleaba en las representaciones de la tragedia. El *zueco*, al contrario, era un calzado bajo que usaban los actores cómicos.

monstruo de enormes dientes y dos tipos de mujeres, monstruosas también, *Petreia* y *Citeria*. Petreia, según Festo (en la palabra *Petreia*), abría la marcha y representaba una vieja ebria, de maneras descompuestas y desordenadas. *Citeria*, según Catón (1), era una comadre de lengua larga y aguda que iba lanzando sarcasmos á los asistentes.

Las fiestas campestres que se celebraban en la época de la siega y de vendimia, eran también ocasión de regocijo, en que á las ceremonias religiosas sucedían escenas bufonescas, burlas groseras y versos satíricos, llamados *Fesceninos*, bien de Fescenia, ciudad etrusca ó falisca, bien de *Fascinus*, dios de los sortilegios, que se trataba de conjurar. Los actores se pintorreaban la cara ó se la desfiguraban con máscaras de corteza. Más tarde los versos fesceninos, transportados á Roma, llegaron á ser tan licenciosos, que se suprimieron por las leyes de las *Doce Tablas*.

En Roma también, la plebe de los arrabales y de los barrios bajos se divertía en los espectáculos que le ofrecían los bufones, titiriteros y saltimbanquis, que debían ser extranjeros, y esclavos. La enumeración de

---

(1) Festo, gramático del siglo IV de nuestra era, que compendió un tratado titulado *De verborum significatione*, cuyo autor, Verrio Flaco, había sido preceptor de los nietos de Augusto. La obra de Festo fué otra vez compendiada 400 años después por Paulo Diacre. Los fragmentos de Verrio que resistieron esta doble operación son preciosos para la inteligencia de la lengua latina. En cuanto á Catón el Antiguo, todo el mundo le conoce.

estas formas de bufonería popular sería larga, si se quisiera hacer completa. Había los que imitaban los movimientos de los animales ó *grallatores* (de gralla, especie de zancos cubiertos de pieles en que el titiritero montaba para imitar el salto de las cabras); los funámbulos, los cubileteros ó *ventilatores;* los prestidigitadores ó *præstigiatores*, que hacían desaparecer chinas ó aceitunas; los charlatanes de plaza ó *circulatores*, que vendían sus secretos ó sus drogas en el circo, y también jugaban con serpientes ó se tragaban espadas; y sobre todo los actores de *atelanas*.

Las atelanas (1) eran un género de comedia nacida en el campo, y luégo importada á la ciudad. Consistió al principio en farsas probablemente improvisadas en lengua osca, que divertían á causa de la extrañeza del traje y del dialecto. Después se escribieron estas farsas en latín con mezcla del dialecto provincial. Ponían en escena las rústicas maneras de las gentes de la Campania y las extravagancias de los habitantes de los pueblos pequeños, como también á veces costumbres extranjeras, como en la atelana de Pomponio Bononiense titulada: *Los Galos Transalpinos*. Los tipos, de rasgos fuertemente pronunciados, siempre los mismos, representaban al vivo los vicios y ridiculeces populares.

Era el *Maco*, con la cabeza completamente calva, de

---

(1) De Atela, ciudad de los Oscos, en Campania, entre Nápoles y Capua.

grandes orejas, de nariz desmesuradamente inclinada hacia la barba, con ridículos visajes; personaje fornido, con doble joroba, con la fisonomía de un estúpido, glotón, ebrio, sensual, que por satisfacer sus groseros apetitos se expone á ser apaleado ó se empeña en malas aventuras.



Maco.

Era el *Buco,* un glotón, locuaz, embustero, desvergonzado, que no piensa más que en los medios de zamparse una buena comida.

Era el *Papo* ó el *Casnar,* un viejo celoso y avaro, desconfiado y crédulo, al fin, siempre burlado por los que andaban trás su dinero.

Era el *Doseno,* un personaje de prominente espalda, como indica su nombre, que impone á las gentes sencillas con su supuesto saber y hace pagar muy caras sus drogas y fórmulas mágicas.

Era el *Manduco*, manducador, ó comilón, especie de espantajo que abría la boca haciendo crugir los dientes, como si quisiera tragarse á los espectadores. «Efigie monstruosa, ridícula, espantable, terrible para los

niños, pues tenía los ojos mayores que el vientre y la cabeza más gruesa que todo el cuerpo, con amplias y horríficas quijadas, muy bien provistas de dientes arriba y abajo, las cuales por medio de una cuerda oculta, chocaban una con otra de una manera espantosa» (1).



El *Sanio*, copia de una piedra grabada.



Grotesco antiguo en bronce, número 243, colección Janzé, en el gabinete de Francia.

Era la horrible *Lamia*, la ogresa que devoraba á los niños.

Era el *Sanio* (2), personaje con la cabeza pelada,

---

(1) Rabelais, *Pantagruel*, lib. IV, cap. 59.

(2) El *Sanio* figuraba también entre los personajes bufonescos de la comedia griega, que lo representaba sin barba, con una piel de cabra ú otro despojo abigarrado de tigre, estrechamente ceñido al cuerpo, y una varita de madera. Estaba cubierto con un sombrero blanco ó negro y la morena tinta de su máscara imitaba la curtida tez del montañés.

con la cara tiznada de hollín, con un vestido hecho de remiendos de diferentes colores, descalzo de pié y pierna; el cual divertía á la gente con sus visajes y burlerías.



Grotesco antiguo en bronce, n.º 3418, del gabinete de Francia.

En fin, existían multitud de personajes de que no se puede formar una idea suficiente recogiendo algunos datos dispersos en los escritos de la antigüedad y que han subsistido con los que acabamos de mentar, en la *Commedia dell' arte,* piezas improvisadas de la literatura italiana. Entrando en las barracas y en granjas transalpinas, puede encontrarse aún esta bufonería popular, de que gustan siempre allí. Los actores

apenas han modificado la fisonomía de los tipos primitivos; no han hecho más, por decirlo así, que cambiar el traje.

El *Maco* ha venido á ser el *pulcinela*, ó polichinela napolitano. Lampridio (1), en su *Vida de Alejandro Severo*, al principio del capítulo XLII, llama *Pullicenus* á un pollo. La nariz del Maco encorvada á manera de pico y su singular casquete ó gorro parecido á la cresta del gallo ó de la gallina, explican acaso el origen de este mote. El Maco continuó divirtiendo al pueblo, luégo que hubo muerto el teatro pagano.

Á principios del siglo XVII, un artista italiano llamado Silvio Fiorillo introdujo el *Pulcinella* en las farsas napolitanas, y confió el papel á su compañero Andrés Calcese, que imitaba con grande éxito el acento de las cercanías de Acerra, ciudad inmediata á Nápoles, no lejos sin duda de aquella Citella, primera patria del Maco romano. Andando el tiempo hubo dos polichinelas (2) en los teatros populares de Roma y de Italia, uno picaresco y aturdido y otro pesado y estúpido. La

(1) Lampridio, historiador latino, contemporáneo de Diocleciano, que escribió la vida de algunos emperadores romanos como Cómmodo, Heliogábalo, Alejandro Severo, etc. (Á fines del siglo III de nuestra era.)

(2) El Pulcinella no sólo se encuentra en Italia. Sin hablar del polichinela francés, de que trataremos luégo, podemos decir que este mismo personaje se encuentra entre las tribus errantes de gitanos, que lo llevaron á todo el Oriente, entre los israelitas, que lo conocieron desde muy temprano, y entre los egipcios que lo representaron en algunos bajo-relieves.

diferencia de estos dos caracteres provenía, según parece, de la poca analogía existente entre los habitantes de la ciudad alta de Benevento, ingeniosos, agudos, satíricos, y los de la ciudad baja, romos, pesados de ingenio y de palabra. Hoy todavía apasiona el *Pulcinella* á los *lazzaroni* de Nápoles, con su blusa corta y amplia, prendida ó no con cinturón, su media máscara imberbe y surcada de arrugas. Es trapacero, revoltoso, burlón, pero no malvado: el tipo del antiguo burgués napolitano. Cuando por casualidad se le representa con su familia, lo que es raro, porque *Pulcinella* casi nunca es casado, enseña á sus hijos, que conviene comer bien y conservar el buen humor, pero con cierta moderación en la misma glotonería, no sea que les pase lo que á *Grillo* (criado de la comedia italiana, estropeado, contrahecho y extravagante), que se pone malo de indigestión.



Pulcinella.

Los demás personajes de las atelanas se encuentran igualmente en las farsas populares de la Italia con-

temporánea. El *Sanio* ha venido á ser el Arlequín, siempre tan ágil de cuerpo, tan lleno de buen humor y tan abigarrado de traje. El *Papo* es el Casandro necio, avaro y celoso. El *Doseno* es el doctor jactancioso, locuaz, ignorante. Y así la *Commedia dell' arte* ha conservado casi sin modificación los tipos de la antigua farsa de Roma.

Estos personajes, herederos de los bufones de las atelanas, no son los únicos bufones populares que divierten á los italianos. Hay otros, dos sobre todo, de otro género, que hace cuatro siglos sirven á los romanos para atacar al gobierno y á los poderosos del día con sátiras y epígramas anónimos. Se trata del célebre *Pasquino* y del no menos célebre Marforio. Estos bufones son de mármol. *Pasquino* es una estatua sin nariz, sin brazos ni piernas, en la cual los burlones fijaban de noche libelos satíricos llamados *pasquinadas*. Parece que este tronco es el resto de la figura de un gladiador que hiere á otro, según la actitud del cuerpo y los fragmentos de otra estatua que aparecen bajo la primera. En cuanto á la costumbre de cargar á esta estatua con todas las sátiras peligrosas, el origen se refiere á un antiguo zapatero llamado *Pasquino*, gran decidor, en cuya tienda se reunían las personas de buen humor de su tiempo. Una vez cerrada la tienda por muerte del zapatero, los maldicientes tomaron ocasión de una estatua recién desenterrada, le dieron el nombre de *Pasquino* y en ella fijaron sus sátiras. Esta costumbre se conservó mucho

tiempo. Los señores y los prelados de la corte pontificia, los príncipes extranjeros, los papas mismos, debieron contar con *Pasquino* (1), «de modo que es



Estatua de Pasquino en Roma.

sorprendente, dice Moreri, que en una ciudad en que

(1) Moreri, *Gran Diccionario histórico ó curiosa mescolanza de la historia sagrada y profana.* Cuando en 1524 el Condestable de Borbón se vió obligado á salir de Provenza, país que había invadido, y á batirse en retirada con soldados en derrota por las gargantas de los Alpes, se leyó una mañana en la estatua de Pasquino: « Se ha perdido un ejército en las montañas de Génova. Se dará una recompensa al que sepa dónde pára.»

se sabe tan bien cerrar la boca á los hombres, no se ha podido aún encontrar el secreto de hacer callar á un trozo de mármol.»

Muchos papas procuraron sin éxito reprimir la licencia de estas sátiras que degeneraban á veces en libelos difamatorios. Adriano VI, muy satirizado en razón de su economía, rayana de la avaricia, resolvió derribar la estatua y arrojarla al Tíber (1). Pero le disuadieron de ello demostrándole que Pasquín ó Pasquino ahogado no quedaría mudo por tan poco, sino que cantaría en voz más recia y ronca, como una rana desde el fondo de un pantano. Adriano VI tuvo el buen sentido de desistir de su propósito; y hoy día, adosado al palacio de Braschi, cerca de la plaza Navone, el locuaz *Pasquino* puede hacer aún la guerra de guerrilla al gobierno de Roma con sus eternas sátiras y epígramas.

En cuanto á Marforio, es el primo de Pasquino, el que le contestaba en los diálogos que empeñaban los dos bufones de piedra siempre que algún acontecimiento de importancia excitaba la opinión pública en Roma. Marforio es una estatua yacente representando

(1) Adriano VI que había sucedido al fastuoso León X, vivía como un pobre religioso en el desierto Vaticano, servido por una vieja de su país, sin gastar más que un ducado diario. Los romanos que no le perdonaban tanta economía, luégo que murió el pontífice, adornaron con follaje la casa de su médico y pusieron sobre la puerta esta inscripción:

«Al libertador del pueblo romano.»

un río. Tomó su nombre del foro de Marte, *Martis foro*, en donde fué descubierta. Al principio fué colocada cerca del palacio de Braschi, donde estaba próxima á Pasquino; pero ahora está en el patio del Museo Capitolino.

Si *Pasquino* y *Marforio*, á lo menos bajo esta forma particular de estatua burlesca, no tienen equivalentes en los demás pueblos de Europa (1); no puede decirse lo mismo de los bufones populares provenientes de las farsas atelánicas, y sobre todo del Policlinela y del Arlequín. Cierto que estos bufones son de palo, pero no por eso dejan de ser verdaderos bufones.

Desde luégo nos ofrece Inglaterra al ilustre Punch. En 1688 apareció, según dicen, este personaje que recuerda el nombre de Pulcinella, un tanto alterado y contraído por el genio monosilábico de la lengua anglo-sajona. Por mucho tiempo se tomaron indistintamente uno por otro *Punch* y *Punchinello*. Sin embargo, según C. Magnin (2), hay alguna huella de su existencia en Inglaterra antes de la abdicación de Jacobo II, suponiendo que procedía de Francia con los Estuardos, y no de Holanda con Guillermo de Orange.

Punch tiene dos jorobas, como el Policlinela fran-

---

(1) Los parapetos del Puente Nuevo tuvieron en Francia poco más ó menos la misma fortuna durante una parte del siglo XVII. En efecto, allí fijaban también los parisienses sus *Mazarinadas*, ó sátiras contra el cardenal Mazarino y contra su gobierno.

(2) *Histoire des marionnettes*, pág. 233 y sig.

cés. Addison (1) lo describe en una linda pieza de versos latinos publicada en 1697. Lo presenta en su teatro de madera, con su voz de carraca, su vientre enorme, su espalda prominente, objeto á la vez de terror y admiración para los papanatas que se extasían ante su grotesca figura.



M. Punch, personaje primitivo.

El éxito de Punch fué tal que en 1710 se ve en El *Hablador* (*Tatler*) de Addison que hacía palidecer la nueva ópera italiana de Hay-Market y balanceaba el éxito del hábil cantor Nicolini. Hasta tuvo el honor de ser celebrado por Swift (2), y en 1733, el de ser representado en un grabado de Hogarth.

---

(1) Escritor inglés de fines del siglo XVII, que se ocupó en política y literatura, pero conocido especialmente como uno de los más ilustres representantes de la prensa periódica en Inglaterra. El *Hablador*, el *Tutor*, y sobre todo, el *Espectador* son modelos que no se han superado todavía. La pureza y elegancia de estilo de Addison admiran aún hoy á los más delicados.

(2) Jonatás Swift es el autor de los *Viajes de Gulliver* (1728), que son, como es sabido, un libelo político en que el autor se burla de los hombres y cosas de su tiempo. El *Cuento del Tonel*, casi tan célebre

Al principio el *little fellow*, es decir, el hombre jovial, libertino, travieso, un tanto brutal, Punch, viene á ser con el tiempo, perverso, criminal, asesino. Sus aventuras contadas en un drama titulado: *Punch and Judy*, son poco edificantes. Punch apalea á su perro, engaña á su mujer Judy, arroja á su hijo por la ventana para impedir que grite, le abre la cabeza á Judy que le pide su hijo, seduce á todas las mujeres que encuentra, casadas ó solteras, mata á sus padres, á sus hermanos ó maridos, mata al constable, mata al exento, mata al verdugo y acaba por matar al diablo á palos y se va cantando: «Por fin, Punch no tiene que temer nada de la suerte, y puede vivir tranquilo pues el diablo ha muerto.»

Á este Polichinela irónico, paradójico, diabólico, especie de caricatura cínica y burlesca del don Juan tradicional, saluda una singular composición poética atribuída á lord Byron y citada por Magnin:

«Triunfante Polichinela, te sigo con alegría al través de los giros de tu carrera burlesca en que la vida humana está pintada con tanta verdad como energía.

---

como los *Viajes*, es un libelo religioso en que Swift ataca alternativamente al papa, á Lutero y á Calvino. Swift es el primer humorista de Inglaterra, Se le suele llamar el *Rabelais inglés*, bien que haya notables diferencias entre estos dos genios: el uno es risueño, el otro permanece serio aun lanzando los dardos más burlescos. En cuanto á Hogarth, se complacía en representar escenas populares de que sacaba siempre alguna enseñanza moral. Así compuso la *Vida de un pródigo, Los dos aprendices, El Trabajo y la Pereza*, etc.

Ningún actor nos mostrará jamás una imagen tan expresiva en ningún otro teatro, ya mates alegremente á tu mujer, ya arrojes sin remordimiento á tu hijo por la ventana, bien montes á caballo y seas luégo desarzonado, bien bailes con la graciosa Polly, después de haber dado muerte á su padre en un acceso de justo desdén, pues era sordo á la armonía de tu lira, tan grata como el cencerro de las ovejas: quien no ama la música es indigno de vivir. Después, cuando el verdugo te condujo á la horca, ¿cómo no reirse viendo la habilidad con que le echaste á la cabeza el nudo escurridizo, de que no pudo librarse? El que finge escandalizarse, cuando te ve salir impune de las garras de la ley y de las del diablo y siente que mates á este, es un hipócrita. No hay nada tan grato como verte apalear su negro testuz.»

Al lado del Punch, cuyas hazañas se cantaron de modo tan singular por el autor del *Child-Harold* (1), hay entre nuestros vecinos de allende la Mancha, otro Punch más verdaderamente burlesco, satírico, locuaz y divertido, el cual podría compararse al *Pasquino* de la plaza Navone. Aún hoy desempeña este Punch un gran papel, sobre todo en la política. Todo hombre

---

(1) Sabido es que lord Byron publicó la *Peregrinación de Child-Harold* en 1811, á la vuelta de una serie de viajes por España y Portugal, por Albania, Grecia y Turquía, y que en este poema con un nombre supuesto, contó sus propias aventuras. No fué esta su primera obra, pero es la que le colocó por encima de todos los poetas ingleses contemporáneos.

famoso, todo acontecimiento extraordinario está sujeto á su crítica, siendo celebrado ó escarnecido por él. Cuéntase que Nelson, el vencedor de Aboukir y Trafalgar, fué representado un día al lado de Punch con esta leyenda: «Ven acá, Punch, amigo mío, ven á bordo para ayudarme á combatir á los franceses (1). Te haré capitán, ó comodoro si quieres.—No, no, que me ahogaría, contesta Punch.—No temas. ¿No sabes que el que ha nacido para ser ahorcado no corre ningún peligro de ahogarse?»

Sobre todo en tiempo de elecciones es cuando Punch da suelta á su estro satírico. Á principios de este siglo, sir Francis Burdett, uno de los miembros más distinguidos del partido liberal, amigo de Fox (2), que

---

(1) Horacio Nelson fué enemigo mortal de Francia á principios de este siglo. El odio que William Pitt tenía á nuestro país lo inspiró más á él que á ningún otro inglés de su tiempo. Él fué quien encerró á Bonaparte en Egipto con la victoria de Abukir el 1.º de Agosto de 1798; él quien en Trafalgar (21 octubre 1805) hizo fracasar el plan de invasión que Napoleón había preparado contra la Gran Bretaña; pero quedó sepultado en su mismo triunfo. Inglaterra le hizo funerales regios y le erigió un sepulcro en la abadía de Westminster.

(2) Carlos Fox fué durante treinta años, de 1776 á 1806, el jefe y orador más brillante del partido liberal en el parlamento de Inglaterra. Muchas veces ministro, combatió siempre la política de Pitt, que quería que Inglaterra odiara á Francia, como Roma odiaba á Cartago. Fox, al contrario, se esforzaba en poner término á las enemistades que dividían á estas dos grandes naciones, y fué bastante feliz para ver en 1783 y en 1802 triunfar sus ideas. Preparábase á negociar una nueva paz entre el gabinete de San James y el de las Tullerías, cuando murió en 1806. Esta muerte prematura fué una desgracia para Inglaterra, para Francia y para Europa.

protestó en la cámara de los comunes contra el restablecimiento de los Borbones en Francia, no se desdeñaba de solicitar el concurso de Punch para hacer triunfar su candidatura en el parlamento. Se le representaba acercándose á Punch como humilde pretendiente.

—¿Por quién está Vd., caballero? Yo espero que me dará su poderoso apoyo.

—¿Qué sé yo? Diríjase Vd. á mi mujer: yo abandono todas estas cosas á mistress Punch.

—Muy bien hecho. ¿Y qué dice Vd., mistress Judy?... ¡Vive Dios! Y qué hermoso niño tiene Vd. ahí! Yo quisiera que el mío se le pareciera.



M. Punch, personaje moderno.

—Bien pudiera haber sucedido, sir Francis, porque usted se parece mucho á mi marido. Vd. tiene, como él, una nariz de muy buenas dimensiones.

—Es verdad, mistress Judy. Pero lady Burdett no se parece á Vd.—replica Burdett besando al niño.—¿Cómo va ese cuerpecito?

—Perfectamente.

Y mistress Judy, lisonjeada en su orgullo maternal,

concede el voto de Punch á tan amable candidato (1).

El *Punch* inglés tiene su equivalente en Alemania; sino que éste es más pesado, más grosero, es un bufón muy grave y gran bebedor: es el *Hanswurst*, el *Juan Boudin*. También desciende por línea recta del Maco de las Atelanas. La más antigua y exacta definición del personaje se encuentra en los escritos de Martín Lutero. El autor de la Reforma le hace intervenir á menudo en sus conversaciones familiares; y hasta dió este nombre como título á un libelo dirigido contra el duque Enrique de Brunswick-Wolfenbuttel. « Otros, dice, han empleado antes que yo su nombre para designar personas groseras y torpes que queriendo mostrar ingenio, no dicen ni hacen más que necedades é inconveniencias. En este sentido me ha ocurrido hacer uso de este nombre muchas veces, principalmente en mis sermones.» Desde Lutero ha variado el tipo. No hay que creer, sin embargo, que el *Hanswurst* de nuestros días sea, como se ha dicho, un Arlequín alemán. Este bufón pesado y voraz, repleto y corpulento, se diferencia mucho de nuestro Arlequín, siempre ligero, esbelto, listo, agudo, sutil. Es por otra parte un tipo que no tendría ninguna probabilidad de agradar ni de hacer fortuna en los países de allende el Rhin. Estos personajes no se hacen populares sino á condición de recordar por algún rasgo el carácter de

---

(1) Añádase que el más vivo é ingenioso de los periódicos satíricos de Londres tomó y lleva todavía el título de *Punch*.

los habitantes. Es menester que en cierto modo puedan considerarse como tipos nacionales.

El bufón popular en Holanda es también un *Hanswurst* que se refiere al *Maco* como sus congéneres. Pero desde hace mucho tiempo este personaje no es más que un payaso que toca el tambor á la puerta invitando al público á entrar. En otro tiempo representaba un drama animado con las cuchufletas de un burgomaestre y de un rudo campesino de la Frisa; hoy es reemplazado como actor por el *Hans Pickelharing* (Juan-Arenque-salado) y por el *Hans Klaassen* (Juan Nicolás), que ambos á dos tienen las costumbres turbulentas del *Pulcinella* napolitano y del *Punch* inglés.

Finalmente, hay también un *Hanswurst* en Austria, el jovial campesino *Casperlé*, también descendiente auténtico del Maco, y que como su antepasado en las farsas foráneas, divierte sobre todo á la gente del campo con sus facecias y dichos burlescos. El antiguo personaje de las atelanas hubo de engendrar así todo un linaje, cuyos vástagos han perpetuado al través de las edades su nombre, sus rasgos y su personalidad, contribuyendo desde hace veinte siglos á derramar en el seno de las masas populares el dón de reir, la alegría y el buen humor.

II

Los bufones populares en Oriente
El Karagheuz.— Las gracias de Nasr-Eddin Hodja

MACO es como el Proteo de la fábula; reviste mil formas, según los tiempos y los países. Lo hemos visto en Italia, en Inglaterra, en Alemania, en Holanda; y también lo veremos con el nombre de *Karagheuz* hacer las delicias de los arrabales de Constantinopla (1). En las plazas de la antigua Stambul, una figura grotesca representa un turco de la clase media, especie de sombra chinesca, que mueve los brazos, las piernas y la cabeza detrás de un velo transparente. Es el *Karagheuz* que siempre con su compadre Hadji-Haiwath, desempeña el primer papel en ciertas comedias singularmente bufonescas. *Kara-*

---

(1) Edmundo de Amicis: *Constantinopla*, París, Hachette, 1876, pág. 132.

gheuz, pariente degenerado de Polichinela, trapacero y cínico, tan mal hablado como un pícaro de baja estofa, hace reir y aun aullar de entusiasmo á su audi-



El Karagheuz, polichinela otomano.

torio con toda clase de cuchufletas y gestos extravagantes, que con frecuencia no tienen nada de común con el tono y maneras de la gente honrada.

Karagheuz y Hadji Haiwath no son sino muñecos que atraen á sus groseras farsas á la parte menos distinguida de la población de Constantinopla, con la

cual tiene más partido que los otros dos bufones populares *Bakri-Mustafá*, el borracho de vino alegre, y *Teriaki*, el fumador que se embriaga con tabaco y opio. Pero hay en la literatura ligera de los otomanos una especie de bufón serio, *Nasr-Eddin Hodja* (1), cuyos chistes son muy del gusto de la clase media y aun de los turcos más ilustrados.

Nasr-Eddin Hodja (profesor) contemporáneo del famoso Tamerlán (Timur-Lenk, ó Timur el cojo) (2), vivía á principios del siglo XV en Ak-Chehir (en turco la ciudad Blanca, á dos horas del lago de Ak-Chehir, en la provincia de Ancira ó de Angora, á unos 100 kilómetros de Konieh, el antiguo Iconio) donde Bayaceto Hilderin (el Relámpago), sultán de los turcos otomanos, fué relegado por los mongoles después de su derrota en Ancira, en 1402. Nasr-Eddin murió probablemente en esta ciudad, donde existe aún su sepulcro.

---

(1) *Plaisanteries de Nasr-Eddin Hodja,* trad. del turco por Decourdemanche, Paris, E. Leroux, 1876.

(2) Este Timur es uno de los más terribles destructores de hombres que haya habido jamás. Nació en 1336 cerca de Samarcanda, en el Turkestán. Después de haber llevado sus numerosos batallones de mongoles de un extremo á otro de Asia, sometido todo el país al Este del mar Caspio, la Persia, las estepas de Kirghiz, invadido la Rusia meridional, conquistado el Indostán, la Siria, la Anatolia y vencido á los otomanos en Ancira, fué á morir en 1405 al Khanat de Kokán, no lejos del lugar de su nacimiento. Timur era una extraña mezcla de barbarie y civilización oriental: con la misma mano que ordenaba la matanza de 100.000 prisioneros en Delhy y la erección de una pirámide de 90.000 cabezas humanas en Bagdad, redactaba el código *Tukufat* ó decretaba la construcción de escuelas y mezquitas.

En Ak-Chehir, Nasr-Eddin Hodja divertía con el gracejo de su buen humor, bastante raro entre los mahometanos, á Alá-Eddin, príncipe de Karamania, y á los habitantes de la ciudad. Sus ocurrencias fueron recogidas y cuidadosamente guardadas; pero si volviera al mundo, no reconocería á buen seguro todos los dichos cuya paternidad se le atribuye. Ha sucedido en efecto al Hodja lo que á todos los autores ó inspiradores de las colecciones de este género, que se le atribuyen facecias en que ni siquiera habría pensado. Esto explica que varíen las historietas, según las ediciones. El fondo tradicional es, sin embargo, siempre el mismo. Vamos á reproducir de estas anécdotas las que nos han parecido más inteligibles y pueden darnos la mejor y más completa idea del buen humor oriental.

El Hodja, que llena á la vez las funciones de sacerdote, de juez y de maestro de escuela, sube un día á predicar:

—«¡Oh musulmanes! les dice, ¿sabéis el asunto de que os voy á hablar? —Lo ignoramos. —Y entonces, ¿cómo he de desarrollar un asunto que ignoráis?» El auditorio, un poco embarazado, se propone dar otra contestación diferente en la primera ocasión. Y otro día vuelve el predicador á preguntarles: «¡Oh creyentes! ¿Sabéis lo que tengo que deciros?—Lo sabemos, contestan á una los creyentes, esperando obligarlo esta vez á hablar.—Entonces, dice el Hodja en són de chanza, es inútil que os lo diga.» Y con esto, se va. Se

decide entonces contestar lo uno y lo otro en la primera ocasión. Y llegada ésta, dice el Hodja: «Oh hermanos, ¿sabéis lo que tengo que deciros?—Unos lo sabemos y otros no. —Pues bien, los que lo sepan que lo enseñen á los que lo ignoran.» Claro es que con este sistema no tenía el Hodja que gastar su elocuencia.

Nasr-Eddin va otro día á predicar á una ciudad. «¡Oh musulmanes, dice, el clima de vuestra ciudad y el de la mía son completamente iguales.—¿Cómo así? —Es evidente. Conté en mi país las estrellas que se veían y hay exactamente las mismas que aquí.»

Una vez iba el Hodja de camino por un sitio desierto y vió venir hacia él unos hombres á caballo. Juzgó que podían ser ladrones, y hallando á mano un sepulcro, se desnuda y entra en él. —¡Eh! buen hombre, le gritan, ¿por qué te metes ahí? —Este sepulcro es el mío, contesta el Hodja, y sólo he salido un momento á tomar el aire.

Nasr-Eddin se introdujo otro día en un huerto y comenzó á echar en un saco zanahorias, nabos y todo cuanto encontraba á mano. Preséntase en esto el hortelano y le dice: «¿Qué buscas ahí?» Turbado el Hodja asegura que una violenta bocanada de viento le ha arrojado al huerto. —Pero, ¿quién ha arrancado todo eso?—Si el viento ha tenido fuerza para lanzarme á mí de fuera adentro, bien puede haber arrancado todas estas legumbres. —Pero ¿quién las ha metido en el saco? —Precisamente me preguntaba yo eso, cuando tú has llegado.»

«—¿Qué se hace de las lunas viejas que han pasado de su último cuarto? preguntaron al Hodja.—Se rompen para hacer estrellas, contestó gallardamente (1).

Durante el mes del *Ramadán* (2), Nasr-Eddin, para seguir exactamente el ayuno impuesto á los fieles, pone cada día una china en un vaso. Jugueteando su nieta echa un puñado de chinas en el vaso. Poco después, pregúntase al Hodja á cuántos se está de ayuno. —Esperad un momento, dice. Entra en su habitación, cuenta las chinas del vaso y encuentra nada menos que ciento veinte. —Si digo este total, piensa el Hodja, me creerán loco; diré menos. Y vuelve y contesta: —Estamos á 45. —¡Por el Profeta! Pero si un mes

---

(1) Puede referirse á esta contestación del Hodja la ingeniosa de Gastón, en el *Yerno de M. Poirier,* de Edmundo Augier y J. Sandeau, acto III, escena I.

POIRIER.—Sois harto sensato para creer en la eternidad de la luna de miel.

GASTON.—Harto sensato, bien decís, y muy fuerte en astronomía; sin duda habréis leído á Enrique Heine. . . . .

. . . .

Pues bien, interrogado Enrique Heine sobre la suerte de las lunas viejas, contesta que se las rompe para hacer estrellas.

POIRIER.—No comprendo.

GASTON.—Cuando nuestra luna de miel sea vieja, la romperemos y habrá con qué hacer toda una vía láctea.

(2) Mes que se cuenta desde fines de Julio á fines de Agosto, y durante el cual está prohibido á los musulmanes beber, comer y aun fumar mientras está el sol en el horizonte. Siendo lunares los meses de los mahometanos, la duración del *Ramadán* es la de una luna. Corrido este tiempo comienza el Bairam, la fiesta mayor de los sectarios de Mahoma.

no tiene más que treinta, ¿cómo dices tú cuarenta y cinco?—Pues no he contestado á la ligera: si ajustáis la cuenta del vaso, estaríamos á ciento veinte.

Cierto día el Hodja se resolvió á partir con una caravana que salía de la ciudad. Precisamente tenía él un camello. ¿Por qué he de ir á pié? se dijo. Y se subió á su camello. En el camino, hubo de espantarse el animal y derribó á su amo pasando por encima de él. Á sus gritos acuden sus compañeros de viaje, y le prestan auxilio. Cuando volvió en su acuerdo; ¡Vengativo animal! exclama; porque me monté en él, ha querido hacer conmigo otro tanto.

Otra vez, compró el Hodja huevos á razón de nueve un *aspre* (1) y los revendió á razón de diez al mismo precio. ¿Por qué, le preguntaron, por qué das diez huevos al mismo precio á que te han dado á ti solo nueve? —Para que prospere el comercio.

Un día Nasr-Eddin fué á la mezquita y se puso á hacer oración prosternándose á la mahometana hasta tocar el suelo con la frente.

Uno de los fieles colocado detrás de él, le vió la bolsa y se la escamoteó. Lo notó, sin embargo, el Hodja y á su vez hizo otro tanto con un santo imán que tenía delante. Éste que también notó algo, se vuelve y le dice:—¿Qué haces?—Preguntádselo al que está detrás de mí, le contesta el Hodja.

Otra vez, sentado nuestro hombre á la margen de

---

(1) Seis *aspres* valen un céntimo.

un río, vió venir hacia él un grupo de diez ciegos, y trató con ellos pasarlos allende á razón de un *para* (1) por cada ciego. En la travesía cayó al agua uno de los ciegos, y todos se pusieron á gritar. —¿Por qué gritáis? les preguntó el Hodja con mucho sosiego: me pagaréis un pasaje menos y en paz.

El gracejo del Hodja le había valido tal reputación, que iban de todas partes á consultarle y proponerle enigmas. Una vez, ocultó un hombre un huevo en la mano y dirigiéndose á Nasr-Eddin, le dijo: —Si adivinas lo que tengo en la mano, te lo doy para una tortilla. —Dame algunas indicaciones y te contestaré, contestó el Hodja. —Blanco por fuera y amarillo por dentro. —¡Ah! Ya sé lo que es... un nabo relleno de zanahoria.

Esta salida del Hodja pudiera argüir que no merecía su reputación de agudo. Pero generalmente era más ingenioso y avisado. Una vez se echa una escala al hombro, la arrima á la cerca de un jardín, monta en el caballete, pasa la escala al otro lado y baja cómodamente al cercado ageno. Pero lo ve el jardinero y le grita: —«¿Qué haces ahí? —Estoy vendiendo escalas. —Por ventura, replica el jardinero ¿es este mercado de escalas? —¡Ignorante! ¿No puede uno vender escalas en cualquier parte?»

Pero no ya de los simples mortales se burla Nasr-Eddin; sino que tampoco hace escrúpulos de dirigir

---

(1) El *para* equivale próximamente á medio céntimo.

más alto sus facecias. Pues, señor, una mañana hizo testamento. «Cuando muera, dijo, quiero que se me dé tierra en un sepulcro viejo.—¿Y por qué? preguntáronle los asistentes. —Para que cuando los ángeles (1) vengan á interrogarme pueda yo decirles con visos de verdad, que ya he sido interrogado.»

Sucedía de vez en cuando que algunos chuscos pretendían burlarse del Hodja, aunque casi siempre iban por lana y volvían trasquilados. Tenía el Hodja un cordero que había criado cuidadosamente, y un día, habiéndose reunido sus amigos, toman el animalito y se lo llevan para comérselo. Llega Nasr-Eddin y lo reclama. Pero ellos de acuerdo le dicen:—¡Bah! Mañana es el fin del mundo ¿qué harás del cordero? Déjalo aquí y lo aprovecharemos. El Hodja se niega á dar crédito á noticia tan extraordinaria. Pero sobreviene otro compadre y le asegura lo mismo. Finge entonces Nasr-Eddin creer á aquellos apóstoles del Juicio final, se aligera de ropa, mata su cordero, enciende una buena hoguera y pone la res en el asador. Entretanto, confiados ya los otros, se despojan también de sus vestidos y se ponen á jugar alegremente. Cuando menos lo pensaban, recoge el Hodja todos los vestidos y

---

(1) El ángel bueno y el malo llamados Munkir y Nekir, son, según las creencias musulmanas, los ministros del juicio de los muertos, á quienes interrogan luégo que los ponen en el sepulcro. Según las respuestas de los muertos y la referencia hecha por los ángeles á Alah, son conducidas las almas al paraíso ó al infierno.

los echa á la hoguera. — ¡ Eh ! ¿ Qué haces? gritan los otros.—Ya lo veis, contesta el Hodja tranquilamente. ¿ Para qué queréis la ropa si mañana se acaba el mundo? »

Otra vez entró un ladrón en su casa, recogió cuánto encontró á mano, se cargó el botín á la espalda y salió. Apenas hubo salido, recoge Hodja lo que quedaba y sigue al ladrón hasta su puerta.—«¿ Qué quieres? le pregunta éste.— ¡ Cómo ! exclama Nasr-Eddin. ¿No es aquí dónde nos mudamos? »

Poco tiempo después, Nasr-Eddin pidió prestada á un vecino una caldera, que le devolvió luégo que se sirvió de ella, añadiendo una cacerola.—«¿Cómo viene con mi caldera una cacerola? preguntó el vecino. —Es que ha parido, contestó el Hodja. El vecino calló y se llevó ambos utensilios. Al cabo de algunos días vuelve el Hodja á tomar prestada la caldera y esta vez ya no la devolvió. Pasado algún tiempo, va el vecino á llamar á la puerta del Hodja. ¿Qué quieres? le dice éste.—Pero, hombre, mi caldera.—¡ Ah ! Se ha muerto.—¡ Bah ! ¿ Cómo puede morirse una caldera? No lo creo.—Pues bien creíste que había parido.»

Un *mollah* (sacerdote musulmán que desde lo alto de la mezquita llama á los musulmanes á la oración á ciertas horas) habiendo recorrido la Arabia, la Persia, la India, sin poder encontrar quien le contestara á ciertas preguntas, fué á Ak-Chéhir, atraído por la fama del Hodja. En el camino compró unas granadas y las guardó en un saco. Llegó cerca de Nasr-Eddin y se

inclinó profundamente.—Salud á ti, Mollah-Effendi (1) le dijo el Hodja. — Vengo á proponerte algunas cuestiones. Nuestro hombre contesta, que está á sus órdenes, pero al mismo tiempo le da á entender que no quiere trabajar gratis. El *Mollah* saca entonces las granadas y se las da al Hodja, el cual despachándolas una tras otra, satisface la curiosidad del otro. Cuando se las hubo comido todas, cesó de hablar.—Todavía queda una pregunta, dice el mollah.— Te engañas sin duda, amigo mío, contesta el Hodja: no quedan ya granadas.

Nasr-Eddin solía aturrullarse más con los animales que con los hombres. Un día le encargaron que llevase veinte asnos á un pueblo inmediato. Mal negocio, sobre todo si había que impedir que los indóciles cuadrúpedos fueran paciendo á uno y otro lado del camino. El Hodja se cansa de correr tras los asnos á derecha é izquierda. Al fin, fatigado de este ejercicio, monta en uno de los asnos, y para ver si están todos, los cuenta y no encuentra más que diez y nueve. Cree que se ha extraviado uno, echa pié á tierra, busca por todas partes y el asno que faltaba no parece. Vuelve á contar y esta vez cuenta veinte. Tranquilo ya, vuelve á montar su asno, y ocúrrele la idea de contarlos otra vez. Esta vez no encuentra más que los diez y nueve.

(1) Título de honor que se da en Turquía, por mera cortesía, á muchas personas que no tienen á él ningún derecho real. *Effendi* significa señor.

¿De qué puede provenir semejante fenómeno? El Hodja pierde el juicio. Por fortuna acierta á pasar por allí un venerable anciano, á cuya experiencia somete la dificultad. Con gran esfuerzo de raciocinio y de cálculo, el obsequioso anciano acabó por hacerle comprender que si no encuentra más que diez y nueve asnos, cuando está montado, consiste en que no cuenta el más inmediato á su persona.

Pero el Hodja mostraba en general más presencia de ánimo. Cierto día que llevaba hígado á su casa, déjase caer de los aires un milano y se lo arrebata. Nasr-Eddin no pierde el tiempo en correr detrás del ladrón. Precisamente pasa por su lado un hombre con un hígado en la mano; se lo arrebata á su vez y va á sentarse á la punta de una roca inmediata.—«¿Por qué me despojas así? le pregunta el otro afligido. —Ensayaba el medio de que me valdría para comer si fuera milano.»

El Hodja se parece á la hormiga del bueno de La Fontaine. Si es ladrón por casualidad, como lo prueba la anterior anécdota, no es en cambio amigo de prestar, y váyase lo uno por lo otro. Una vez va un quídam á pedirle su cuerda. Finge él entrar en su aposento y sale diciendo que han puesto á secar harina sobre ella.—«Pues ¿se pone á secar harina sobre las cuerdas? —¡Oh! cuanto menos se quiere prestar una cosa, más harina se pone á secar sobre ella.»

Bien que la leña no está cara en Turquía, el Hodja va á hacerla á los bosques inmediatos. Súbese un día

á un árbol, instálase en la rama principal y comienza á darle hachazos sin prever que ha de venir con ella á tierra. Un pasajero le advierte el peligro; pero él no hace caso, sigue cortando la rama en que está acabalgado hasta que al fin viene abajo con ella. Nasr-Eddin corre tras el oficioso pasajero que le dió el buen consejo, y tomándolo por un profeta:—«¡Eh! amigo! le grita; puesto que has previsto que había de caer con la rama, díme también cuándo he de morirme.» El pasajero, por desembarazarse de él le contesta:—«Si tu asno rebuzna dos veces al subir una cuesta, la mitad de tu alma se escapará al primer rebuzno y la otra mitad al segundo.»—El Hodja continúa su camino y al segundo rebuzno, se echa á tierra exclamando: ¡Muerto soy! Reúnese gente al rededor, traen un ataúd y lo meten en él. En el camino encuentran un arroyo fangoso y se ven muy embarazados para seguir adelante. El Hodja entonces levanta la cabeza y dice indicando una vereda:—«Cuando estaba yo vivo pasaba por allí.»

Nasr-Eddin asistió un día á una comida de bodas, vestido con ropa vieja, y los convidados no le guardaban ninguna atención. Lo echa de ver el Hodja, se escabulle, corre á su casa y se pone un traje nuevo. Vuelve así engalanado y apenas llega á la puerta, le invitan á entrar haciéndole mil zalemas. «Siéntate, le dicen, á la cabecera de la mesa. — Dad de comer á mi traje, dice indicándolo. — ¿Cómo así? le preguntan los convidados.—Mi traje merece los honores del

festín: ¿por qué no ha de tener también el beneficio?»

Otra vez volvía y revolvía su turbante sin poder reunir las dos puntas, y tanto se impacientó que lo llevó al mercado para venderlo. Alguien entró con él en trato para comprárselo.—«Amigo mío, le dijo el Hodja al oído; guárdate de comprarlo porque no se pueden reunir sus puntas.»

Cierto día fué un vecino á buscar al Hodja y le rogó que le prestara su asno.—No está en casa, contestó Nars-Eddin. Pero apenas lo hubo negado, cuando se puso el asno á rebuznar.—Pero, señor, ¿cómo dices que el asno no está en casa, cuando él mismo dice lo contrario?—¡Cómo se entiende! exclama el Hodja en són de enojo; ¡no me crees á mí, que soy un anciano respetable por mis canas, y das crédito á un asno!

Algún tiempo después dijo Nasr-Eddin á su mujer: «¿En qué conoces tú que un hombre está muerto?—En que tiene fríos los piés y las manos.» Pocos días después va el Hodja al bosque y sintiéndose frío de piés y manos: «¡Muerto soy! exclama. Y se deja caer al pié de un árbol. Acuden luégo los lobos y comienzan á devorar á su asno.—«¡Fortuna, les dice el Hodja, que está muerto el amo del asno.»

Una vez en tiempo del Hodja, tres frailes doctos en todas las ciencias, viajando por el mundo, llegaron á los Estados del sultán Alá-Eddin (1), quien les invitó

(1) Este príncipe de Karamania vivía á fines del siglo XIV. En 1392 fué despojado de sus Estados por el sultán de los otomanos Bayaceto Hilderim.

á convertirse al islamismo.—«Con mil amores, contestaron los frailes, á condición de que se conteste á todas las preguntas que hagamos.» Luégo al punto reune el sultán todos sus sabios y teólogos; pero ninguno de ellos supo contestar. El sultán manifestaba ya su despecho cuando un cortesano propuso llamar al Hodja. El Hodja llegó luégo cabalgando en su asno, saluda al sultán y toma asiento entre los doctores, los cuales lo ponen en autos. — Vengan preguntas, dice. —¿En qué lugar está el centro de la tierra? dice uno de los frailes. El Hodja señala con un palo un punto entre los piés delanteros de su asno.—«He aquí, dice el centro de la tierra. —Eso lo dices tú, repuso el fraile.—Si no lo crees, puedes medir y verás si encuentras de más ó de menos para rectificar mi dicho.»—Otro fraile se adelanta luégo y dice: —«¿Cuántas estrellas hay en el cielo?—Tantas como pelos en mi asno.—¿Cómo puedes saberlo, si no los has contado?—Y tú, fraile, ¿has contado acaso los pelos de mi asno ni las estrellas del cielo?—Si contestas á otra pregunta, añade el mismo fraile, podremos saber si es exacta tu cuenta. ¿Cuántos pelos hay en mi barba?—Tantos como en la cola de mi asno.—¿Qué pruebas tienes de ello?—Si no me crees puedes contarlos.—No me doy por satisfecho.—Pues bien, arranquemos los pelos de tu barba y los de la cola de mi asno y los contaremos fácilmente.»—Los frailes se dieron por satisfechos y se hicieron musulmanes, aliándose con el Hodja.

Cuando Timur-Lenk, vencedor de Bayaceto en An-

cira, avanzó sobre Ak-Chéhir, Nasr-Eddin quiso ir á saludarlo. Pero ¿qué ofrecerle? Hodja no era rico, y se decidió á llevar al sultán algunas frutas, porque la estación de las flores había pasado. La mujer del Hodja le aconsejó que comprara una canasta de membrillos dorados como el oro. Nasr-Eddin, después de madura reflexión, se procura un cesto de higos, como para mostrar á su mujer qûe podía pasar sin su consejo. Timur acoge al Hodja amistosamente, acepta el presente y aun se digna llevarse á la boca un higo. Nasr-Eddin se ve ya colmado de honores: el sultán va á darle en cambio sin duda un diamante. Pero Timur encuentra el higo de pésimo sabor, lo escupe y tomando los otros se los tira á la cara. Nasr-Eddin, desconcertado y triste, se retira y refiere á su mujer la mala ventura, y le dice: «¿Qué tal? Si yo te hubiera escuchado ¿cómo tendría la cara? Porque comparados con los higos, los membrillos son duros como piedras.»

La observación era juiciosa, menos aun seguramente que otras de Nasr-Eddin, que tendría cierto derecho á llamarse el La Palisse de Oriente. Una noche la mujer del Hodja lava el *caftán* de su marido y lo cuelga en el jardín. Nuestro hombre cree ver á alguien con los brazos abiertos, toma su arco y sus flechas y agujerea el *caftán*, cierra la huerta y se acuesta. El día siguiente ve con pesar que había tirado al *caftán*. «¡Cracias, oh Alá! exclama; gracias por no haber permitido que estuviera yo dentro: de otro modo ya estaría muerto.»

Otra vez Nasr-Eddin y su mujer van á lavar ropa y estando ya en ello, viene un cuervo y se lleva el jabón: «¡Ah! Nasr-Eddin, exclama la mujer, persigue al grajo, pues se lleva el jabón.—Cállate, mujer, eso no es nada; déjalo que se lave: así como así más necesidad tiene él que nosotros de blanquearse.»

Se preguntó una vez al hijo del Hodja mostrándole una berengena: «¿Qué es esto?—Una ternerita que aún no ha abierto los ojos.—¡Oh! exclamó gozoso el padre: él solo ha aprendido eso; no he sido yo quien se lo ha enseñado.»

Un campesino llega un día á casa de Nasr-Eddin y le regala una liebre, y se le recibe con honor. La semana siguiente llega de nuevo el campesino sin traer nada esta vez. «¿Quién eres? le pregunta Hodja.—El hombre que te trajo la liebre.» Se le recibe otra vez y se le trata bien. Algún tiempo después se presentan muchos individuos pidiendo hospitalidad. «¿Quiénes sois? pregunta el Hodja.—Somos los vecinos del que te trajo la liebre.» Se les acoge todavía y no se les trata mal. Pasan muchos días y luégo llama á la puerta una turba de gente. «¿Quién sois? pregunta el Hodja al jefe de la partida.—Somos los vecinos de los vecinos del que te trajo la liebre.—Muy bien venidos,» repuso Nasr-Eddin. Y les puso delante sendas tazas de agua clara. «¿Qué viene á ser esto? preguntan los forasteros.—Esto viene á ser, contesta gravemente el Hodja, la salsa de la salsa de la liebre.»

Al lado de estas malicias á veces ingeniosas ¡cuán-

tas ingenuidades no se encuentran á cada página de la colección! Uno de los discípulos de Nasr-Eddin era negro y se llamaba Hammad. Un día que el Hodja se manchó de tinta: «¿Qué es eso? le preguntaron.—Algunas gotas de sudor que me habrá echado Hammad.»

Un quídam va otro día á alojarse en casa del Hodja. Llegada la noche, Nasr-Eddin, que duerme en la misma habitación que su huésped, se mete en cama y un momento después, mata la luz. «La lamparilla está á tu derecha, dice luégo el viajero, dámela para encender luz.—¿Estás loco? contesta Hodja. ¿Cómo sabré yo á oscuras dónde tengo la mano derecha?»

Cierto día que el Hodja se hallaba solo en su casa, imaginó hacer un hoyo para esconder una cantidad de dinero que tenía. Pero reflexiona de pronto que sabiendo ya dónde está el escondrijo, pudiera suceder que él se robara á sí mismo. Entonces entierra su dinero en otro lugar. Preocupado siempre, sin embargo, iba y venía diciendo: «No, no es este el sitio seguro todavía.» Había una colina enfrente de su casa. Va á su huerto á cortar una larga pértiga, pone su dinero en un saco, lo ata al extremo de la pértiga y la planta derecha en lo alto de la colina. «El hombre no es un pájaro, decía mirando desde abajo su tesoro. ¿Cómo podría alcanzarlo adonde está? Buen sitio he elegido al fin.» Pero estaba un pícaro observándolo, y luégo que se alejó el Hodja, sube á la colina, arranca la pértiga, toma el saco y vuelve á plantar la pértiga donde estaba frotándola con boñiga de buey. Luégo puso

piés en polvorosa. Poco después, el Hodja que tiene necesidad de dinero, va á la colina y ve la pértiga, pero no el saco; pero observando que el palo estaba manchado de boñiga: «¡Cómo! exclama. ¡Decía yo que un hombre no podría alcanzar al extremo de la pértiga y alcanzó un buey! ¡Gran milagro! La misericordia de Alá vaya con mi dinero.»

Otro día Nasr-Eddin, tranquilo como estaba en su casa, oye llamar á la puerta. «¿Quién es?—Baja, dice un mendigo.» El Hodja baja y le pregunta qué quiere. «Una limosna.—En buen hora; sube conmigo.» Una vez arriba: «Dios te ampare, le dice.—¿Por qué me has hecho subir para decirme esto?—Y tú ¿por qué me has hecho bajar para decirme lo otro?»

Un día va Nasr-Eddin á sacar agua del pozo y ve en él la imagen de la luna como si hubiera caído á lo hondo. «Hay que sacarla del pozo sin demora, dice el Hodja para sí.» Y en efecto, toma una cuerda provista de un gancho y la lanza al pozo. La cuerda se engancha en una piedra, tira violentamente él y cediendo al fin la cuerda, cae el Hodja patas arriba, y viendo entonces la luna en el cielo: «¡Dios sea bendito y alabado! exclama entonces; yo me he roto las costillas; pero á lo menos he puesto la luna en su sitio.»

Después de haber contado estos pasos y chascarrillos, y muchos otros aún más insignificantes ó menos recatados, el autor de la colección de las facecias del Hodja, añade á manera de conclusión las líneas siguientes:

« Véase cómo Nasr-Eddin el Hodja estaba instruído en todas las ciencias é iniciado en todas las sutilezas de ingenio, y cómo con sus lecciones instruía á su vez á todos los que le consultaban. Á las veces eran incomprensibles sus conceptos, como quiera que, durante sus lecciones, le inspiraba el invisible y poderoso Alá, colmándole de revelaciones. Era verdaderamente un sabio. ¡La misericordia de Alá sobre él y los suyos, la misericordia y la protección! »

El elogio es un tanto excesivo. Á fe que si se hubiera tratado de algún santo venerado del islamismo, no se hubiera expresado de otro modo el autor. Pero hay que tener en cuenta las hipérboles del lenguaje oriental. Los orientales suelen dar de buen grado un huevo por un buey: son modismos á que no ha de darse demasiada importancia. El narrador de las aventuras del Hodja quiere decir simplemente que su héroe es un personaje no desprovisto de razón y que á veces revela buen juicio y aun ingenio; en lo cual estamos de acuerdo. El Hodja es uno de esos *morósofos* que hemos encontrado alguna vez entre los bufones domésticos, los cuales bajo su aparente ingenuidad suelen ocultar un gran fondo de buen sentido y agudeza de ingenio. Si no ponemos en la cuenta algunas facecias un poco frías, ó pueriles, ó difíciles de aceptar por los lectores contemporáneos, bien podemos explicarnos la popularidad del Hodja aun entre los turcos instruídos. ¿Por ventura tenemos nosotros la certeza de que, dentro de cinco ó seis siglos, los chistes y donaires que hoy hacen gracia

entre los refinados de nuestra generación no parecerán más insípidos á nuestros descendientes que las bufonerías del Hodja? ¿Y qué sería si, al cabo de este tiempo llegaran á un público oriental por medio de una traducción que los desfigurara? Es muy probable que no entendería nuestras sutilezas de ingenio ni les hallaría sabor ninguno, mientras nosotros sonreímos todavía leyendo muchas de las ocurrencias del morósofo otomano.

III

Los bufones populares en Francia.—Polichinela.—Los farsantes del palacio de Borgoña.—Tabarin

Hemos dado la vuelta á Europa en busca de bufones populares que desciendan más ó menos directamente del *Maco* de las atelanas. Réstanos indicar los tipos del mismo género que hicieron las delicias de nuestros padres y no han desaparecido todavía de nuestras plazas públicas, donde se les encuentra bajo la reducida forma de títeres para los niños.

Dos Polichinelas, de ingenio, costumbres y maneras diferentes, encantaron á los franceses en los siglos XVII y XVIII, en los tablados del teatro de la Feria. El uno es el *Pulcinella* napolitano importado en Francia por artistas italianos, entre los cuales hay que citar en primera línea á Miguel Ángel de Fracassano, que se estrenó en este papel en 1685, y llevaba un traje de

tela blanca ó de varios colores, con una máscara, una joroba y una gran nariz. Á este Polichinela representan muchas estampas de principios del último siglo con la siguiente leyenda: « Máscara burlesca que habla la lengua de los campesinos napolitanos, y está vestido de tela blanca. Remeda al tonto y al estúpido.» Uno de estos grabados va acompañado de los versos siguientes:

«*Si Polichinelle a grand mine*
Armé de pincettes et de gril;
Son cœur sait braver le péril
Que l'on rencontre à la cuisine (1).»

Al lado de este bufón exótico, hay otro Polichinela, tipo esencialmente nacional, que no proviene exclusivamente del Maco de las atelanas (2), sino que recuerda en el más alto grado el buen humor y el gracejo galo. Es un perillán vivo, listo, ligero, jovial, especie de gascón que con su ingenio, espontaneidad y arranque, hace pensar en el personaje tan popular de Enrique IV, sin nada de la pesadez ni de la insaciable glotonería del bufón romano. Cierto que él también ostenta dos jorobas; pero de tiempo inmemorial viene siendo en Francia la joroba como el signo caracterís-

---

(1) Si Polichinela se distingue por su buen porte, armado de tenazas y parrillas, su corazón sabe arrostrar el peligro, que suele encontrarse en la cocina.

(2) V. C. Magnin, *Histoire des Marionettes*, pág. 127.

tico de la farsa burlona (1). La primera joroba es pues una alusión á la jovialidad y buen humor del personaje. La segunda recuerda la reluciente y redonda coraza de los guerreros y los vientres prolongados en forma de punta, como los zapatos llamados *à la poulaine* ó de punta empinada, muy á la moda en el siglo XVII. Este Polichinela se refiere aún á aquella época por ciertos detalles de su traje. Así es que lleva, no el famoso tricornio de hoy, sino el fieltro levantado á lo Enrique IV.



Pulcinella, 1685.

Hacia 1630, Polichinela hasta entonces actor viviente, pasó de los tablados populares á la compañía de los cómicos de palo, como la *tía Gigogne,* otro personaje bufonesco, de que se trata en el *Diario manuscrito* del Teatro francés, con fecha de 1602 (2). Bajo esta nueva forma, vino á ser

---

(1) M. Magnin refiere á este propósito que en el siglo XIII, Adam de la Halle llevó el apodo de *El Jorobado de Arras,* sin tener ninguna joroba, y sólo á causa de su mordaz gracejo.

(2) Los *Enfants sans-souci* que intentaban lo imposible para sostenerse en el teatro del Mercado, imaginaron un nuevo carácter para

Polichinela casi un personaje político. Los dos Briochés, Juan y Francisco, le hicieron representar *Mazarinadas;* por ejemplo, en 1649, una carta de Polichinela á Julio Mazarino. Los muñecos de Brioché estuvieron en boga á fines del siglo XVII, establecidos al cabo de la calle Guénégaud en un sitio llamado *Château Gaillard.* Boileau, en su 7.ª epístola, dirigida á Racine en 1667, habla de Francisco Brioché (verso 105).

El triunfo de Polichinela fué aún considerable en el siglo XVIII (1). Tenía permiso para hacerlo todo, cantar, tocar, bailar y aun ridiculizar los escándalos ó ligeros sucesos de la corte, lo cual era un elemento seguro de éxito y prosperidad en tiempo en que el público se consolaba con canciones de los desastres

---

hacer más divertidas sus farsas. Uno de ellos se disfrazó de mujer y apareció con el nombre de Mad. Gigogne, personaje que agradó sobre manera y desde entonces representaron hombres este papel. Citado por Magnin, *Hist. des Marion.*, p. 131.

(1) Pedro Bayle, el célebre escéptico, que combatió tan vigorosamente la intolerancia de Luis XIV en la época de la renovación del Edicto de Nantes (1685), era muy aficionado á las facecias de Polichinela y no dejaba nunca de detenerse en sus representaciones, en las cuales hallaba el mayor placer. Refiérese también que el inglés Curray, uno de los oradores más célebres del parlamento británico en el último siglo, debió á Polichinela también la revelación de su talento. Un titiritero hubo de establecer un día su teatro en la plaza pública de Newmarket. Curray, muy niño aún, atraído por el espectáculo, obtuvo permiso del empresario para hablar con Polichinela, y su espontaneidad, sus donaires y alusiones llamaron la atención de los circunstantes. El éxito fué grande y animado, Curray se aplicó al estudio y llegó á ser abogado, miembro de los Comunes y canciller en 1806. Es chusco ver á Polichinela formar un ministro inglés.

que valía al país la apatía é incuria del gobierno de Luís XV.

En los años que siguieron á la revolución hubo de languidecer la fortuna de Polichinela. Después de 1830 apareció una especie de heredero suyo, en *Mayeux*, tan popular bajo la monarquía de Julio. Mayeux, jorobado, como Polichinela, de ojos vivos, de nariz roja, de labios gruesos, jurador eterno, irreligioso, glotón, testarudo, beodo y licencioso, divirtió á nuestros padres por espacio de diez y ocho años. Personaje de múltiples aspectos, Mayeux era sobre todo un bufón político, un *Punch* francés, ardiente patriotero, bravo guardia nacional, devotísimo de la Constitución, intransigente en su oposición al poder, tipo del pequeño burgués orgulloso de haber colaborado en las *tres gloriosas*... ocultándose en su casa. Los caricaturistas han sacado mucho partido de Mayeux, dándole con frecuencia la fisonomía de los hombres políticos de la época como en el dibujo que reproducimos y en el cual se ha querido representar á Carlos X con los rasgos del bufón á la moda (1). Hoy Mayeux no existe ya y su ascendiente Polichinela ha decaído mucho de su gloria. El héroe de tan alegres bufonerías, el risueño burlón que por tantos siglos empuñó el cetro de la risa popu-

(1) Los chistes inventados sobre el personaje de Mayeux son innumerables. He aquí uno de los más conocidos: Mayeux es presentado un día al arzobispo de París:—«¿Cómo está Vuestra Eminencia? le dice. —Muy bien, Mr. Mayeux, contesta el prelado. ¿Y la vuestra? Hemos dicho que Mayeux era jorobado como Polichinela.

lar, está ya reducido á divertir á los niños en nuestros jardines públicos, ó á escabullirse de los bailes de máscaras del martes gordo ante el impasible municipal, austero guardador de la paz y de la decencia públicas.



Mayeux (Carlos X), copia de Xavier.

Polichinela y sus compadres de la comedia italiana, Arlequín, el Doctor, Casandro, Colombino, no son los únicos actores populares que hayan atraído á la multitud al rededor de sus tablados. Sin querer entrar, ni aun á la ligera, en la historia del teatro francés, lo que sería salir del cuadro de este trabajo, hemos de indicar algunos nombres de farsantes célebres, que fueron más bien bufones que cómicos, y de los cuales el más conocido, el de Tabarin, ha pasado á proverbio.

Sabido es el origen de la palabra *farsa.* Llamábase *farta* ó *satura lanx*, en Roma, á un plato de alimentos de todas clases y procedencias condimentados y cortados en pedacitos formando una especie de picadillo. Por analogía, se designó con el nombre de farsa una obra dramática y á veces un simple diálogo, especie de revista de varios asuntos salpimentado de chistes

arriesgados y burlescos. Decíase igualmente *pièce farcie* para significar una pieza en que se mezclaban con la lengua vulgar palabras tomadas de una ó muchas lenguas extranjeras. La farsa pasó de Italia á la Galia, donde fué prohibida en 789 por una capitular de Carlomagno. Subsistió, sin embargo, en los tablados de los titiriteros, entre los boticarios y médicos ambulantes y en los teatros foráneos. La Cofradía de la Pasión (1), los actores de *farsas y moralidades*, los pasantes de la *Basoche* y los *Enfants Sans-Souci*, continuaron en la Edad media y en los comienzos del teatro moderno las tradiciones de la farsa antigua. Entre los personajes, actores y autores á la vez, que en este género se granjearon popularidad extraordinaria, se citan: Juan de Serre, que en tiempo de Francisco I hacía el papel de gracioso, y el Jorobadillo, Juan, llamado de *Pont-Allais*, que hacia 1550 daba representaciones en los alrededores del puente practicado sobre un albañal de este nombre, cerca de San

---

(1) Los *Cofrades de la Pasión* y los *Enfants sans-souci*, fueron las dos compañías de actores organizadas en la Edad media, bajo el reinado de Carlos VI. Representaban *Misterios*, que ponían en escena personajes del Antiguo y Nuevo Testamento, ó bien exponían algún suceso célebre de la vida de los santos, *moralidades*, piezas alegóricas en que se proponía el autor el desarrollo de un pensamiento filosófico, *farsas*, que eran ordinariamente piezas burlescas en que se castigan los vicios y ridiculeces de la especie humana. Llamábase *Basoche* ó *clercs de la Basoche* la corporación de los farsantes del Palacio de Justicia. Éstos elegían un jefe que se llamaba *rey de la Basoche* y celebraban fiestas en que representaban farsas, sobre todo

Eustaquio. Pero estos farsantes, á partir de 1629, quedaron eclipsados por los cómicos del Palacio de Borgoña, establecidos en parte de los terrenos del antiguo palacio de los duques de Borgoña en la calle de Mau-



Gauthier - Garguille. Gros Guillaume.

conseil. Estos *cómicos ordinarios del rey*, que representaban al aire libre la tragedia, la comedia y la farsa, usaban en general dos pseudónimos, uno para las piezas serias, y otro para las grotescas.

Tres de estos actores, sobre todo, dieron celebridad

al teatro que dirigían, Gros-Guillaume ó Guillermón, Gauthier-Garguille y Turlupin, de los cuales, el primero fué el más popular. Había sido panadero antes que farsante y su verdadero nombre era Roberto



Turlupin.

Guérin. Iba enganchado con dos cinturones, uno en el vientre y otro en el estómago, lo que le daba cierta semejanza á un tonel. No llevaba máscara, pero se enharinaba la cara, y á pesar de los sufrimientos de una enfermedad aguda que le hacía llorar, nunca se pre-

sentaba en escena sin excitar la hilaridad del público, que tomaba por contorsiones burlescas los visajes que le arrancaba el dolor, y más y más se reía.

Al lado de Gros-Guillaume, se hacía aplaudir Gauthier Garguille ó *Fléchelles,* que en realidad se llamaba Hugo Guerú, y hacía los papeles de anciano ridículo. Su cuerpo delgado, sus piernas largas y flacas, su abultado rostro, que ocultaba una máscara de vejancón, contribuían lo mismo que su dicción á sus triunfos. Fuera del teatro era muy estimado. Cuando murió, su viuda que era hija de Tabarin, se casó con un caballero normando.

Turlupin ó Belleville, de nombre propio Enrique Legrand, completaba el triunvirato del Palacio de Borgoña, y representaba los papeles de criado, trapacero é intrigante. Este

Grand maître Aliboron, ennemi de tristesse,

como lo llamaban, fué autor de las chuscadas ó chanzonetas llamadas de su nombre *turlupinadas.* «Era excelente farsante, dice un contemporáneo, Robinet; sus ocurrencias rebosaban de ingenio, de ardor y buen juicio. Sólo le faltaba alguna ingenuidad, y con todo eso, todos aseguran que no ha tenido rival. Bien que rojizo, tenía muy buen semblante y era un buen mozo. Era diestro, agudo, disimulado y de trato muy agradable.»

Cuentan que Guillermón (Gros-Guillaume), Gauthier Garguille y Turlupin habían representado farsas al

principio en un teatrito portátil en un juego de pelota, cerca de la puerta de Santiago, trabajando de una á dos para los estudiantes y por la noche. El precio de entrada eran dos sueldos y seis dineros (1). Parece que el público tomaba gusto á este espectáculo, por cuanto los cómicos del Palacio de Borgoña hubieron de quejarse á Richelieu de que les hicieran la concurrencia estos tres titiriteros (2). El terrible cardenal frunció su olímpico entrecejo y envió á los tres farsantes al *Palais-Cardinal* (hoy el *Palais-Royal*). Después, queriendo juzgar sin duda por sí mismo, les ordenó que representaran en su presencia una pieza de su repertorio, y ellos se dieron prisa en deferir á las órdenes del omnipotente ministro. Gros-Guillaume, disfrazado de mujer, temblaba delante de su marido, que con la espada en la mano quería cortarle la cabeza. La escena duraba mucho tiempo. En vano la supuesta esposa, ora de rodillas, ora de pié, había dirigido las más tiernas súplicas á su marido, tan implacable como el mismo Barba Azul.—Eres una máscara, gritaba éste; no tengo que darte cuenta de nada; he de matarte.—En este momento crítico encontraba

---

(1) El sueldo equivalía á la vigésima parte de la libra de plata, y el dinero era la duodécima parte del sueldo ó la 240.ª parte de la libra de plata.

(2) En 1543 edificaron el teatro del palacio de Borgoña los *Cofrades de la Pasión ;* pero no pudieron conservarlo mucho tiempo, pues tuvieron que ceder su privilegio á los *Enfants sans-souci* que conservaron en su poder el teatro hasta 1629.

Gros-Guillaume súbita inspiración.—Querido esposo mío, decia con voz empapada en lágrimas; te lo suplico por aquella sopa de col que te dí á comer ayer y tú



El Doctor. Guillot-Gorju.

encontraste tan buena.—Á este recuerdo tan oportunamente traído, el esposo sentía aplacarse su cólera y muy luégo se ablandaba.—«La muy desollada me ha tocado en mi flaco.» El cardenal se desternillaba de risa. Luégo invitó á los cómicos del Palacio de Borgoña á que se asociaran con los tres titiriteros; y

así fué cómo vino á formarse en 1629 la célebre compañía, que ocupa tan alto puesto en la historia dramática de aquel tiempo.

Según otra tradición, Gros-Guillaume hubo de morirse de miedo en la prisión en que se le pusiera por orden de un magistrado á quien había remedado. Turlupin y Gauthier-Garguille cayeron enfermos al saber el triste fin del amigo y compañero y sucumbieron á á su vez algunos días después.

Todavía parecerá la anécdota menos verosímil si se reflexiona que Gros-Guillaume murió á la edad de ochenta años, lo que parece alejar la hipótesis de tan trágico fin.

Después de los tres inseparables, inseparables hasta en la muerte, si se diera fe á la tradición que acabamos de referir, venía al Palacio de Borgoña Guillot Gorjú, personaje representado por Bertrán Haudouin de Saint-Jacques. Guy Patin refiere en sus *Cartas* (1), que había sido decano de la facultad de medicina de Montpeller. Á lo menos fué algún tiempo boticario de esa ciudad. Después viajó en compañía de charlatanes y en 1634 se estrenó en el teatro de Borgoña. Imitaba á los médicos con singular acierto, lo cual no es extraño, puesto que él mismo lo había sido. Su me-

---

(1) *Cartas,* tom. II, carta 222. Guy Patin era médico y literato y vivía en el siglo XVII. Fué decano de la facultad de medicina de París; pero es aún más conocido por su gracejo y por sus *Cartas familiares,* llenas de curiosos detalles sobre su tiempo, que por sus conocimientos y triunfos en el arte de curar.

moria era prodigiosa y enumeraba con extraordinaria volubilidad los nombres de los simples, de las drogas y de los instrumentos de cirugía. Al cabo de ocho años dejó el teatro y se estableció en su antigua profesión de médico en Melun, pero se aburría en este rincón del mundo y volvió á alojarse cerca del Palacio de Borgoña. «Era, dice un contemporáneo, un hombre muy alto y negro. Tenía los ojos hundidos, y aunque se parecía muy bien á un mono y no necèsitaba la máscara para salir á las tablas, no dejaba de ponérsela siempre.» El público le manifestaba mucha estimación, y su retrato apareció un día con esta inscripción:

« Guillot-Gorju, chacun admire
Et le savoir et le bien dire
Que tu débites en te moquant.
Et par ta docte rhétorique,
Le plus souvent, tu fais la nique
Au plus docte et plus éloquent.»

Otro grabado lleva estos cuatro versos:

«Il nous entretient du destin
Des Romains, des métamorphoses,
Et parlant français et latin,
Il dit toujours de bonnes choses.»

Al lado de Guillot Gorjú representaba Jodelet los papeles de criados, bufones y bobos. Se llamaba Julián ó Claudio Joffrin y fué padre de Jerónimo Joffrin, famoso predicador fuldense.

Venía luégo el *capitán Matamoros* (*Matamore* ó *Met-à-mort*) ó *capitán Fracasse*, cuyo tipo correspondía al capitán del antiguo teatro italiano. Su papel era



El capitán Matamoros.

el de un cobarde echándosela de valiente y matando á todo el mundo con la lengua. En los grabados que lo representan se leen estos versos:

« *Tout m'aime ou tout me craint, soit en paix, soit en guerre.*
Je croquerais un prince aussi bien qu'un oignon.»

Y en otro lugar:

«Ce capitan plein de boutades
Estalant ses rodomontades,
Sa grand'valeur aux assistants,
A tant d'artifice et de grâce,
Qu'il nous fait en la moindre farce
Rire et trembler en même temps.»

En la *Ilusión Cómica* de Corneille, un baladrón apostrofa así á Matamoros:

« . . . . Point de bruit.
J'ai déjà massacré dix hommes cette nuit;
Et si vous me fâchez, vous en croîtrez le nombre.»

Y Matamoros contesta:

«Cadédieu! ce coquin a marché dans mon ombre!
Il s'est rendu vaillant d'avoir suivi mes pas.
S'il avait du respect, j'en voudrais faire cas!»

Este tipo del capitán Matamoros se inspiró con toda evidencia en el *Miles gloriosus* (el soldado fanfarrón) de Plauto (1).

---

(1) Como nuestro Molière, Plauto que vivía en el siglo III antes de J. C. (227-183) era á la vez autor, actor y director del teatro. De las veinte comedias que de él quedan y que sólo forman una pequeña parte de su teatro, pues se cree que compuso hasta ciento veinte, hay pocas que hayan sido imitadas por algún cómico moderno. Molière, Regnard, Destouches, Andrieux le deben mucho. Molière, especialmente en el *Anfritrión* y el *Avaro*, y Regnard en el *Ménechmes* y el *Retour imprévu*, tomaron mucho de Plauto.

Otros personajes completaban la compañía bufonesca del Palacio de Borgoña: *Briguelle,* criado picaresco como *Turlupin*, *Jacquemin-Jadot*, ó el Doctor, hablador sempiterno, pródigo de sentencias y citas, y que en ocasiones no dejaba de salir apaleado.



Briguelle.

Sabido es que los triunfos del Palacio de Borgoña quedaron como eclipsados por los de la Compañía de Molière, que se estableció en París en 1659 y cuyos autores recibieron el título de *cómicos ordinarios del*

rey, cuando en 1680 se asociaron á la compañía del Palacio de Borgoña. Fundidas en una sola ambas compañías, abrieron, en Abril de 1689, el nuevo tea-



Jacquemin Jadot.

tro en la calle de *Fossés-Saint-Germain-des-Prés* (hoy calle de la *Antigua Comedia),* que ha venido á ser la Comedia Francesa.

Molière no se desdeñó de representar meras farsas, continuando así la tradición de sus rivales. La *Jalousie du Barbouillé*, el *Médecin volant*, el *Mariage forcé,* y

sobre todo, las *Fourberies de Scapin,* no eran sino farsas ó bufonerías, de las cuales la última á lo menos pasa por una obra maestra del género, bien que Boi-



Gandolin.

leau no perdonara á Molière haberla escrito, como se deduce de estos versos:

> . . . . . *Dans ce sac ridicule où Scapin s'enveloppe,*
> *Ne reconnaissait pas l' auteur du Misantrophe* (1).

---

(1) *Arte poética,* canto III, versos 399-400.

Pero el más conocido de los bufones populares no es un cómico agregado á ningún teatro, sino un charlatán, un farsante de plaza pública, el ilustre Tabarin.



Stenterello. Tabarin.

La Fontaine habla de Tabarin en su fábula del Cochino, la Cabra y el Carnero (1).

Une chèvre, un mouton avec un cochon gras,
Montés sur même char, s'en allaient à la foire.
Leur divertissement ne les y portait pas ;

(1) Libro VIII, fábula XII.

On s'en allait les vendre, á ce que dit l'histoire.
Le charton n'avait pas dessein
De les mener voir Tabarin.

En su comedia de *Ragotin,* M. de la Baguenaudière, dice de la tragedia que para agradar iba

.... Ramasser dans les ruisseaux des halles
Les bons mots des courtauds, les pointes triviales
Dont au bout du Pont Neuf, au son du tambourin,
Monté sur deux tréteaux, l'ilustre Tabarin,
Amusait autrefois....,

Mezclado el público

De la Cour des Miracles et du Cheval de bronze.

En fin Boileau reprocha á Molière en el *Arte poético* (Canto III, versos 397-398), haber

Quitté pour le bouffon l'agréable et le fin,
Et sans honte à Térence (1) *allié Tabarin.*

El famoso bufón que en el reinado de Luís XIII se hacía aplaudir en las farsas foráneas llevaba, según el medallón que se encontró en 1874 (*Magasin pittoresque*, 1874, p. 61), grandes mostachos y barba pun-

(1) Terencio, que escribía en el segundo siglo antes de nuestra era (200-159), suele pasar como rival de Plauto. Sin embargo, Plauto es siempre original, salvo en la idea primordial de sus comedias que toma casi siempre de los cómicos griegos que le precedieron. Terencio, al contrario, con más elegancia, corrección y pureza de estilo, no es mas que un traductor ó imitador de Menandro, poeta griego que floreció en el siglo IV antes de J. C.

tiaguda, y por traje una especie de justillo y una capota que le cubría el brazo derecho. Su semblante era bastante cómico; acaso fuera también jorobado; en todo caso tenía un hombro más alto que otro. Este Tabarin, consocio de Mondor, no su criado, como se creyó mucho tiempo, vendía bálsamos y ungüentos en el Puente Nuevo. Por lo demás parece que el nombre de Tabarin era el de un papel ó tipo y no el que había recibido de su padre el colega de Mondor. Voltaire dice lo contrario en su *Diccionario filosófico*. «*Tabarin:* nombre propio, hecho ya apelativo. Tabarin, criado de Mondor, charlatán del Puente Nuevo, en tiempo de Enrique IV, dió su nombre á los bufones parisienses.» Sin duda fué Tabarin al principio un nombre propio, que ha venido á ser apelativo; pero la transformación es anterior al supuesto criado de Mondor. Voltaire se dejó engañar por el hecho de que el Tabarin de Luís XIII, no de Enrique IV, tuvo una fama tan grande que hizo olvidar á sus antecesore, pareciendo ser el primero de ellos, cuando no era sino el último.

Según el *Diccionario crítico de historia y biografía* de M. Jal, cierto *Jehan Tabarin, italiano de Venecia,* vivía en París á mediados del siglo XVI. M. Jal encontró la partida de bautismo de este personaje en los registros, hoy quemados, de la parroquia de San Germán de Auxerrois (1).

---

(1) He aquí la partida: «El jueves 25 de setiembre de 1572, fué bautizado Maximiliano, hijo de Jehan Tabarin, italiano de Venecia y de Po-

Este italiano de Venecia era una especie de farsante ó bufón que debía de ser muy estimado del rey para que Carlos IX consintiera en ser padrino de su hijo, de quien fueron también madrinas, aunque por procuración, dos encopetadas damas de la corte. Este Tabarin fué verosímilmente el creador del tipo destinado á hacerse popular, cuando nuestro Tabarin, el del Puente Nuevo, lo sacó á la plaza pública. Acaso también diera origen á este nombre de la capota llamada en italiano *tabarino* y en francés *tabard*.

Sea de ello lo que quiera, el verdadero nombre del bufón del Puente Nuevo no era sino Juan Salomón. Este fué el apellido que llevaba su hija, la cual, como dijimos, se casó con Hugo Guerú, por mote ó sobrenombre Gauthier-Garguille. En cuanto á las *tabarinadas* ó facecias que prodigaba en sus tablados, sin haber sido su autor, y á las que se dieron al público á favor de este nombre popular, aparecieron en 1619 y duraron hasta 1664, fecha en que, según las conjeturas más probables, había muerto Tabarin hacía ya treinta años. Dicho se está, con esto, que no todas pertenecen al célebre farsante. Las ediciones que se han hecho con este nombre, han de estudiarse con cierta desconfianza, si se quiere tener una idea exacta del personaje.

---

loniada de Vincence su mujer, siendo padrino el noble Jehan Besme (el asesino de Coligny en la infausta noche de San Bartolomé) por el rey, y madrinas la noble dama Juana de Mauvoisin, por madama de Guisa, y Francisca Clerc, por madama de Nevers.»

Los testimonios contemporáneos están conformes todos en presentarnos á Tabarin divirtiendo al público con sus facecias, mientras Mondor era el empresario ó administrador de la Compañía. Estos espectáculos atraían un público numeroso (1). Puede creerse, por otra parte, que ambos á dos compadres vendían verdaderas drogas, como quiera que tenían parroquianos no ya sólo en el vulgo ignorante, sino también en la clase media y en las relativamente ilustradas. Sabemos, por ejemplo, que un sacerdote de la iglesia de San Pablo y San Luís (en la calle de San Antonio, al lado del Liceo Carlomagno), llamado Cristóbal Petit, compraba pomada á Tabarin, según él mismo dice, con fecha 27 de Marzo de 1620, en su *Diario* quemado en 1871 (2).

Por lo demás, Juan Salomón, llamado Tabarin, no era un cualquiera, sino un bufón de raza. Tenía memoria prodigiosa, ingenio fecundo en ocurrencias imprevistas, expresión picaresca y jovialidad comunicativa. Su sombrero tenía mucha parte en sus fantasías (3), tomando en sus manos variedad de formas. En su *Testamento Cómico,* lo lega á los cortesanos por no tener nada más variable.

Á partir de 1633, no se oye hablar ya de Tabarin:

---

(1) La causa principal de esta concurrencia era que no se pagaba por oir á Tabarin, bastando para adquirir este derecho comprar drogas.

(2) *Magasin pittoresque,* 1874, pág. 77.

(3) Hay un cuaderno de ocho hojas en 8.º sin fecha, muy raro, titulado: *Fantaisies plaisantes et facétieuses du chapeau à Tabarin.*

acaso había muerto ya en aquella época. Puede creer-



Teatro de Tabarin y de Mondor en el Puente Nuevo (De la Colección de Estampas).

se así por haber aparecido en 1634 una pieza titulada:

Encuentro de Gauthier-Garguille y Tabarin en los infiernos. Sin embargo esta no es una prueba absoluta, porque estas piezas burlescas eran con frecuencia



Jocrisse en Longchamp.

trozos de pura fantasía en cuya exactitud histórica no se paraban los autores.

De todas maneras, si Tabarin no había muerto en 1633, hay que creer que se había retirado de la vida pública para vivir en la soledad y en el reposo (1). Al-

(1) Es evidente que la fábula de La Fontaine que hemos citado más arriba, no prueba absolutamente nada sobre la fecha de la muerte ó

guien ha supuesto que, una vez enriquecido, se fué á vivir á una posesión feudal comprada con su dinero. Como el teniente de la *Dama Blanca*, Juan Salomón habría comprado un castillo con sus economías. En las piezas citadas por M. Jal, se le suele llamar señor de Fréty. Hay que reconocer que esta metamórfosis del charlatán del Puente Nuevo parece muy poco verosímil. Por más que Tabarin se esforzara en atraer al público, le habría sido preciso vender muchísimo ungüento y pomada para poder ahorrar las rentas de un castellano del siglo XVII. Y después de todo ¿no es probable que en su castillo hubiera sentido Tabarin la nostalgia, por decirlo así, de su tablado? La existencia tan suntuosa que se le supone, pero singularmente



Chodruc-Duclos en el Palacio-Real.

---

del retiro de Tabarin. No puede creerse que el bufón viviera aún en 1678. La mención hecha por el fabulista muestra solamente cuán vivo y popular era aún el recuerdo del célebre farsante.

tranquila y reposada de un castillo ó palacio campestre de provincia no estaba en su modo de ser. Un hombre acostumbrado á vivir al aire libre, á hablar á la multitud, á embriagarse con sus triunfos ¿podía reducirse á la monotonía de vida de un hidalgo campesino? Los documentos descubiertos por M. Jal no aducen pruebas bastante sólidas para que sirvan de base á semejante aserción. El título de señor de Fréty podía muy bien ser un nombre rimbombante que Tabarin se daba en el teatro para hacer más impresión en el público, como la calificación de doctor con que se engalanaba Mondor, bien que jamás hubiera sido médico. Conviene, pues, no tomar en serio estos títulos.

Tabarin no fué sin duda el último de los charlatanes de feria y de plaza pública, pues sus herederos han sido y son aún muy numerosos. Todos los charlatanes, titiriteros, vendedores de drogas y saltimbanquis, que trabajan en traje abigarrado, á són de tambor ú otro instrumento ruidoso, encima de un tablado ó de un carricoche, en las ferias de villajo ó en medio de las plazas públicas, los bufones grotescos, como Jocrisse, ó serios, como el Chodruc-Duclos del reinado de Luís Felipe (1), proceden de este ilustre ascendiente. Pero

(1) Todos los hombres de la generación de 1830 han conocido á este singular personaje, llamado el *Diógenes moderno*, que vestido de andrajos, se estuvo paseando diariamente, desde las cuatro á las diez en invierno y desde las dos hasta media noche en verano, por espacio de diez y seis años, bajo las galerías del *Palais-Royal*. Había sido en

ha de reconocerse que los descendientes de Juan Salomón no han heredado en alto grado el gracejo que le hizo á él tan popular.

---

otro tiempo realista militante; pero indignado del abandono en que le dejara su partido, después de un duelo en que mató á su adversario, uno de los La Rochejaquelein, había encontrado este medio de poner de relieve la ingratitud de sus antiguos amigos.

IV

Los bufones de ciudad.— Las asociaciones de bufones.— La Compañía de Clèves.—La « Mère-Folle » de Dijón

Hemos hablado hasta aquí de los locos domésticos al servicio de los príncipes y de los grandes personajes ó de los bufones populares que en las esquinas de las calles y en las plazas públicas atraían la multitud con sus dichos y hechos picarescos, sin depender de ninguna autoridad, de ingenio libre y lengua desenvuelta. Réstanos ahora presentar rápidamente al lector otros bufones, llamados *de ciudad*, juglares, titiriteros, turlupines, farsantes, payasos, polichinelas, ventrilocuos, burladores, decidores, etc., que con aprobación y cargo de las autoridades municipales y mediante una ligera contribución, desempeñaban el papel de bufones con título de oficio, por decirlo así, de las ciudades ó de las corporaciones.

En Lilla precedía la procesión de la octava del Corpus un bufón titular, llamado el loco de la ciudad que

le pagaba anualmente sus emolumentos. «Viste de una manera conforme á su oficio, dice el abate de Artigny (1), y lleva en la mano la muñeca, con la cual hace mil extravagancias contra los espectadores de la procesión, y aun con mucha frecuencia les echa encima agua... He visto esta procesión muchos años seguidos, y en mi tiempo el loco de la ciudad era un agente de cambio y aun banquero muy acomodado que tenía un hijo canónigo de San Pedro, iglesia principal de la ciudad. Estaba obligado á llenar por sí mismo las funciones de su cargo en esta procesión, como quiera que el pueblo no creía que la procesión fuese completa si no aparecía en ella el loco con todos sus atributos y haciendo cosas que no tenían nada que ver con la piedad eclesiástica.»

Otro sacerdote, el abate de Valory, confirma así estos datos acerca del bufón público de Lilla:

«El loco es el primer criado de la ciudad. Lleva un traje singular, recortado de diferentes paños con cascabeles y la muñeca en la mano, siendo este el traje oficial ó de ceremonia. Se supone que por consideración á Felipe el Bueno, duque de Borgoña (2), que

(1) Citado por A. Canel: *Recherches historiques sur les fous des rois de France*, p. 29.

(2) Sabido es que por el casamiento de Felipe I el Atrevido, duque de Borgoña, é hijo del rey de Francia Juan el Bueno, con Margarita, hija de Luís II de Male, todo Flandes y por consiguiente Lilla, pasaron en 1386 á manos de la poderosa casa de Borgoña. Felipe II el Bueno era el tercero de la dinastía. En 1419 sucedió á su padre Juan Sin-Miedo y en 1467 dejó el ducado á su hijo Carlos el Temerario.

tenía en su séquito un criado de esta clase, el magistrado de Lilla, para hacer la corte al príncipe, vistió de esta manera á su primer criado...»—«Lo que decís de la persona del loco es exacto, escribe el mismo



Un bufón.

eclesiástico al abate de Artigny; era banquero y se llamaba Corneille. Su hijo obtuvo una canongía en la curia romana por resignación (1). Murió en 1724.»

Solía suceder que una ciudad, sin tener un bufón oficial en cierto modo permanente, pagaba para ciertas ceremonias un personaje grotesco, encargado de

(1) Lo que quiere decir que el hijo del bufón de Lilla recibió un beneficio de canónigo, vacante por dimisión del titular en manos del papa.

alegrar la representación á gusto y contentamiento de los espectadores. Así, en la ciudad de Dieppe, en las *Mitouries de la mi-août*, solemnidad anual instituída en la iglesia de Santiago para perpetuar la memoria de la derrota de los ingleses forzados en sus trincheras delante de la ciudad el 14 de Agosto de 1443, la fiesta que se mezclaba con las ceremonias religiosas de la Asunción, era insulsa sin las facecias de un bufón, á quien llamaba el pueblo *Grimpesulais,* y cuyo nombre trocado en *Gringalet* ha llegado hasta nuestros días, y sirvió también en otro tiempo para designar un célebre payaso de Ruán. Este personaje esencial de la fiesta diepesa se entregaba á mil travesuras bufonescas, ya haciéndose el muerto, ya resucitando, bien dirigiendo burlescos apóstrofes á Dios, á la Virgen y á los santos, todo lo cual divertía grandemente á la multitud. Estas bufonadas duraron hasta 1647, en que fueron prohibidas (1).

Por lo demás, esta costumbre de dar á un loco, elegido para la ocasión, un papel importante en las fiestas populares, subsiste aún en nuestros días en ciertos cantones de Bélgica y del Luxemburgo. El día de la *Kermesse* ó del patrono del pueblo, la gente moza designa un bufón, que se encarga de hacer mil extravagancias y de dar pábulo á la alegría local con sus invenciones burlescas.

Esta moda de los bufones de ciudad estuvo particu-

(1) V. A Canel, *Opusc. citado*, pág. 31.

larmente en boga en Alemania. El *Possenreisser* (autor de farsas), el *Pritschenmeister* (arlequín, payaso), el *Spruchsprecher* (decidor, chocarrero), eran elemento obligado de todas las fiestas municipales y de todos los regocijos privados. Asistían, en efecto, á las bodas de la gente del común y por poco dinero y algunos vasos de vino divertían á los convidados. Cuando estos con el novio se sentaban á la mesa, entraba en ejercicio el *Spruchsprecher*. Vestido decentemente, con su capa puesta y el pecho cubierto de medallas de plata grabadas en honor de diversas corporaciones, el bufón tenía en la mano un bastón ricamente labrado y guarnecido de monedas pendientes. Después de agitarlo para imponer silencio, saludaba á la concurrencia; después felicitaba á los recién casados haciendo votos por su prosperidad y en un discurso rimado celebraba, como en otro tiempo Simónides (1), sus personas, sus familias, etc. Una vez recitado el epitalamio, cada uno de los convidados tenía derecho de proponer al poeta algún asunto de improvisación. Generalmente se elegían de tal manera estos asuntos que el *Spruchsprecher* pudiera encontrar estro para sus sátiras y

(1) Simónides era un poeta lírico del siglo v antes de nuestra era, el cual cantaba mediante un agasajo de dinero contante, la gloria de los vencedores en los grandes juegos de la Grecia. Cuando los héroes eran oscuros, pasaba Simónides á la ligera, y por medio de una hábil transición elogiaba, por ejemplo, á Cástor y Pólux, sus dioses favoritos. Conocida es la fábula de La Fontaine; *Simónides preservado por los dioses*. Lib. I, fáb. 14.

epígramas contra los mismos convidados; y jóvenes y viejos se gozaban en estos juegos de ingenio. Cuando acababa su improvisación hacía circular un platillo de plata en que cada cual depositaba su ofrenda.

Hasta fines del siglo pasado hubo bufones de este género en Nuremberg, y uno de los más famosos fué Guillermo Weber. Sabía de memoria casi todos los escritores de la antigüedad traducidos en alemán. Así, á cada asunto que se le proponía, encontraba en su memoria bastantes reminiscencias poéticas para improvisar un largo trozo con citas ó centones (1) de antiguos autores. Diz que tres jóvenes operarios que en una boda habían sido víctimas de sus sátiras, quisieron tomar venganza. Lo esperaron una noche y al salir de una taberna, lo arrojaron al *Fischbach*, riachelo que atraviesa parte de Nuremberg; y pusieron piés en polvorosa. Weber, grueso y repleto, á duras penas pudo salir del río, que corre encajonado entre dos terraplenes. Salió como Dios le dió á entender, sacudió sus vestidos, levantó los ojos al cielo, y fiel á su manía poética, aun en este difícil trance, hizo esta improvisación en verso:

«¡Señor, Dios mío, juez equitativo! tú que aun de noche, conoces todas las caras, díme, te lo ruego por amor á mí mismo, díme quiénes son los pícaros que

---

(1) Se llama en general *centon* una pieza de versos compuesta enteramente de trozos tomados de escritores extraños, sobre todo de los antiguos.

me han tirado al río, para poderlos denunciar á la autoridad. No recobraré mi buen humor ni volveré á mis canciones hasta que les haya roto los huesos.»

¡Lástima que la historia no diga si Guillermo Weber vió cumplidos sus votos!

Lo mismo que las ciudades, tenían también las corporaciones sus bufones que en las grandes ceremonias, en las circunstancias solemnes, en los días de fiesta de la comunidad, en las recepciones, etc., echaban al aire y á la multitud los ruidosos cohetes de su estro sarcástico y de su inagotable alegría.

Con frecuencia no era un solo bufón el que se encargaba, en nombre de la ciudad ó de la corporación, de añadir á los regocijos populares una diversión más: había asociaciones, compañías de bufones voluntarios, que á fechas determinadas de antemano, organizaban procesiones, representaciones ó farsas, con gran satisfacción y plácemes de sus conciudadanos.

Estos alegres discípulos de Momo pertenecían á las mejores familias de la ciudad y á veces de la nobleza. Se afiliaban al gremio de la gente alegre bajo el cetro de cascabeles y sacrificaban en aras de la Locura, como Anaxágoras en aras de las Gracias, cuando en la rueda del tiempo volvían ciertas fiestas públicas ó privadas. Entre las más famosas de estas asociaciones, pueden citarse la burlesca y chusca *Compañía de los cornudos,* en Evreux, los *Caballeros de la Orden de los locos*, en Clèves, y sobre todo la *Mère Folle*, en Dijón.

Los Cornudos, cuyo jefe llevaba el título de *abad*,

abbas Conardorum, eran cancioneros, decidores, chuscos que se reunían para reir y dar libre curso á su genio normando, á propósito de los sucesos del año que podían dar pié en la ciudad á la sátira ó á la maledicencia. La colección de sus chistes, que se llamaban *facetiæ Conardorum*, eran célebres en toda la comarca. Los miembros de esta asociación tenían derecho de jurisdicción en Evreux, mientras duraban las fiestas, y esto por decreto formal del Parlamento de París, confirmado por otro del parlamento de Ruán. En estos días de regocijo, el abad del gremio era paseado por todos los pueblos de la comarca, montado en un asno y vestido con un traje grotesco con acompañamiento de cantos burlescos en mal francés y peor latín, como el siguiente espécimen (1):

De asino bono nostro
Meliori et optimo
Debemus faire fête
En revenant de Gravinaria
Un gros chardon reperit in via;
Il lui coupa la tête.
Vir monachus in mense julio
Egressus est e monasterio:
C'est dom de la Bucaille, etc.

Esta asociación acabó como muchas otras del mismo género. La licencia fué cada vez más en aumento en las reuniones de los Cornudos: de la bufonería grose-

(1) V. Tilliot, *Memoria sobre la fiesta de los locos*, 2.ª parte, página 44 y sig.

ra pasó á la impiedad, de la impiedad al libertinaje insolente y escandaloso, hasta que al fin fué abolida la compañía, según se cree, por Pablo de Caprania, nombrado obispo de Evreux en 1420.

En Ruán existía también una cofradía de *Cornudos,* llamados *Coqueluchiers* (Capuchinos) sin duda por la capucha ó capuchón de la locura con que se adornaban. Los capuchinos se reunían en Nuestra Señora de la Buena Nueva; pero « como quiera que se divertían los fieles en mirarlos más bien que en adorar á Dios, se reservó esto para el jueves lardero, dice Taillepied en su *Colección de antigüedades y singularidades de la ciudad de Ruán.*

Por lo demás, asociaciones semejantes existían en casi todas las ciudades del Norte y recorrían las calles durante las fiestas populares. En Lille, durante la fiesta de la *Espineta* y la del Principado de los locos en Donai, en la de los *Asnos* y la del *Grand-Gayant*, en Bouchain, en la del *Preboste de los aturdidos,* en Valenciennes, etc.

Los *Caballeros de la orden de los locos*, en Clèves, vivieron mucho más tiempo, y, según todas las probabilidades dieron origen á la Compañía de la *Mère-Folle* ó *Infantería dijonesa*, la más célebre de todas estas asociaciones.

La Orden de los locos se fundó en Clèves, en 1381, el día de San Cuniberto, por Adolfo, conde de Clèves, y treinta y cinco señores más, amigos suyos. El acta de la institución, autorizada por treinta y seis sellos de

firmas, existía aún original en los archivos de Clèves, á fines del siglo pasado. Todos los sellos estaban grabados en cera verde, salvo el del conde Adolfo, que lo estaba en cera roja. Los miembros de la sociedad se reunían en tiempo de las vendimias, el domingo primero ó segundo de octubre, en un local particularmente destinado á estas sesiones y no se separaban hasta el domingo siguiente. Comían juntos, deliberaban en sesión plena y se divertían después de haber elegido un rey y seis consejeros para presidir la fiesta. El martes por la mañana, todos los socios en corporación iban á la catedral á orar por los que habían muerto durante el año. El viernes, los miembros de la compañía que no estaban de acuerdo entre sí, ó tenían algún resentimiento, estaban obligados á presentarse, antes de salir el sol, al rey y sus consejeros, y reconciliarse antes de ponerse el sol. No hay para qué decir que nadie podía faltar á esta reunión anual, siendo las únicas excusas admisibles, la enfermedad debidamente certificada ó un viaje á seis jornadas lo menos de distancia de Clèves. El que se ausen-



Caballero de la Orden de los Locos en Clèves.

taba sin motivo legítimo incurría en una multa de tres libras tornesas (1) que se distribuían á los pobres por amor de Dios.

Como insignia distintiva de la Orden, llevaban los miembros de la sociedad un loco bordado en la capa, cuya caperuza, roja y plateada por mitad, tenía por adornos los característicos cascabeles. Este loco tenía en la mano una fuente de plata sobredorada llena de fruta, y el socio que no llevaba diariamente el loco bordado en la capa incurría en la misma multa impuesta á los ausentes.

De estos pormenores puede ya deducirse que esta Orden no era una reunión de bufones, sino más bien una asociación amistosa y fraternal en que se mezclaban todas las clases. Sin duda se divertían los socios, pero no se daban en espectáculo al público; lo que buscaban sobre todo en estas reuniones era completa libertad, única regla, única ley. Allí no había distinción de títulos, ni de clase, ni procedencia, ni violencia de ninguna clase; podían sustraerse por algunos días á la monótona sucesión de la vida cuotidiana, y la igualdad más perfecta reinaba en estas asambleas en que los miembros de la asociación, sentados á la mesa *inter pocula,* se dejaban llevar á la

---

(1) Llamábase así la moneda que se acuñaba en Tours y tenía un quinto menos que la acuñada en París. Se dijo luégo de las libras que valían veinte sueldos, á diferencia de las libras *parisis* que valían veinticinco, y de los sueldos que valían doce dineros, á diferencia de los sueldos *parisis* que valían quince.

expansión, que es tan natural en el hombre, cuando no está sujeto y retenido por los respetos sociales, y á todos los arranques de la más libre y desordenada fantasía.

De esta Orden de los caballeros de Clèves sacó pro-



La *Mère-Folle* de Dijón, escultura de madera.

Muñeca de la *Mère-Folle.*

bablemente su origen la Mère-Folle de Dijón. La compañía borgoñona estaba ya constituída en el reinado de Felipe II el Bueno, que reinó de 1419 á 1467. Fué sin duda fundada por Engelberto de Clèves, gobernador del ducado de Borgoña, descendiente del conde Adolfo, cuyo nombre hemos encontrado al establecerse la Orden de los locos de Clèves. Fuera de esto, las relaciones entre los duques de Borgoña son numerosas en la Edad media y bastan á explicar la creación

en Dijón de una orden semejante á la de los Locos.

La asociación llamada de la *Mère-Folle* se componía de más de quinientas personas de toda condición: oficiales de parlamento, del Tribunal de cuentas, abogados, procuradores, comerciantes, burgueses, etc. El número de los adheridos hubiera podido ser aún más considerable, porque la divisa de la compañía era: *Stultorum numerus infinitus est* (el número de los locos es infinito). En los días de fiesta solemne, en los casamientos ó aniversarios de los príncipes, en las ceremonias más importantes, todos los socios se presentaban vestidos en traje tricolor, ó sea verde, rojo y amarillo, bordado de oro y plata, con un gorro de dos puntas ó cuernos y cascabeles, tricolor también, llevando en la mano el cetro



Bastón de la Compañía de la *Mère-Folle*.

burlesco con la cabeza de un loco. Y avanzaban á caballo por las calles con la obligación de no hablar más que en verso. El objeto de la sociedad no era más que divertirse.

« La ciudad de Dijón, dice el P. Ménestrier, uno de los hombres más sabios del siglo XVII, país de las vendimias y de los viñadores, vió, durante mucho tiempo, espectáculos llamados *Mère-Folie*, los cuales se daban todos los años por tiempo de Carnaval; y las personas de calidad, disfrazados de viñadores, cantaban en carros canciones y sátiras, que venían á ser la censura pública de las costumbres de la época. De estos carros, con sus canciones y sátiras proviene el proverbio latino de los *carros de injurias : Plaustra injuriarum.*»

Felipe el Bueno autorizó y confirmó la existencia de esta orden por una ordenanza en verso, de fecha del 27 de diciembre de 1454, de que hacemos el extracto siguiente :

«Felipe por la gracia de Dios, duque de Borgoña, de Lothier, de Brabante, de Limburgo y Luxemburgo; conde de Flandes y de Artois, palatino de Henó, Holanda, Namur y Zelandia; marqués del Sacro Imperio, señor de Frisa, de Salins, Malinas, etc.

» Queremos, consentimos y ordenamos por Nos y nuestros sucesores, que la noble fiesta de los alegres Locos se celebre por siempre un día cada año, que será el primero de enero, y que los alegres Locos, se diviertan sin ultraje ni irrisión. Y nadie se oponga á ella aun entre los más sabios, sino que los alegres

Locos la celebren buenamente mientras les dure el dinero, un día ó dos...»

En 1482 se confirmó de nuevo la asociación por Juan de Amboise, obispo y duque de Langres, par de Francia, y teniente de Borgoña y por el señor de Baudricourt, teniente del mismo lugar.

La asociación se componía de infantería, reuniéndose por convocatoria del *Procurador fiscal* ó *Fiscal verde,* si bien la mandaba el socio que se había hecho notar más por su buen aspecto, sus buenas maneras y su probidad. La sociedad entera nombraba este jefe y se llamaba la *Mère-Folle*. Tenía corte como un soberano, guardia suiza, guardias de á caballo, funcionarios de justicia, oficiales de servicio personal, un canciller, un caballerizo, en una palabra, un séquito real. Los titulares de estos cargos se distinguieron entre sí por el traje. Añádase que la *Mère-Folle* pronunciaba juicios ejecutivos, salvo apelación al tribunal de Dijón. Una sentencia de este tribunal del 6 de febrero de 1579, ratifica un juicio de la *Mère-Folle.*

La organización de la sociedad era enteramente militar. Tenía un estandarte en que había pintadas muchas cabezas de loco con caperuzas y fajas de oro y la divisa: *Stultorum numerus infinitus est.* Además de este estandarte usaba una bandera con dos flámulas tricolores, ó sean rojas, verdes y amarillas del mismo tamaño que la de los duques de Borgoña, y en medio de esta bandera había representada una mujer sentada y vestida también de los tres colores, con el cetro

burlesco en la mano y una caperuza de dos cuernos en la cabeza, con una infinidad de locuelos que salían por debajo de su túnica.

Cuando los miembros de la Infantería dijonesa se reunían en banquete, cada cual llevaba su plato. Cincuenta conserjes, elegidos entre los más ricos artesanos de la ciudad, montaban la guardia á la puerta de la sala, y cuando la *Mère Folle* salía, la acompañaban á pié, excepto el coronel que iba á caballo.

En las ocasiones solemnes, la Compañía recorría la ciudad en grandes carros tirados por seis caballos cubiertos con tricolores gualdrapas; los aurigas vestían los mismos colores. Estos carros desfilaban por las calles principales. Cuatro heraldos marchaban á la cabeza delante del capitán de los guardias; seguían los carros y luégo la *Mère Folle*, en una hacanea blanca, precedida de otros dos heraldos. Venían después las azafatas y sucesivamente, seis pajes, doce lacayos, una bandera, sesenta oficiales, los caballerizos, los halconeros, los monteros y otros dignatarios. Cerraban la marcha el guión y cincuenta jinetes, el *Fiscal verde* y conserjes. El cortejo se detenía delante del palacio del gobernador, luégo frente á la casa del primer presidente del parlamento, y en fin á la puerta del alcalde, recitando á cada parada una arenga en verso el personaje elegido de antemano para ello.

Cuando ocurría en Dijon algún suceso considerable, cómico ó dramático, como un casamiento raro, un robo, un asesinato, un rapto, luégo al punto salían

los carros y toda la Infantería se ponía en pié. Algunas personas se disfrazaban para figurar la escena que



Estandarte de la Compañía de la *Mère-Folle*.

había puesto la ciudad en movimiento y la compañía recorría las calles.

Por ejemplo, en la *Relación de lo que ha pasado en la ciudad de Dijon por el feliz nacimiento de Luís XIV, en 1638*, se leen los detalles siguientes:

«La Infantería dijonesa que la dulzura de la paz ha



La Mère-Folle.

elevado á una recreación pública de honesta licencia, apareció desde luégo en todo su esplendor; se componía de más de cuatrocientos hombres á caballo disfrazados con trajes de diferentes colores y recitaron rimas borgoñonas sobre el asunto de tan fausto acontecimiento (1).»

(1) Tilliot. *Memoire sur la fête des Fous*, 2.ª parte, pág. 66.

Los más altos personajes tenían por honra ingre-



Carro de la *Mère-Folle* en Dijón, según Tilliot.

sar en la Infantería dijonesa. Tilliot, al final de su

trabajo titulado: *Memoria sobre la fiesta de lòs Locos*, donde habla minuciosamente de la *Mère-Folle,* indica entre sus miembros á Enrique de Borbón, príncipe de Condé, primer príncipe real recibido en 1626 (1); al conde de Harcourt, uno de los generales más distinguidos del reinado de Luís XIII, recibido en 1629; á La Rivière, obispo y duque de Langres; á Juan de Vandenesse, antiguo superintendente de Carlos V, que en 1560 se retiró á Borgoña, donde murió en edad muy avanzada (2).

Cuando algún personaje solicitaba formar parte de la asociación, el *Fiscal verde* le hacía preguntas en verso. El recipiendario de pié ante la *Mère Folle* y los principales oficiales de la Infantería, había de contestar ingenuamente y en verso también; si no, se difería la recepción. Si se decidía recibir al postulante, se le ponía en la cabeza una caperuza tricolor y se le entregaba el título en pergamino y en letras de tres colores, con un sello tricolor también. El diploma estaba redactado en términos burlescos como el de la Rivière, cuyo texto es el siguiente:

«Los superlativos y mirelíficos miembros de la Infantería dijonesa, predilectos de Apolo y de las Musas, hijos legítimos del venerable padre Buentiempo, á todos los locos, archilocos, lunáticos, troneras, poetas por naturaleza, por becuadro y por bemol, almana-

(1) El padre del Gran Condé.

(2) Du Tilliot, pág. 68 y sig.

ques viejos y nuevos, presentes, ausentes y futuros, pistolas, ducados, portuguesas, jacobos (1), escudos y otras triquiñuelas, hacemos saber: que deseando el alto y poderoso señor de la Rivière, obispo, duque y par de Langres, pertenecer á la asamblea de nuestros altos y amables hijos de la Infantería dijonesa, y reconociéndolo capaz de llevar el gorro tricolor y el cetro de la sabia locura, para tener todas las alegrías de mandíbulas, audacia, suficiencia y experiencia de dientes que podrían requerirse á un mozo de taberna, y habiendo también recibido y cubierto su testa con la dicha caperuza y tomado en la mano la célebre muñeca, y jurado que observaría y sostendría la dicha locura en todo caso, queriendo á este propósito ser empaquetado é inscrito en el número de los hijos de nuestra muy terrible señora y madre, atendida la cualidad de hombre de dicho señor, la cual está siempre acompañada de locura: Por tanto, hemos tomado parecer de nuestra señora y madre, y por las presentes *hurelu, berelu,* hemos recibido y empadronado, recibimos y empadronamos al dicho señor de la Rivière en la dicha Infantería, de modo que permanezca en ella y se incorpore en el gabinete del intesto mientras dure la locura, para ejercer el cargo que por su instinto natural juzgue debido á los honores, privilegios, prerrogativas, preeminencias, autoridad, poder y nacimiento que el cielo le ha dado, con poder de correr

(1) Monedas de oro de Portugal é Inglaterra.

por todo el mundo y ejercer las acciones de locura que quiera, disponer en todo ó en parte, si es necesario, de los emolumentos debidos á Su Grandeza y asignados sobre la derrota y ruina de los enemigos de Francia, de los cuales le permitimos pagarse por su mano con las especies que encuentre de recibo. Dado en Dijón.»

Cuando algún extraño hacía agravio á la asociación ó á alguno de sus miembros, era citado ante la *Mère-Folle* y condenado á beber muchos vasos de agua ó á sufrir cualquiera otra pena burlesca, y á pagar encima una multa. Si se resistía, los guardias de la *Mère-Folle* se establecían en su casa y se regalaban á su costa. La Infantería dijonesa estuvo mucho tiempo en auge: no sólo estableció las bellas fiestas de Dijón, sino que fundó asociaciones semejantes en otras ciudades de Borgoña, como en Chalón, donde se encuentra una sociedad de *Gaillardons* (gente alegre.) Pero bien se comprende que era muy difícil que diversiones de este género no llegaran á pasar los límites y á engendrar abusos al cabo de un tiempo más ó menos largo. Era inevitable que la *Mère-Folle* se dejara á veces arrastrar en sus facecias más allá de lo lícito; y en efecto, la Compañía degeneró, propasándose á graves impertinencias, en cuya virtud gran parte del público se volvió contra ella.

La sociedad de los *Gaillardons* de Chalón fué la primera que cayó. «El 31 de Enero de 1626, se aprobó la deliberación de la cámara de la ciudad de Chalón,

prohibiendo á los habitantes de esta ciudad celebrar ninguna reunión pública ni privada con el nombre de *Mère-Folle* ó *Gaillardons,* andar en grupos á pié ó á caballo, con máscara ó sin ella, recitar ó cantar, en verso ó prosa, sátiras, diálogos ú otras cosas semejantes. El tribunal ha ordenado á los padres que cuiden de que sus hijos y criados no contravengan á lo dispuesto, so pena de proceder contra ellos, según convenga.»

Verdad es que algunos días después se levantó esta prohibición á solicitud de los jóvenes de la ciudad.

«El 18 de Febrero (de 1626) á instancia presentada por los jóvenes de Chalón, se expidió orden por la cual se levantaron dichas prohibiciones, permitiéndoles otra vez reunirse con el nombre de Gaillardons, andar por las calles de Chalón y solazarse en toda clase de recreaciones sin ruido ni escándalo y con permiso del magistrado, al cual tendrán que presentar los versos que compongan antes de recitarlos en público, para quitar todo motivo de queja y á condición de no hacer uso de esta libertad sino cuando las recreaciones son permitidas á todos.»

Por edicto dado en Lion á 21 de Junio de 1630, verificado y registrado (1) en el tribunal el 5 de Julio siguiente, se dice:

(1) Sabido es que un edicto real no era ejecutorio hasta que se examinaba en el Parlamento y se copiaba en sus registros. El Parlamento tenia la facultad de hacer observaciones sobre el edicto, pero ningún medio para obligar al rey á tomarlas en cuenta. Esto es lo que se llamaba derecho de verificación, de registro y de advertencia.

«Considerando también las quejas que se nos han dado sobre la escandalosa costumbre observada en la dicha ciudad de Dijon, por una asamblea ó reunión de Infantería y *Mère-Folie*, que es verdaderamente una *mera* y pura locura (1), de los desórdenes y liviandades á que se ha entregado y entrega aun ordinariamente en daño de las buenas costumbres, del reposo y sosiego de dicha ciudad, perturbada por los malos ejemplos: Queriendo desarraigar este mal é impedir que renazca tan pronto en el porvenir, de nuestra propia potestad y autoridad real hemos abrogado, revocado y abolido, y por estas presentes firmadas de nuestra mano abrogamos, revocamos y abolimos la dicha Compañía de Infantería y *Mère-Folie*, prohibimos á todos nuestros súbditos de la dicha ciudad y otras de reunirse en adelante, alistarse y asociarse con el nombre de Infantería ó *Mère-Folie*, ni celebrar en común festines en su honor, so pena de ser declarados indignos de todo cargo de la ciudad, sin perjuicio del castigo condigno como perturbadores del sosiego público (2).»

Á pesar de todo, la Infantería volvió á reunirse, como hemos visto más arriba, al nacimiento de Luís XIV, en 1638. Pero hubo menester una autoriza-

---

(1) El grave redactor de este decreto se ha permitido aquí un verdadero equivoquillo tomando la palabra *mère*, en el sentido del latín *merus*, *mero* ó *puro*. Era en efecto caso de ridiculizar la majestad de la justicia.

(2) Tilliot. *Opusc. cit.*, pág. 111.

ción especial del gobernador; autorización que todavía se concedió en algunas otras circunstancias, pero siempre como gracia ó por excepción.

En realidad, la *Mère-Folle* había dejado de existir. No por eso pereció ni mucho menos el buen humor



Copia de Callot.

franco y libre del país de Borgoña, como quiera que esa jovialidad está, por decirlo así, en la masa de la sangre de esa fuerte raza. Los villancicos, las odas, los epígramas de los dos Pirones (1) y de sus discípulos en gala jovialidad lo habrían reanimado, si hubiera podido extinguirse al mismo tiempo que dejaba

(1) Amado Pirón y Alejo Pirón, padre é hijo, el primero boticario y poeta, el segundo poeta y abogado, son célebres, el último sobre todo, por su ingenio picaresco y gracioso que da la más exacta idea de la índole franca y libre de la Borgoña *(bourguignonnante)*. Alejo no pudo ser de la Academia, bien que electo en 1755, por no haber querido Luís XV sancionar su elección.

de existir la Infantería dijonesa. Pero con la *Mère-Folle* desaparecieron aquellas asociaciones de bufones voluntarios, elevados á la altura de verdaderas instituciones locales, provistas de una organización regular y funcionando por espacio de muchos siglos á gusto y contentamiento de sus ciudades.

CONCLUSIÓN

Aquí ponemos fin á este opúsculo. ¿Podemos decir que se ha acabado? No, por cierto. No tiene pretensión ninguna, ni menos la de haber agotado la materia. Bien mirado ¡qué asunto este: *los bufones!* Nada menos que la historia, y, en cierto modo, la filosofía de la risa al través de los siglos habría que escribir para poder lisonjearse de haber llegado á la altura de semejante título. Nosotros sólo hemos querido esbozar simplemente y á la ligera la silueta de los que tomaron á su cargo la tarea de hacer reir, ora á sus señores, ora al público, pensando como Rabelais, que «mejor es escribir de risas que de lágrimas, porque reir es natural en el hombre.» Todos los bufones domésticos, bufones de corte ó bufones populares, comprendieron como el inmortal autor del *Pantagruel*, que la alegría es necesaria á nuestra pobre humanidad y se consagraron á regocijar á los que los rodeaban. Por este servicio merecieron bien de sus contemporáneos. Gracias á ellos, desde que el mundo

existe, la risa, de la que decía Buffón que es el signo particular de la especie humana, no ha cesado de resonar en ruidosas carcajadas en nuestro planeta. ¿Se nos reprochará no haber visto en estos personajes más que reidores? Algunos de ellos sin duda se aprovecharon de su fortuna ó del favor que les concedía el príncipe para hacerle oir y aun aceptar la verdad alguna vez; pero ha de reconocerse con nosotros que son muy raros los bufones quo se hayan presentado como reformadores, como desfacedores de entuertos y agravios ó protectores del débil ó del oprimido: preocupaciones tan elevadas y generosas se escapaban á la mayoría de ellos, por no decir á todos. Su papel en la historia es más modesto. No es sin embargo ¡qué diablos! para desdeñado. ¿No es nada arrancar al hombre, siquiera por un instante, al pensamiento de sus miserias, de su debilidad, de su aniquilamiento, distraerle, divertirle, reanimarle, darle aliento y con la alegría el buen humor? Los bufones de todas clases, y de todos orígenes figuran entre los autores de este beneficio: por ellos se ha perpetuado al través de las edades el dón feliz de la risa; por ellos se han transmitido las generaciones humanas que pasaron, la antorcha de la alegría. Esta es la gloria de los bufones y ella les basta.

ÍNDICE

LIBRO II

BUFONES POPULARES Y BUFONES DE CIUDAD
SOCIEDADES DE BUFONES

BIBLIOTECA DE MARAVILLAS

TOMOS PUBLICADOS

VOLCANES Y TERREMOTOS, por Zurcher y Margollé.—Un tomo de 336 págs. y 61 grabados.

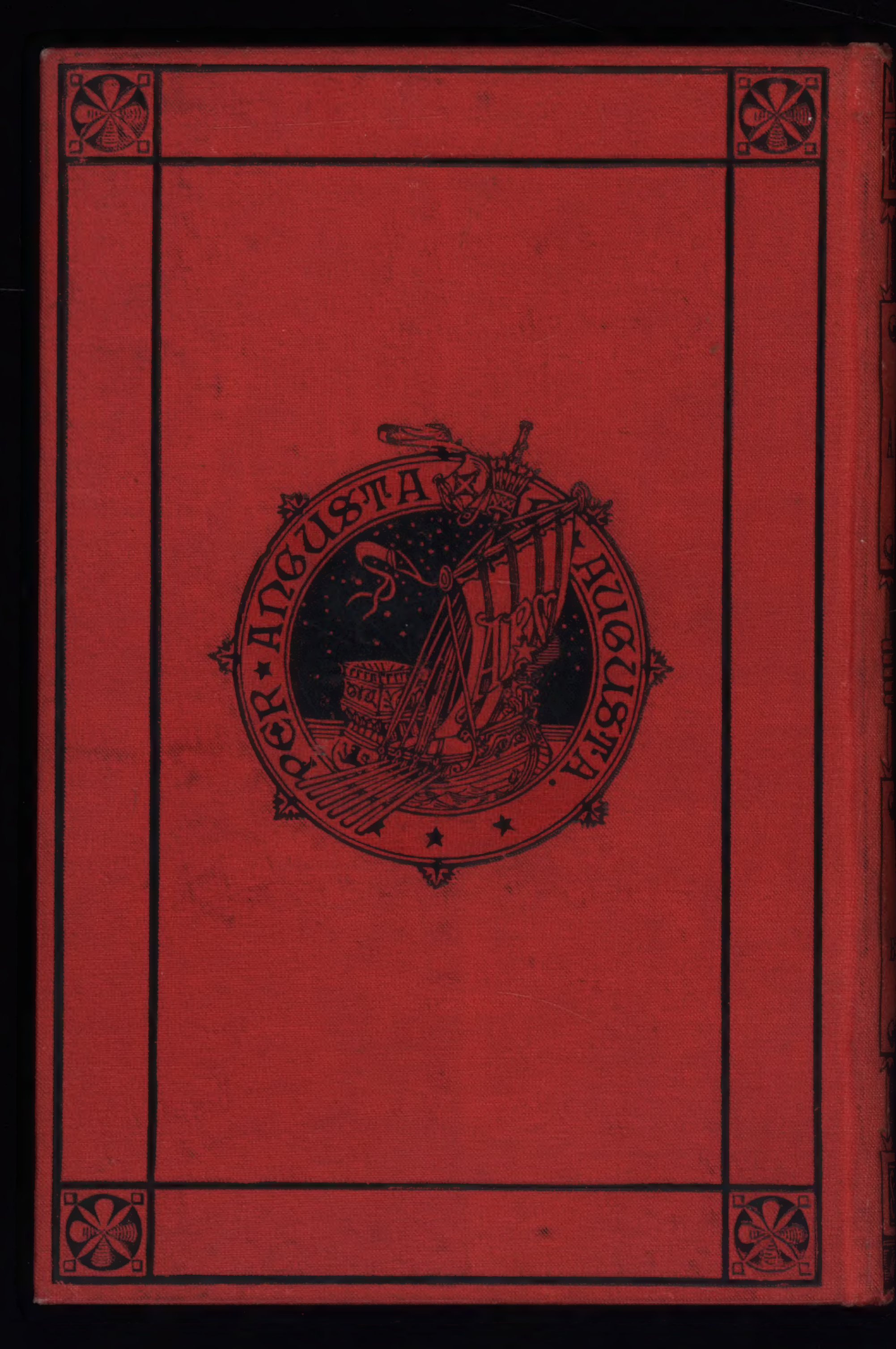
EL AMOR MATERNAL EN LOS ANIMALES, por E. Ménault.—Un tomo de 332 págs. y 78 grabados.

EL TEATRO POR DENTRO, por M. J. Moynet.—Un tomo de 290 págs. y 59 grabados.

LOS BUFONES, por A. Gazeau.—Un tomo de 300 páginas y 63 grabados.

EN PRENSA

LOS GLOBOS Y LOS VIAJES AÉREOS, por F. Marion.


PER ANGUSTA AUGUSTA